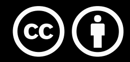


GEORGES DUBY

LA HISTORIA CONTINÚA



La historia continúa es una obra escrita por el prestigioso historiador y geógrafo francés Georges Duby (1919-1996), quien destaca por su gran cantidad de investigaciones y trabajos de divulgación sobre la Edad Media, desarrollados a lo largo de gran parte del siglo XX. Duby escribió *La historia continúa* para mostrar paso a paso su proceso de formación como historiador, en el cual adquirió diversos rasgos de metodología y pensamiento que reflejó en sus investigaciones conforme las iba desarrollando. Él llama su trabajo un ensayo de «ego-historia», es decir, el producto de una reflexión profunda sobre el camino de sus experiencias que lo llevaron a construir la personalidad y popularidad de las que goza como escritor.



Georges Duby

LA HISTORIA CONTINÚA

ePub r1.1

Wilku 19.11.2020

Título original: *L’histoire continue*
Georges Duby, 1991
Traducción: Pilar Álvaro

Editor digital: Wilku
ePub base r2.1






Índice de contenido

La historia que voy a contarles comienza en 1942, en otoño. Estamos en guerra; ha entrado en su fase más amarga. Yo acabo de sacar una plaza de Enseñanza Media. Doy clases de geografía e historia a jóvenes en un instituto de provincias. Tengo el firme propósito de no quedarme ahí, y he decidido redactar una tesis doctoral. Por ambición: la tesis permitía en aquel tiempo el acceso a la enseñanza superior. Pero también por gusto: en efecto, le he cogido el gusto a la investigación. Es el momento de elegir un tema. Y en este punto precisamente empieza un largo trayecto, pues mi elección, realizada pausadamente, tras dos años de dudas, delimitando poco a poco el campo de mi futura labor cuando tenía tiempo para pensar en ello, ha determinado todo lo demás, ha orientado una investigación mantenida en la misma línea, que aún no veo terminada.

En un ensayo de «ego-historia» he expuesto ya el que fue mi itinerario profesional, pero muy brevemente y ateniéndome a las circunstancias —que no tengo por qué repetir aquí—, sin hablar en realidad de mi oficio. Me propongo ahora hablar de manera sobria y familiar de mi oficio, mejor dicho, de nuestro oficio y del camino que hemos recorrido, pues nosotros los historiadores, junto con los especialistas de las demás ciencias humanas, hemos ido todos al mismo paso. Raros son, en efecto, los investigadores de estas disciplinas que se aventuran solos lejos de los senderos trillados. Sin que siempre lo sospechen, otros lo hacen al mismo tiempo que ellos. El mismo viento nos empuja y generalmente navegamos en conserva. Por lo tanto, esta historia no es sólo la mía. Es, a lo largo de cincuenta años, la de la escuela histórica francesa.

I

La elección

Bajo la influencia de un maestro, Jean Déniau, me había convertido hacía poco a la historia, más concretamente a la historia de la Edad Media. Ahí es donde iba a comenzar mi trabajo. Pero se trata de un campo inmenso. Debía decidir exactamente dónde quería situarme. En la época de la que les estoy hablando, la mayoría de los historiadores veteranos se dedicaban aún al estudio del poder político, militar o religioso en sus manifestaciones externas. Se limitaban a reconstruir una cadena de acontecimientos grandes y pequeños, cuestionándose sus actores y causas accidentales, o bien considerando la evolución y el juego formal de las instituciones. No obstante, desde comienzos de los años treinta se había abierto un frente pionero gracias al impacto de la gran conmoción que vino a sacudir en Europa los cimientos de la producción y los intercambios. Los historiadores más emprendedores, que se multiplicaban, habían centrado su atención en los fenómenos económicos. Se inspiraban en modelos construidos por los economistas basados en las nociones de crecimiento y crisis, e intentaban discernir cómo había evolucionado en el pasado el valor de las cosas, afanándose por analizar tendencias de larga duración y ciclos. Para ello se habían puesto a examinar en los archivos los fondos relegados hasta entonces por revelar poco sobre los hechos y gestas de políticos y militares. De los libros de cuentas, censos e inventarios extraían listados de datos numéri-

cos, y empleaban para su tratamiento procedimientos estadísticos aún rudimentarios. En dichas preocupaciones estaba ya el germen no sólo del modelo de explicación de la duración propuesto más tarde por Fernand Braudel en un famoso artículo: una figura compuesta por tres niveles superpuestos: el acontecimiento, la coyuntura y la estructura (los acontecimientos, en la superficie, como una espuma, sopesando las oscilaciones de la coyuntura; sosteniendo el todo, la estructura, entrañada imperceptiblemente por movimientos mucho más lentos —los dos últimos términos de esta figura ternaria son préstamos, señalémoslo, del lenguaje económico—), sino también el germen de una voluntad de medir, de evaluar, de determinar las cantidades a toda costa, la obsesión por las cifras, las medias, las curvas, es decir, lo que dio en llamarse historia secuencial, que había de tener éxito en Francia a partir de 1950, particularmente en relación con la demografía de épocas antiguas.

Ciertos períodos de la historia se prestan más que otros a realizar investigaciones de este tipo. Son aquéllos en los que el investigador no se siente abrumado por el exceso de documentación y puede encontrar en los textos listados de cifras. Es el caso de la época llamada moderna: los siglos XVI, XVII y XVIII. Sin embargo, lo mismo puede decirse de la investigación en la Edad Media tardía, a partir del umbral del siglo XIV, momento en el que en torno a los príncipes se han vuelto numerosas las gentes de pluma y las que saben de cuentas, momento en el que comienzan a acumularse los inventarios de todo tipo. Por consiguiente, algunos medievalistas entre diez y quince años mayores que yo, que acababan de leer la tesis o estaban terminándola, se unieron a la historia económica. Se ocuparon principalmente del estudio del comercio y, por lo tanto, del medio urbano. Jean Schneider en Metz, Philippe Wolff en Toulouse, Yves Renouard en las ciudades de Toscana, Michel Mollat en los puertos de Normandía. Lo que conocíamos de su trabajo imponía respeto.

Naturalmente, yo también estaría presto a unirme a esa vanguardia.

El precursor en este caso fue el gran historiador belga Henri Pirenne, cuya figura cuando yo era estudiante todavía eclipsaba a la de Marc Bloch. En sus trabajos sobre Flandes, un país donde lo que podía haber de nacionalismo estaba enraizado en las viejas ciudades mercantiles, Bloch se aferraba al recuerdo de hombres de negocios audaces que, seguros de su dinero, captaban los favores de un artesanado pujante que vivía del éxito de sus empresas, desplegadas por todos los confines del mundo conocido, hombres que en otro tiempo habían conseguido arrebatar al poder feudal las libertades burguesas. Pirenne se había elevado desde la historia local a la mundial, hasta reflexionar sobre esas rupturas del equilibrio que una o dos veces por milenio desvían el destino de una civilización. Lo esencial de su investigación había versado sobre «los orígenes del capitalismo» (así se titula una obra de su discípulo Georges Espinas), en particular sobre la ascensión de las primeras dinastías patricias en las ciudades flamencas. Todo cuanto del sistema capitalista veía en torno suyo le invitaba a situar en las fluctuaciones monetarias y en el desarrollo del negocio a largo plazo el resorte principal de dicha ascensión social. Sin duda olvidaba que los intercambios, el instrumento monetario y el ánimo de lucro no ocupaban en el modo de vida del conde de Flandes Carlos el Bueno o de Jacques Artevelde el mismo lugar que en el nuestro. Sin embargo, Pirenne poseía una rara facultad, la que yo había admirado en Déniau y que me había atraído de él: el don de la simpatía, una fuerza imaginativa y una vivacidad en la escritura, que, partiendo de unas cuantas informaciones cortas, fragmentarias, secas, hacían cobrar vida a los hombres de otra época. Las páginas de sus libros bullían de vida. Invitaban a deslizarse de la historia económica a la de las sociedades. Así lo hacían ya mis predecesores, y yo mismo me inclinaría a hacerlo.

Sin embargo, en 1942 la economía ocupaba el primer plano de la escena y relegaba al último lugar, como comparsa subordinada, a la historia «social». *Conimerce et marchands de Toulouse*, así iba a titular Philippe Wolff la obra que estaba preparando: en primer lugar, el comercio (las estadísticas); luego, los hombres. Y yo añado: el campo circundante visto siempre después que la ciudad, en función del poder y de las necesidades de ésta. Mi elección sería diferente. Yo escogí deliberadamente como objeto de estudio una organización social, la sociedad que llamamos feudal, una sociedad cuyas bases se asentaron en una época en la que las ciudades y los comerciantes no contaban lo más mínimo, en la que todo estaba encastrado en la ruralidad. ¿Por qué esta decisión? Porque antes de formarme con los historiadores lo había hecho con los geógrafos, y porque éstos me habían aconsejado muy pronto que leyera los *Annales d'histoire économique et sociale* de Marc Bloch.

El geógrafo mira un paisaje y se esfuerza por explicarlo. Sabe que ese objeto, verdadera obra de arte, es el producto de una larga elaboración, que lo ha modelado a través de los tiempos la acción colectiva del grupo social que se instaló en ese espacio y aún hoy sigue transformándolo. Por consiguiente, el geógrafo se ve obligado a estudiar antes que nada lo material, es decir, los elementos físicos modelados poco a poco por el grupo social; pero con la misma atención analiza también las fuerzas, los deseos, la configuración de esos deseos, y por tanto, se ve obligado a hacerse poco o mucho historiador. Así le sucedió, por ejemplo, a Étienne Juillard, para mejor comprender el aspecto de los campos y las redes de caminos en los pueblos alsacianos. O a André Allix, que dirigió mi primer aprendizaje. Allix colaboraba en los *Annales* y durante mucho tiempo había trabajado en los archivos del Delfinado con los registros del siglo XV. Estaba convencido de no poder dar cuenta convenientemente de los paisajes actuales de los Oisans sin antes saber cómo habían sido ocupados y

explotados dichos montes en la Edad Media. Antes de convertirme yo en historiador, me había orientado ya, bajo la dirección de este maestro, hacia una nueva concepción de la historia. Mucho más carnal, sabrosa, y sobre todo útil que aquélla, superficial, de individuos excepcionales, príncipes, generales, prelados o financieros cuyas decisiones parecen gobernar las efervescencias del acontecimiento, me parecía a mí la historia del hombre corriente, del hombre en sociedad; y sentía que era urgente dedicarse decididamente a ese tipo de historia. Adivinaba sobre todo que una sociedad, como un paisaje, es un sistema cuyos múltiples factores determinan su estructura y su evolución; que las relaciones entre esos factores no son de causa y efecto, sino de correlación, de interferencia; que es un buen método ir examinando uno por uno los factores en una primera fase, porque cada uno de ellos actúa y evoluciona según su propio ritmo, pero que obligatoriamente hay que considerarlos a la luz de la indisociable cohesión que los aúna si queremos comprender el funcionamiento del sistema. Otro tanto puede decirse de los principios a los que me he remitido desde entonces. El estudio de los paisajes también me había permitido entrever que de entre los factores cuya conjunción gobierna el destino de las sociedades humanas, los relacionados con la naturaleza, es decir, con la materia, no predominan forzosamente sobre otros que comportan cultura y, por lo tanto, espíritu. Todas estas consideraciones me prepararían para invertir la relación de subordinación entre la historia económica y la historia de las sociedades, y tuvieron \ un gran peso, estoy seguro, en la elección de mi tema.

No menos decisiva fue la íntima relación que mantuve con los *Annales d'histoire économique et sociale*. Cuando era aún estudiante de geografía, había examinado sistemáticamente los diez primeros años, es decir, la colección completa. Los artículos de fondo me habían impresionado vivamente, menos sin embargo, me parece, que las reseñas, las notas críticas y las introducciones firma-

das por los dos directores, Lucien Febvre y Marc Bloch, que eran la parte vacilante, menos rematada, más libre de su trabajo. Su influencia fue sin duda mayor para mí, que era principiante. De su lectura asidua saqué dos enseñanzas: que el historiador no debe encerrarse en su agujero, sino seguir de cerca lo que pasa en las disciplinas vecinas, y que llevar a cabo una investigación con todo el rigor que ello requiere no le obliga, a la hora de dar a conocer los resultados de su investigación, a escribir con frialdad, pues el sabio cumple tanto mejor su función cuanto más gusta a los que le leen, y los retiene y cautiva con los ornamentos de su estilo.

En los *Annales* de mis dieciocho años, había descubierto a Marc Bloch. Se me hizo más cercano cuando me alisté en las filas de Jean Déniau, que lo admiraba y nos lo ponía como ejemplo. De Marc Bloch no leería sino mucho más tarde *Les Rois thaumaturges*. Por el contrario, leí muy pronto la *Historia rural francesa*. Lo había convertido en mi breviario cuando, aprendiz de geógrafo, estudiaba las estructuras agrarias gracias a los catastros y los mapas: al volver a abrir este libro hace poco me di cuenta de que me sabía casi de memoria páginas enteras. Sin embargo, el hecho más decisivo para mí sería la publicación en 1939 y 1940 de los dos volúmenes de *sociedad feudal*. Primero el título: lo entendí como un manifiesto que afirmaba que la historia social no era un simple apéndice de la historia económica, y que es legítimo, provechoso y necesario estudiar por sí misma una sociedad antigua. Me lancé sobre esta gran obra —como algo más tarde sobre otra, igual de osada y vivificante: *La religión de Rabelais*, de Lucien Febvre. El libro de Marc Bloch me llegó en buen momento. Todavía tenía una mente tierna y me la modeló, creo yo, la lectura apasionada que hice de este texto. *La sociedad feudal* me marcó sólo en la forma de escribir. Cuando leo hoy algunas páginas me asombra su juventud, su inagotable fecundidad, sus audacias. Ahí encuentro aquello que hoy sigue estimulando nues-

tras investigaciones, lo que nos empuja hacia adelante. Así por ejemplo, la invitación, entonces insólita, a recurrir, para comprender mejor el comportamiento de los guerreros del siglo XII, a los testimonios de la literatura de entretenimiento que les cautivaba, de las canciones de gesta y los libros de caballerías que les proponían modelos de conducta. Las pistas de las que nos valemos para penetrar en las estructuras más profundas de una cultura, imaginamos que nos las han proporcionado recientemente los etnólogos apasionados por los mitos y los sistemas de parentesco. Yolas veo señaladas ya en el libro. Si tuviera que aconsejar una sola obra a los historiadores noveles sería ésta, pues estoy convencido de que les ayudará a llegar más lejos aún de lo que lo hemos hecho nosotros, gracias a las aventuradas propuestas que encierra y a todos los problemas, aún por resolver, que vemos planteados en ella. Después de haberla leído, mi campo de trabajo estaba decidido: intentaría seguir esa misma línea.

II

El director

Debía elegir un tema, pero también un director. Es la costumbre. Una tesis tiene que ser «dirigida», y las normas administrativas así lo exigen. El director parecía del todo encontrado: Jean Déniau. Pero Déniau aguantó hasta facilitar mi carrera y desapareció. Pues en aquella época, para que la tesis tuviera peso, había que leerla en la Sorbona. La etiqueta de París parecía indispensable. Supongo que Déniau me habría confiado a Marc Bloch, pero Bloch había desaparecido en 1942, clandestinamente, y dos años más tarde, en el Lyon liberado tendríamos que identificar su cadáver entre los cuerpos amontonados de los miembros de la Resistencia martirizados. ¿Me habrían guiado sus consejos, su conversación, mejor de lo que lo hicieron sus escritos? No estoy seguro. Aquellos de mis amigos que fueron alumnos suyos me han dicho que no era agradable de trato. Para proclamarme discípulo suyo me basta pues con haberle leído. No dejo de aprender cada vez que lo releo.

El director parisino que me eligió Jean Déniau fue Charles-Edmond Perrin. Perrin me conocía. Había presidido el jurado que el verano anterior en Grenoble había juzgado que yo merecía obtener una plaza en la universidad. Después del oral le había hecho partícipe de mis proyectos. En otro sitio he hablado de lo que le debo a este sabio, que es muchísimo. Estrechamente ligado tanto a Bloch como a Déniau, Perrin también se acercaba bas-

tante a los *Annales* y estaba en la misma línea a la que me había llevado a mí la lectura de *La sociedad feudal*. Sus investigaciones —llevadas a cabo en el marco impuesto, la tesis doctoral— habían iluminado toda una cara de la historia social. Versaban sobre las relaciones entre los vasallos y los señores en el medio rural en los campos de Lorena. Perrin había abordado el tema desde planteamientos que ni por mi formación de geógrafo, ni por las enseñanzas de Déniau, me resultaban familiares, esto es, desde la historia del Derecho tal y como se practicaba entonces con brío en Francia y Alemania, y desde la erudición más rigurosa. Partía de documentos muy áridos, de esos inventarios donde en tiempos carolingios el señor de un gran dominio ordenaba consignar lo que esperaba sacar de sus tierras, lo que tenía derecho a exigir a los campesinos que estaban bajo su soberanía. Esas largas listas de censos, de arrendatarios, de *corvées*[*], de parcelas, habían ayudado a administrar mejor el patrimonio de los establecimientos religiosos donde, bajo la tutela de los emperadores e impulsados por el renacimiento de la escritura, se dedicaban a perfeccionar, para mayor gloria de Dios, la explotación de las riquezas del mundo. Después, durante generaciones, los administradores se servirían de los mismos pergaminos. Pero de vez en cuando habían tenido que ponerlos al día raspando, tachando, añadiendo. Perrin había reunido todos los documentos de este tipo conservados gracias al azar, y luego, con extrema minuciosidad, había separado uno tras otro, en esa especie de palimpsestos, cada uno de los estratos que se habían ido depositando sobre el texto inicial, intentando discernir por medio de los cambios, de las sustituciones de nombres propios, cifras y palabras, de qué manera se habían modificado entre el siglo IX y el XII el poder del señor y la condición de los hombres y mujeres que trabajaban para él. La exposición detallada, muy austera, de los resultados de este examen aparecía como preludio: interminable; indispensable. Pero esa obertura desembocaba en varias docenas de páginas brillan-

tes, luminosas, en las que se desplegaba de golpe la historia secular de una sociedad campesina, dejando traslucir las vicisitudes de su andadura. Perrin demostraba que no estaba al servicio de la erudición. Jugaba con ella soberanamente. La utilizaba para entregarse con prudencia, tanto mayor cuanto más seguro estaba, a la vanguardia de la curiosidad histórica, dando así la lección que yo, en mi inexperiencia, necesitaba.

Esa lección la extraje sobre todo de un libro, porque debo decir cómo «dirigía» mi tesis Charles-Edmond Perrin. Yo iba a verle dos o tres veces al año. Pasábamos una hora o una hora y media cara a cara en el cubil invadido de libros donde me recibía. Hablábamos, más bien hablaba él, volviendo continuamente sobre la misma historia, su epopeya: la guerra de 1914. Me narraba episodios inscritos hasta el mínimo detalle en su prodigiosa memoria. Al final de la entrevista, en unas cuantas frases, yo le decía por dónde iba. Al acompañarme al descansillo, me deseaba que siguiera bien. Cuando me tocó a mí convertirme en director no fui, ni mucho menos, más orientativo. No lo creo necesario. Yo me había sentido realmente orientado por Perrin, antes que nada por su presencia atenta, maliciosamente crítica. Pero esencialmente afectuosa: yo sabía que, si me desviaba, inmediatamente me enderezaría y me sostendría.

Por lo demás, todo había tenido lugar en el transcurso de la primera visita que le había hecho, en el siniestro París del invierno de 1942 a 1943. Entonces me dio dos consejos. Primero el de no precipitarme, leer mucho, y ver claramente en qué punto estaba la investigación a fin de establecerme en el terreno más fértil y en el ángulo más adecuado a mi temperamento. A continuación vino la recomendación que decidiría mi futuro. Perrin me dijo que sería bueno coger inmediatamente, antes de definir un tema y precisar el marco, un documento que fuera fácil de abordar, editado ya, impreso, con el fin de ir cogiendo soltura. Pero que fuera un documento bello, consistente, un filón rico

que estuviera aún lo bastante virgen. Observando de reojo el trabajo de los demás, debería meditar sobre las frases del texto e ir poco a poco creando un pequeño cuestionario. De vuelta a casa, abrí el libro que me había sugerido explorar. Me sumergí en él y no tardé mucho en salir, porque descubrí el territorio donde poder establecerme para conocer mejor, siguiendo los pasos de Marc Bloch, lo que había sido la sociedad feudal.

III

El material

Recueil des chartes de l'abbaye de Cluny, de Augustin Bernard, completada, revisada y publicada por Alexandre Bruel, es la obra que Perrin me había recomendado. Seis gruesos volúmenes en octavo, impresos en un papel magnífico y publicados entre 1876 y 1903 en la colección de *Documents inédits sur l'histoire de France*. Durante años los he llevado a cuestas en mis viajes, los he hojeado sin parar, y al final los he reventado literalmente, los he desgastado por completo. Lo esencial lo saqué del material que había ordenado. Esta palabra, «materiales», brutal, obrera, la empleo adrede porque es la adecuada para designar la masa inerte, el enorme montón de palabras escritas recién salidas de las canteras al que van los historiadores a aprovisionarse, a escoger, a tallar, a ajustar, para después construir el edificio cuyo proyecto han concebido previamente.

Los autores de la *Recueil* habían empezado por descifrar lo mejor posible el contenido de un cartulario, es decir, de un *Corpus* que reunía la transcripción de títulos de propiedad y de privilegios de una comunidad. La comunidad en este caso era la de los monjes de Cluny, y la confección del cartulario, que se decidió a mediados del siglo XI, durante los últimos años del mandato del abad Odilón, se había realizado algo más tarde, en una época en la que el monasterio, cuyo esplendor se hacía cada día mayor y

cuya creciente riqueza atizaba la codicia, debía al mismo tiempo consolidar los cimientos de su reputación y defender con mayor atención los derechos que detentaba sobre la tierra y sobre las gentes. Tal y como ocurría en aquella época en las instituciones religiosas mejor llevadas, con frecuencia cuando volvían a manos de un nuevo equipo directivo preocupado por realizar mediante una mejor gestión del patrimonio la reforma moral de la familia monástica, los administradores de la abadía ordenaban copiar los documentos que, desde la fundación, es decir, desde hacía un siglo, se apilaban en los armarios, los cuales se habían ido llenando de pliegos sueltos de los tres libros de registro que hoy se conservan en la Biblioteca Nacional. Esos libros siguieron en el taller de escritura, donde continuarían utilizándose durante mucho tiempo, para completarlos o ponerlos al día en las páginas que quedaban libres tras acabar la copia de las actas, que se redactaban con mayor negligencia cada vez, a pesar del paso del tiempo. Bernard y Bruel tenían la intención de completar la abundante cosecha que habían recolectado así. Quisieron reunir todo lo que no se había perdido de los archivos cluniacenses y partieron en busca de documentos originales. Descubrirían muy poco, pues los pergaminos aislados, perdida su utilidad, se habían extraviado en parte, y lo que quedaba en Cluny se había dispersado por todas partes, antes, durante, y después de la Revolución. En todo caso, los dos eruditos habían recobrado numerosas transcripciones de los pergaminos, obra de los diligentes paleógrafos que en la última etapa del Antiguo Régimen salvarían buena parte de los archivos de Francia. *Recueil* reunía, por lo tanto, más de cinco mil quinientos documentos de toda suerte y dimensión. Yo los tenía ante mí.

Casi todos eran títulos de propiedad destinados a ser presentados ocasionalmente ante los jueces. Dichas actas, análogas a las que se redactan hoy en una notaría, establecían los derechos adquiridos por los religiosos tras una compra, un intercambio, o

una de las innumerables donaciones de las que, en los siglos x y xi, se había beneficiado la abadía por velar por los muertos, los muchos muertos, cumpliendo así con los servicios litúrgicos que, según se creía, ayudaban a las almas en pena a alcanzar el paraíso. Además, como los monjes, cuando entraban en posesión de un bien, en ocasiones estimaban útil guardar todo el informe correspondiente, la colección reunida por Bernard y Bruel recoge también ciertos vestigios, raros y preciosos, de archivos familiares. Todavía figuran en ella, mezclados con bulas de papas y emperadores, diplomas salidos de las cancillerías reales, fragmentos de cuentas, de inventarios, que el azar de clasificaciones muy antiguas deslizó allí. Todo ello en el mayor de los desórdenes.

Revolver en ese fárrago de escritura era un poco como abrir un cofre cerrado durante ocho siglos lleno de legajos. Un torrente de palabras, de nombres, escapaba de *Recueil*, palabras de las que tenía que encontrar su significado perdido, nombres propios de los que debía descubrir qué personaje los había llevado, qué campos y qué bosques de hoy habían designado en otro tiempo. El incalculable valor de los escritos de los que hablo está en relación con su antigüedad. En Occidente se fundaron numerosas abadías mucho antes que Cluny, que no se fundaría hasta principios del siglo x. Pero Cluny está situada en la mitad meridional de Francia, una región en la que redactar actas para sustentar los derechos era una práctica heredada de la antigüedad romana que se había mantenido en vigor mucho más tiempo. Por otra parte, el monasterio gozaba de un estatuto que desde sus orígenes lo había protegido del desorden. De ahí que sus archivos fueran de una riqueza excepcional en el momento en el que se volvió a copiar su contenido en el cartulario. Este proporciona, por tanto, al investigador la información más densa que esperarse pueda respecto del período oscuro en el que se instaló lo que nosotros llamamos la «feudalidad». A excepción de Italia y España, de las actas privadas redactadas en Europa antes de mediados del siglo

XII, la parte que no pereció es ínfima. Doscientos años antes en Cluny reinaba ya la abundancia.

A decir verdad, los documentos más antiguos son de una gran aridez. Están construidos con fórmulas transmitidas sin modificaciones sustanciales de generación en generación en los gabinetes de los copistas profesionales. De una fórmula a otra prácticamente cambian tan sólo los nombres de los actores o de los testigos, los de los fondos que son objeto de transacción y las menciones a las distintas medidas que establecen el valor de éstos. Tenemos simplemente con qué reconstruir genealogías y fortunas. La vida apenas aflora. Aparecerá bruscamente en los albores del año mil como consecuencia de un cambio radical en la distribución de los poderes y en el ejercicio de la justicia. Los antiguos formularios no servirán ya y, además, en los actos de conciliación ya no se remite más a la escritura, en ellos se demuestra ahora el derecho con las palabras y los gestos. Los monjes encargados de velar por el patrimonio deberán hacer ellos mismos una especie de relación de palabras jurídicas para poder guardar en su memoria lo que allí se dice: el nombre de los hombres que, presentes ese día, han oído pronunciar el juramento, y han visto el cuchillo, la rama, el puñado de tierra —símbolos del bien cedido y recibido— pasar de una mano a otra, y podrían más tarde, en caso de litigio, ser fiadores de la transacción. Algunos de esos procesos verbales son como pequeñas crónicas muy prolijas en ocasiones: cuando las discusiones eran tormentosas, cuando había que proceder a reanudar la vista varias veces ante los jueces, o bien correr tras los oponentes y persuadirlos para que aceptasen salir de su escondite, comparecer y combatir en palenque contra el campeón del bando contrario. Estos escritos dejan traslucir comportamientos y relaciones sociales de los que las frías fórmulas de entonces no nos revelan apenas nada, y lo hacen durante más de un siglo. Luego la fuente se iría agotando lentamente. A partir de 1120, los archiveros se vuelven menos cuidadosos, los

documentos, cada vez más raros. A fines del siglo XII comienzan a crecer en número, pero de nuevo merman: se reconstruyen el estado, el derecho público y los aparatos de justicia, se forman equipos de especialistas. Esos profesionales trabajarán, como sus predecesores de la alta Edad Media, en los formularios. Se esforzarán por alargar lo más posible las actas que redactan, pues les pagan por línea. Las actas se conservarán con mayor cuidado. El estilo del escrito se hará más elevado, pero a la vez, se fijará. La sustancia útil para el historiador disminuye y acaba por reducirse, como sucedía con el siglo X, a lo que se escribe en los espacios en blanco entre las fórmulas.

A medida que examinaba *Recueil*, veía cómo se iban precisando los límites de la franja cronológica más propicia para realizar mis investigaciones: dos siglos, el XI y el XII, y los tres o cuatro decenios anteriores y posteriores. Por tanto, no fijé *a priori* los límites de mi trabajo. Me vinieron dados por las características de la documentación tal y como se me aparecían en los documentos de Cluny. Al mismo tiempo, medité sobre qué espacio se prestaría mejor al análisis: aquél cuyas fuentes se ofrecieran con una particular abundancia. Era un campo bastante restringido. Si bien las informaciones que procuraban un buen número de los documentos allí reunidos se dispersaban en una área vasta —pues en aquella época Cluny extendió su influencia y consiguió donaciones hasta en España, Italia o Alemania—, la gran mayoría de los títulos conservados concierne a la fortuna de bienes raíces que se había acumulado masivamente en torno a los veintitrés «deanatos», unidades de explotación y de percepción situadas cada una bajo la dirección de un religioso delegado ayudado por una pequeña cuadrilla de administradores, sobre los que reposaba la tarea de abastecer por turno los graneros, las bodegas y las cuadras del monasterio. Por consiguiente, en los documentos de *Recueil* sólo aparecen iluminados con viveza y asiduidad los alrededores inmediatos de la abadía. Así que decidí centrar mi

trabajo, no en una circunscripción administrativa, dentro de los límites de una diócesis o de una formación política, ni en una de las regiones naturales que los geógrafos se encargan de delimitar, sino en toda la extensión —determinada por los azares que habían regido la conservación en los archivos— sobre la que los textos fueran lo suficientemente numerosos y relacionados entre sí como para dejar entrever los fenómenos que yo me proponía estudiar. Mi investigación no se extendería más allá de las inmediaciones de Chalón al norte, Beaujeu al sur, Charollais al oeste, y la Bresse al este. En ese estrecho marco —aproximadamente la mitad de un departamento francés actual— pretendía ver todo lo visible para comprender, en la medida de lo posible y a la manera de los geógrafos, las múltiples articulaciones del conjunto.

Veamos en qué difería básicamente mi proyecto del de Marc Bloch. Sin duda Bloch, durante su estancia en Leipzig en 1908, había descubierto el interés de aunar los métodos tradicionales de los medievalistas a los de la antropogeografía, más globalizadores, forjados por Ratzel. Y en cuanto se puso a rebuscar por los archivos para informarse sobre la sociedad rural en los tiempos del feudalismo, se acantonó en una pequeña región de los alrededores de París. Por tanto, al igual que la mayoría de los historiadores del primer cuarto del siglo XX, había elegido estudiar una institución: primero la servidumbre, en lo que iba a ser su tesis doctoral; luego la realeza, para lo que se convertiría en *Les Rois thaumaturges*. Preparando este último libro, como cuando preparaba la *Historia rural francesa*, Bloch, convencido de la fecundidad del método comparativo, había tenido que abarcar de una sola ojeada un vasto espacio lleno de contrastes. Al acometer *La sociedad feudal*, su andadura seguía siendo la misma, describir el funcionamiento a largo plazo de ciertas instituciones clave, y en el conjunto de la sociedad cristiana latina. En ese caso no me serviría de ejemplo Bloch, sino Perrin.

Una vez delimitada el área, yo debía proseguir mi trabajo, pues Cluny no ocupaba, ni mucho menos, todo ese terreno. Estaba seguro de poder encontrar fuera de sus archivos informaciones complementarias. En aquellos parajes prosperaron en la Edad Media unas cuantas decenas de casas religiosas importantes, otras abadías, de las cuales Tournus fue la más venerable; dos catedrales: Macón y Chalón; dos encomiendas: la del Temple y la del Hospital, y dos prioratos dependientes de monasterios más lejanos. Y los títulos que establecían las posesiones de todas esas instituciones no se habían perdido en su totalidad. Por otra parte, la mayoría de esos títulos, igual que los de Cluny, se habían editado, lo cual facilitaba aún más mi tarea. De las cuarenta y cinco ediciones que manejé, once databan de los siglos XVII y XVIII; veintinueve, es decir, los dos tercios, habían salido de la imprenta en la segunda mitad del XIX, y solamente cinco se habían publicado después de 1910, todo lo cual demuestra la vitalidad de la erudición en la Francia del Segundo Imperio y en los comienzos de la Tercera República, así como su declive a principios del siglo XX. Así, descubrí siete cartularios a mi disposición en los estantes de las bibliotecas, entre ellos el de la catedral de Macón, un «libro encadenado» que los canónigos habían guardado durante mucho tiempo sólidamente sujeto con cadenas a una de las paredes del claustro para evitar que se perdiese, porque a sus ojos constituía el mejor guardián de sus derechos. Fui más allá: de la Biblioteca Nacional, de Lyon, de Dijón, saqué numerosas transcripciones manuscritas de documentos hoy perdidos. Los originales, mucho más raros, están en su mayoría reunidos en los archivos de Saona y Loira. Su conservador, como a veces sucede, se creía propietario del depósito que estaba bajo su responsabilidad. Alejaba como podía a los intrusos. Yo tuve que romper su arisca vigilancia. En resumidas cuentas: me decepcionó; creía que el depósito era inmenso y era mísero. Al menos, en la pequeña sala de lectura pasé momentos de vivo placer.

Estaba solo. Había conseguido al fin traer un cartapacio encima de la mesa. Lo abría. ¿Qué saldría de aquel recipiente? Sacaba un primer legajo. Lo desataba, deslizaba la mano entre los pergaminos. Cogía uno de ellos, lo desplegaba, todo lo demás no sucedería ya sin un cierto gozo: a menudo esas pieles son de una delicadeza exquisita al tacto. A esto se añade la sensación de introducirse en un lugar reservado, secreto. De esas páginas desarrugadas, desplegadas, parece exhalar en el silencio el perfume de vidas largo tiempo extintas. Es cierto que la presencia del hombre que ochocientos años antes se hizo de una pluma de oca, la mojó en tinta y comenzó a alinear las letras pausadamente, como se graba una inscripción para la eternidad, permanece fuertemente; y el texto está ahí ante uno lleno de frescura. ¿Por qué, quién desde entonces ha puesto los ojos sobre esas palabras? Cuatro, cinco personas a lo sumo. Los *happy few*. Otro placer, esta vez excitante, es el placer de descifrar, que, en realidad, no hace sino poner a prueba la paciencia. Al final de la tarde, sólo un puñado de datos. Pero te pertenecen a ti solo, que los has sabido hacer salir, y la caza importa más que el venado. ¿Se encuentra alguna vez el historiador más cerca de la realidad concreta, de esa verdad cuya espera le consume y que siempre se le escapa, que cuando tiene delante, cuando escruta con sus ojos esos despojos de escritura venidos del fondo de los siglos como los restos de un naufragio, esos objetos llenos de signos que puede tocar, olfatear, mirar con lupa, lo que en su jerga llama «fuentes»?

De entre los archivos de Macón, los fondos más ricos para el siglo XII son los de La Ferté, abadía fundada en lo más profundo de un bosque a orillas del Saona por el primer enjambre de religiosos que salieron del Císter. La llegada de san Bernardo y de sus camaradas vino a sacar a este monasterio perdido de la decadencia en la que iba a sumirse. Estos fondos contienen un cartulario, pero fuera de lo corriente. No es un registro, sino un conjunto de pliegos sueltos de pergamino. Algunos pliegos tienen

más de un metro de largo (los cistercienses eran excelentes ganaderos, criaban corderos de gran tamaño en sus explotaciones piloto), son de grano muy fino (los cistercienses eran también excelentes artesanos). Sobre estas hojas hay líneas paralelas trazadas a puntilla con sumo cuidado para alinear las palabras latinas en perfecto orden. Los caracteres son admirables, la tinta de una calidad tan buena que parece haberse usado ayer. Lo que no era más que una simple herramienta de la administración se había construido con la misma voluntad de rigor, de armonía, de perfección en su ejecución, de adecuación entre fondo y forma de la que procede la belleza que nos deja sin aliento cuando entramos en las iglesias, los claustros, los dormitorios, los graneros edificados por la orden del Císter. Yo me apoderé de ese monumento magnífico. En aquella época el aspirante a doctor estaba obligado a adjuntar a su tesis principal una tesis complementaria. Para ello, elegí publicar el contenido de veintiséis planchas que había descubierto, adjuntando la edición crítica del nuevo texto a los cuarenta y cinco que estaba ya analizando.

Al término de mi búsqueda por archivos y bibliotecas había recogido un número de documentos dos veces superior al que incluía *Recueil des chartes de l'abbaye de Cluny* relacionados con el campo de mis investigaciones: cerca de diez mil. Unos de dos o tres líneas, otros que ocupaban decenas de páginas impresas. En cuanto a esas otras «fuentes» que llamamos narrativas —textos también, pero en este caso redactados no por notarios, sino por escritores, y con una finalidad totalmente distinta, la de distraer, convencer, exponer una cierta visión del mundo, documentos menos lacónicos pero también mucho menos fiables, cuyo autor, generalmente de buena fe, al decir lo que cree saber a su manera, al deformarlo sin querer, preocupado por escribir bien, al acentuar tal rasgo o pasar por alto tal otro, no es que mienta, pero fantasea y en todo caso se muestra inevitablemente prisionero, si no de sus intereses, al menos de sus propios fantasmas— no po-

día contar demasiado con ellas. Efectivamente, en aquella época, los escritos de este tipo que se escribieron en aquella región son muy poco numerosos. Macón y sus inmediaciones pertenecen a la parte meridional de la Galia donde los injertos culturales implantados por los carolingios arraigaron peor. La historia y la crónica fueron allí géneros menores. Pocos hombres de iglesia se preocuparon de consignar en los márgenes de los calendarios, de los que se servían las comunidades religiosas para ordenar las liturgias de difuntos, los hechos que les parecían destacados: la muerte de un papa, una epidemia, la caída de un campanario fulminado, el eco de alguna victoria, una vendimia excepcional. Y menos aún se encargaron de relacionar entre sí esos hechos dispersos para construir, siguiendo un modelo tomado de la literatura clásica latina, una *historia*. Lo poco que pude recoger seguía viniendo de Cluny.

En el gran monasterio, a la muerte de un abad, se ocupaban de que su memoria fuera celebrada y de que su santidad fuera reconocida. Con ese fin se escribían varias relaciones de su vida, y sus biografías servían de gran enseñanza. De todos modos, no contenían casi nada que respondiera a mi curiosidad de entonces, porque evocan sobre todo lo sobrenatural, o bien una sociedad particular: la de los monjes encerrados en su claustro y en sus salmodias, un mundo aparte —voluntariamente aislado de lo que yo intentaba percibir— del que yo había decidido, imprudentemente, no ocuparme. Hubiera podido aprovecharme de la obra de un religioso de la congregación cluniacense, Raúl, llamado el Lampiño: los cinco libros de *Histoires* que a mediados del siglo XI dedicó al abad de Cluny, Odilón. Abierto al mundo, aventurero y de una gran lucidez, Raúl había visto, oído y retenido mucho. Pero ordenó cuanto sabía de los acontecimientos de su tiempo, contando asesinatos, peregrinaciones, hambres, construcciones de iglesias, estrellas que caían del cielo, advenimiento o defunción de los dirigentes de la cristiandad, con la in-

tención de hacer aparecer en todo ello la voluntad de Dios, su cólera o su benevolencia misteriosamente expresadas gracias a esos accidentes que alteraban el orden de las cosas. La realidad de la vida social no se entrevé en el relato más que en algunos destellos fugitivos. En cuanto a la posibilidad de descubrirla bajo la cobertura de lo fantástico o en los intersticios de lo no dicho, eso ni lo soñaba aún. Entonces los historiadores no habían descubierto todavía el interés de interpretar de esa manera los testimonios de ese tipo. Yo contaba con los escritos del abad Pedro el Venerable, que datan de aproximadamente un siglo después que las historias de Raúl. De su *Correspondance* retuve lo que decía a propósito de los problemas administrativos que tuvo que resolver y de sus disputas con los hidalguillos de la vecindad o con los prestamistas judíos. Esperaba descubrir también parte del entramado social en otra obra: el tratado *Des merveilles*, en el que Pedro había reunido anécdotas edificantes en las que presenta a la mayor parte de los protagonistas como miembros de la sociedad local. La verdad es que tienen poquísima relación con el mundo actual. Gesticulan como fuera del tiempo sobre una tarima invadida por las brumas del más allá, en la que el autor mueve a estas marionetas para sostener un discurso acerca del cielo y el infierno y de la necesidad de velar aquí abajo por la salvación de sus almas. Una puesta en escena tal, al igual que la de Raúl, arroja poca luz sobre los comportamientos, pero se aprende mucho de las actitudes mentales, de suerte que estos dos textos se han convertido en documentos altamente valiosos para mí. En 1944 yo no discernía aún su riqueza. Hacía historia social como se hacía entonces la historia económica, basándome en el significado exterior del documento, en su apariencia, sin sospechar que podía encerrar otros.

IV

El tratamiento

Por otra parte, yo estaba, en general, mal pertrechado para tratar el material bruto que había acumulado. Cuando empecé mis estudios, al futuro historiador se le abrían dos vías: una llevaba a la Escuela Nacional de Archiveros Paleógrafos y formaba eruditos, la otra llevaba a las facultades de Letras y formaba profesores. La primera enseñaba cómo manejar las herramientas de la investigación histórica. Las segundas enseñaban a contar la historia más que a hacerla. Yo elegí esta última.

En 1821, con la fundación de la Escuela Nacional de Archiveros Paleógrafos, se restauraba, se reparaba, lo que el siglo de las Luces por dejadez, la Revolución con su voluntad de borrar todo rastro de opresión, y el Imperio con su afán de modernismo habían estropeado por turno. De ahí el nombre que se le dio a esta escuela[*], por las cartas que la Monarquía acababa de otorgar, en las que se apoyaban los privilegios del clero y de la nobleza, las llamadas cartas de franquicia que Augustin Thierry se disponía a estudiar, en las cuales la triunfante burguesía veía el origen de sus libertades y fortuna. El orden restablecido se basaba en la memoria. Buscaba garantías de legitimidad. Con el entusiasmo del romanticismo volvía la vista a la Edad Media, que fascinaba al joven Michelet. De esta nueva institución debían salir hombres capaces de proseguir el trabajo comenzado en el siglo

xvii y continuado en el xviii en confortables monasterios por los benedictinos. Esta orden se había impuesto como tarea exhumar los galimatías enterrados en el polvo y el olvido. Se dedicaron a establecer la lectura correcta de los manuscritos, a fecharlos y a detectar las falsificaciones. Pusieron a punto las técnicas de la paleografía y la diplomática. Se esforzaron en reforzar lo que llamaban «pruebas» —documentos destinados efectivamente a ese fin, como los de una investigación policial—, por sacar a la luz la verdad, refinando así, poco a poco, los métodos para una crítica racional de los textos. La Escuela Nacional de Archiveros Paleógrafos había recibido la herencia de estos pioneros de la erudición. Enseñaba —lo sigue haciendo— los procedimientos que confieren a la historia la apariencia de ciencia exacta. En ninguna otra parte, ni siquiera en Bélgica, ni en Alemania, se puede aprender mejor a preparar la materia prima que emplea el historiador, a separar la escoria que la arropa, a purificar las «fuentes». Sin embargo, en lo que a las «ciencias auxiliares» de la historia medieval se refiere, no se recibe en las facultades de Letras francesas más que un leve barniz. Bajo la dirección de Déniau yo me había ejercitado en descifrar mal que bien un documento, de esa minoría anterior al siglo xiii, cuya escritura, aun solemne y lenta, no ocultaba demasiadas trampas. Y era capaz de verificar la autenticidad de un documento mediante el examen de sus dispositivos. A eso se había limitado mi iniciación. Tuve que completar ese irrisorio aprendizaje de taller peleándome con los textos.

Pronto supe lo suficiente como para darme cuenta de que las ediciones que utilizaba, en particular la que tuvieron a su cargo Bernard y Bruel, ambos archiveros paleógrafos, distaban de ser todo lo rigurosas y seguras que yo esperaba. Por otra parte, en cuanto me puse a trabajar pude calibrar la distancia que hay entre la verdad que persigue el historiador, que siempre es esquiva, y la que nos revelan los testimonios a los que podemos tener acceso. Me di cuenta de que entre esa verdad y yo se interponía una

pantalla que eran las fuentes de las que obtenía información, no importa lo límpidas, lo cuidadosamente filtradas que estuvieran. Los textos que empecé a examinar, aquella masa de actas, reseñas, fragmentos de procesos e inventarios, podían considerarse documentos de lo menos sospechoso, de entre los más neutros, los más fieles a los hechos. Rara vez están contaminados por la fantasía del que los redactó, por su pasión, por su voluntad de persuasión. Son herramientas. De ellas tienen la sobriedad y la franqueza. La mayoría no pertenecía tampoco a los documentos que interesaba entonces falsificar. Los monjes de los siglos XI y XII no dudaban en redactar un documento falso en sus talleres de escritura para reemplazar un título que faltase en un cartulario; casi siempre de buena fe, pues estaban convencidos de que ese documento había existido y se había perdido, y de que con ayuda de la memoria podían reconstruir el contenido sin incurrir en fallos. Pero tales falsificaciones estaban relacionadas generalmente con donaciones excepcionales o privilegios fundamentales consentidos por los grandes príncipes, no con menudencias como la propiedad señorial que los documentos transcritos en el cartulario de Cluny debían garantizar. Las frases latinas que encontraba en aquellos textos parecían hablar claro y con verdad. Sin embargo, esa verdad que me parecía, ya lo he dicho antes, haber palpado cuando en los archivos acariciaba los bellos pergaminos que los clérigos de La Ferté habían llenado de signos, la verdad escueta de la prueba, del objeto tangible, indiscutible, la veía alejarse a medida que me acercaba a las palabras. Porque aquellas palabras grabadas sobre la piel, aunque eran perfectamente legibles, en realidad reproducían otras más auténticas, más cercanas a la vida y a los gestos de los hombres, las de los documentos redactados inmediatamente después de las frases dichas, cuyo contenido se había trasladado a los rollos del cartulario. Ahora bien, yo sabía, por haber encontrado los pocos originales que por azar no se habían perdido, que no se había realiza-

do la transcripción sin borrones, que por descuido o por economía el copista había omitido tal fórmula o tal nombre, que con frecuencia había caído en la tentación de modificar sus grafías. ¿Qué tenía yo de casi todos los textos de los que disponía sino copias? ¿Y qué pensar de aquellas copias de copias, únicos vestigios supervivientes de tantos cartularios destruidos?

Por otra parte, incluso cuando tenía ante mí el manuscrito original, intacto, que desde hacía siglos era yo el primero en palpar, en descifrar su escritura —como si levantara la lápida de una cripta desconocida—, cuando extraía de esta «prueba», de una innegable sinceridad, palabras o frases, no podía olvidar que los copistas habían empleado un cierto número de ellas mecánicamente, por costumbre, repitiendo fórmulas aprendidas; y que, de todas maneras, al dar un bien, al establecer un contrato o debatir un derecho, habían transportado las palabras pronunciadas de hecho a un lenguaje diferente, rígido: el de los notarios. Sabemos muy bien, gracias a nuestra experiencia actual, lo envarado que es, por su formalismo, y lo lejos que está de la vivacidad de la vida cotidiana. Y lo que es más, en una lengua, el latín, no realmente muerta, pero de la que ninguno de los campesinos ni los guerreros cuya voluntad se supone que expresaban aquellos documentos, comprendía una sola palabra.

Ahora bien, yo pretendía ingenuamente conseguir una comunicación directa con aquellos guerreros, con aquellos campesinos. Iba a su encuentro con la esperanza de acercarme lo suficiente, al menos a algunos de ellos, como para distinguir los lazos que les unían entre sí y la relación que creían tener con el mundo visible e invisible. Ese era mi objetivo. Llegar a través de ocho siglos hasta aquellos hombres, aquellas mujeres. Debía comenzar por identificar a los que mencionaban los documentos que había reunido, para poder situar después en el tiempo y en el espacio con la mayor precisión posible las miríadas de nombres propios que había descubierto en todos aquellos escritos. En pri-

mer lugar tenía que datar los textos, lo cual no era nada fácil, pues en los siglos X, XI y gran parte del XII, rara vez se preocupaba el redactor de un documento de anotar la data, y más raramente aún el archivero que los copiaba. Los usos de la cancillería, con una concepción del tiempo muy diferente a la nuestra, autorizaban a los más precisos a mencionar el mes y el día de la semana. A menudo, claro está, el documento mencionaba el soberano reinante, el obispo de la diócesis, o bien el abad del monasterio, que son referencias muy útiles, y sin embargo vagas cuando no se precisa el año del reinado, del episcopado, o del abadiado; la incertidumbre aumenta desmesuradamente cuando se trata —y es el caso más frecuente— del abad de Cluny. En este monasterio, cuando el robusto abad, de una longevidad extraordinaria y a pesar de ello envejecido, sentía su declive, llamaba la atención de sus hermanos sobre el monje jovencito cuyo talento había observado y que quería por sucesor. La comunidad, asombrosamente disciplinada, respetaba su elección. Esto hizo que en dos siglos sólo cuatro hombres rigieran sucesivamente los destinos de la gran abadía. De modo que, para los varios cientos de documentos reunidos en el cartulario, había un margen de error de cincuenta años entre la más antigua y la más reciente fecha posible. Trabajé hasta el agotamiento para estrechar ese margen basándome en alusiones minúsculas, en la forma de composición de los copistas, en la coincidencia entre un nombre de hombre y uno de lugar. Cotejaba listas de testigos, procuraba localizar a los mismos personajes, avanzando así paso a paso entre miles de cotejos a tientas, por no poder utilizar, pues no disponía más que de dos copias, uno de los criterios más fiables, el aspecto de la escritura. De paso constaté las sorprendentes carencias de Bernard y Bruel, que, impertinentes o cansados, habían avanzado mucho menos que yo en el trabajo: su *Recueil* está plagada de innumerables errores de datación. Creo haber rectificado la mayor parte de ellos, pero he debido confundirme también y, algu-

nas veces, reconocer mi derrota, tras haber errado sin éxito durante mucho tiempo, a ciegas, a falta de indicios convincentes.

Otro rompecabezas: atribuir cada uno de los nombres propios a una persona o a un lugar. Casi todas las ediciones a mi alcance estaban en efecto desprovistas de índices, y respecto de la región en la que había establecido mi campo de trabajo, mi cantera, carecían de la mayoría de las herramientas que le son indispensables al estudioso: no había diccionario topográfico, ni repertorios metrológicos, ni mapas decentes. Aparte de los útiles catálogos que publicó como anexos a su tesis André Déléage, erudito que unos años antes que yo había explorado el mismo terreno, ¿de qué disponía yo? Antes que nada del paisaje actual. A partir de la Liberación recorrí aquellos campos donde nacieron, donde durmieron el sueño de la paz todos los Aubert, Guillaume, Létaud; deseaba conocerlos mejor y los recorría en todas direcciones. Es una tierra hermosa. Y me era familiar —si Perrin había puesto en mis manos los cartularios de Cluny era también por eso—. Hay una parte de ella que conocía de memoria: las colinas de Macón, donde la luz se vuelve como la de Siena ciertos días de otoño, donde la tierra, sobre la que llegué a dormir al raso en mi adolescencia a espaldas de la peña de Solutré, huele a boj, hierro y tomillo. Más allá, pasada la vasta extensión de praderas por donde corre el Saona, aún me sentía un poco en casa, pues las raíces de mi linaje paterno se hunden, no sé hasta cuándo, en esa zona. Más allá de las crestas, en la otra parte, la de poniente, hacía poco que había comenzado a conocer y amar otras colinas menos escarpadas, menos herbosas aún: las que rodean Cluny. Volví pues a adentrarme por aquellas rutas, aquellos senderos. Juzgaba necesaria una relación estrecha, prolongada, carnal con la tierra. Esperaba que me ayudase a entender mejor los textos que analizara la víspera, a compararlos con lo viviente. No he empujado el arado ni he cavado entre las hileras de vides, pero en aquellos días compartía, cuando se terciaba, un almuerzo de ven-

dimia, echaba una mano en la trilla del trigo, y me imaginaba, ingenuo aún, poder adquirir con todo ello cierta complicidad con los rústicos que se habían matado a trabajar en aquellas mismas tierras en los tiempos en que Luis VII de Francia los liberó de los soldados mercenarios. Al recorrer el bosque de Chapaize tenía la clara sensación de que mis pasos iban colocándose sobre las huellas de los de ellos.

Sucede que el historiador descubre inesperadamente gran parte de lo que busca cuando sale de su cuarto y mira a su alrededor. Yo tuve esa experiencia en el curso de aquellas caminatas. Amo las iglesias románticas de Cluny. Recuerdo un día, a la caída de la tarde, en el que entré en la iglesia estrecha y sencilla de Taizé. En el coro salmodiaban cuatro hombres con hábito azul oscuro. Cuando callaron fui a su encuentro e intercambiamos algunas palabras. El que parecía tener el mando me explicó que, reformados, habían venido desde Suiza con la intención de restablecer el espíritu de Cluny. Al despedirme le tendí la mano. Mi interlocutor opinó, según creo, que no correspondía a su dignidad darle la mano a un laico, a un individuo tan joven, vestido a la manera campesina, y no lo hizo, meció la mano en una de sus mangas. Este gesto me marcó, y tan profundamente que la escena ha permanecido grabada en mi memoria. De golpe todo estaba claro. Comprendí lo que había sido el «espíritu de Cluny», lo que había representado en aquella región en el siglo XI, cuál había debido ser su peso, sustentado por una concepción estrictamente jerárquica de todo el universo, por la voluntad de mantener su estatus en todos los niveles del edificio social; y adiviné a qué distancia, no digo de los campesinos que cultivaban sus dominios, sino de los caballeros, de los señores mismos, sus vecinos, se habían mantenido en su orgullo, desde lo alto de su paternalismo arrogante, convencidos de volar al lado de los propios ángeles, los monjes de aquel tiempo, señores de la salvación gracias a las oraciones que decidían entonar a favor de tal o cual difunto,

monjes cuyo poder temporal, por añadidura, atenazaba gran parte de la comarca.

Lo que yo buscaba en mis correrías por los campos y bosques era hacer una presa real y concreta para asegurarme. Me era indispensable colocar aquel tejido raído, agujereado, que yo remendaba hilo tras hilo al leer las palabras latinas, sobre un soporte consistente (ese otro documento igual de rico, si bien es verdad que de una riqueza diferente, pero sin lagunas, tendido al sol, vivaz: el paisaje), como se encolan sobre un lienzo los fragmentos de un fresco desmoronado antes de que se conviertan en polvo. Hay otra superposición que me parecía más útil aún, puesto que en este caso el telón de fondo no era neutro, presentaba relieve y color, los cuales me parecían adecuados para reavivar los matices del velo que yo aplicaba sobre él. Y es que yo no tenía una conciencia clara de las diferencias entre el estado actual del paisaje y su antigua configuración. Una vez más pecaba de ingenuidad y consideraba inmóvil lo que en realidad había ido cambiando, y además de manera sustancial. Claro está que ninguna revolución técnica había venido jamás a cambiar de raíz el sistema agrario en aquella comarca, de manera que hasta hace cuarenta años el trazado de los caminos seguía siendo prácticamente el mismo del año mil, mientras que la siembra y su localización habían sufrido sin embargo modificaciones profundas. Yo no lo sospechaba. Sí, el *Merziacum* de los cartularios cluniacenses es en efecto el Merzé que en nuestros días no ocupa más que un molino a orillas del Grosne, y en cuya identificación me basé cuando intentaba imaginarme los hechos y las gestas de aquel Achard, llamado de Merzé, a un tiempo clérigo y caballero, que a principios del siglo XI había ejercido en aquellos parajes sus derechos sobre los campesinos. Igual que imaginaba, con mayor nitidez, escalando la ladera de Uxelles, a Bernardo, llamado el Gordo, quien por la misma época había hecho erigir en aquel punto, dominando un antiguo vado habilitado para el paso de las

legiones romanas, una torre de madera. Pero, ¿qué sabemos de cierto sobre la implantación del hábitat y sus formas en esa época? Los textos sitúan los recintos donde residían las familias en una cierta *villa* y les dan a éstas el nombre que todavía hoy llevan tal pueblo o tal aldea. ¿Pero qué designaba en el año mil el término villa? ¿Una aglomeración, un territorio? ¿O bien un simple punto de referencia utilizado por una administración extremadamente frustrada para garantizar un cierto dominio sobre una población dispersa y en movimiento? ¿En qué momento se formaron ahí la aldea, el pueblo, antecesores de los que yo atravesaba en el curso de mis paseos? Estoy seguro de que la arqueología podría ofrecer algunas respuestas, pero en 1945 la investigación, aunque muy activa, en esta zona no se había ocupado más que la Edad de Hierro, el período galoromano y el borgoñón. Sin tener conciencia de estos azares, yo seguía adelante sin titubear. Hoy hubiera sido mucho más prudente.

En los documentos de los siglos XI y XII habitualmente se designa a los individuos con un solo nombre, y hay docenas de homónimos Gautier, Bernard o Josseran. Cuando van seguidos de un sobrenombre para distinguirlos unos de otros, éste no siempre es el mismo. Habría que puntualizar además que la libertad de los copistas en lo que se refiere a la ortografía era muy grande, tanto con respecto a los nombres como a los apodos, ambos latinizados. ¿Cómo seguir a un mismo personaje en medio de ese fárrago; cómo relacionarlo con sus ancestros y aliados? Conseguí salir, no sin pena, de ese embrollo. Me había adentrado en él intrépidamente. Partiendo de algunas conexiones entre ciertos nombres descubiertas casualmente, me deslizaba entre la maraña de datos; con frecuencia me perdía, pero entonces se abría una pista e internándome por ella veía a veces colocarse en su sitio fragmentos de genealogías, o bien dibujarse los contornos de un grupo de vecinos, de una clientela, de una familia. Las mallas de la red se iban tejiendo poco a poco allí donde lograba colocar a

hombres y mujeres, al menos a los más ricos, aquellos y aquellas cuyo linaje había podido donar mucho a los hombres de iglesia para la salvación de su parentela. De ese modo, a medida que los montones de nombres heteróclitos iban disminuyendo, iba viendo surgir progresivamente del desorden inicial, cada vez con mayor nitidez, cada vez con mayor coherencia, la configuración de una sociedad. Admiro con mucho la paciencia de la que hice gala en mis comienzos, y aún más, mi audacia.

¿Qué decir de todas las demás palabras, los nombres comunes, los verbos, los adverbios, resumiendo, del vocabulario empleado en los documentos para definir el estatus de la gente, la condición de las tierras, para describir el ritual de los contratos o exponer los derechos de cada uno? Para comprender el sentido de todos aquellos términos disponía de un viejo instrumento de gran eficacia, el diccionario de latín medieval redactado en el siglo XVIII por Du Cange, monumento a la erudición benedictina. En realidad, a medida que avanzaba en aquel trabajo fundamental, comprender el significado exacto de los textos que había recopilado, me daba cuenta de que el más sofisticado de los glosarios resultaba insuficiente, pues todos aquellos términos, al ser préstamos provenientes de otra lengua, no se ajustaban jamás de manera exacta a la realidad que pretendía reflejar el hombre que los empleaba. Su significado también fluctuaba, porque esa realidad, las relaciones de la sociedad, percibidas por sus contemporáneos con frecuencia de modo imperfecto^ era en sí misma fluctuante. A cada paso debía hacerme preguntas acerca del sentido, verificarlo minuciosamente en función del contexto, del lugar y la época de redacción. Había, en efecto, yo las percibía, ligeras modificaciones de un taller de escritura a otro, de una generación a otra: tampoco debía olvidar que un simple cura de pueblo y un canónigo encargado de dirigir la escuela catedralicia no empleaban el mismo latín y, por tanto, tampoco las mismas palabras para designar el mismo objeto.

V

Lectura

Me detendré aquí un momento para mostrar más de cerca cómo leía yo los documentos y cómo a través de ellos iban apareciendo poco a poco los lineamentos de la organización social. Elegiré un documento. Figura con el número 3649 en *Recueil* de Bernard y Bruel. Es el fragmento de un prontuario, una simple nota garabateada en un trozo de pergamino. Este texto no está constreñido por una fórmula, habla libremente, directamente, ahí radica su primera virtud. Pero su mérito consiste también en evocar aspectos de la historia de las sociedades de los que rara vez se ocupan los documentos y reseñas. En contrapartida, el texto tiene el inconveniente de no presentar data alguna. Basándome en el contenido y el tono, y tras cotejarlo con otros documentos, estoy seguro de que se escribió en torno al año 1100, momento en el que un monje de Cluny, uno de los que se ocupaban de administrar el patrimonio de la comunidad, debió establecer de quién dependía un cierto número de personas residentes en Cluny, en la aldea que empezaba a formarse a las puertas de la abadía y en las dos localidades de las colinas de Mâcon, Blanot y Aine, que los religiosos tenían bajo su dominio. He aquí las palabras que escribió tal y como fueron transcritas y después publicadas, tal y como yo las tenía delante mío.

3649.

NOTITIA ALTERCA TIONIS PRO HOMINIBUS CLUNIACENSIBUS ET SANCTI VINCENTII MATISCONENSIS IN POTESTATIBUS DE OSANO ET DE BLANOSCO.

(Bibl. nat. cop. 36-109.)

1090, environ.

Primo venit quidam liber homo ad Osanum villam, qui cum ibi in libera voce mansisset, commendavit se senioribus ipsius ville. Contigit ut postea quaedam libera femina similitier advenerit, quam predictus homo duxit uxorem, et procreatis infantibus ambo defuncti sunt. De quibus infantibus una femina venit ad Blanoscum, nomine Marchildis, aliis in Ausano remanentibus. Marchildis autem accepit maritum de Blanosco, de quo genuit infantes Guntardum et Gunterium et Ermensindam, matrem Ingelmari; et ira factum est un ínter duas istas potestates parentela dividatur.

Quídam homo, nomine Adelelmus, fuit servus Cluniaco et accepit uxorem de villa Ausanum, nomine Ausanam. Sed quia de potestate Sancti Vincentii erat, dedit pro ea dúo mancipia; postea conquisierunt alodum, quem ipsa Ausana jam vetula vendidit paribus suis de villa Aiona; hereditatem suam quam habebat in Ausana similiter vendidit. Nunc vero filia ejus, cum ei servitium a Cluniaco quereretur, dixit publice quod per occasionem de marre sua transferrer se ad potestatem Sancti Vincentii. Hoc legaliter probari potest.

Rainnaldus tenet jam Alberrum et Fredelenum et Teodonum; isti sunt de Cluniaco.

De Aiona Rainaldus etc…*

* El resto está cortado.

Leo, pues, que «en primer lugar» (el redactor se remonta a cuatro generaciones anteriores en la ascendencia de los hombres y mujeres cuya condición pretende precisar; los hechos que recuerda al comienzo han tenido lugar, por tanto, a principios del siglo XI), «un hombre de condición libre» (muy interesante; retengo cuidadosamente la mención de «libertad» en la época y el nivel social que nos ocupa, puesto que de esa libertad, estatus de un bisabuelo, deriva todo el proceso del que la nota quiere guardar memoria) «llegó» (¿de dónde venía ese *quídam?* El documento no lo dice, ni tampoco da nombre a este emigrante. ¿Debo pensar que sus propios biznietos no sabrían decirlo? Reflexionando me doy cuenta de que me costaría mucho trabajo decir el nombre de tres de mis bisabuelos, y de que no sé dónde nacieron ninguno de los cuatro. Se me podría responder diciendo que nuestra sociedad es muy fluida. Pero, justamente, parece que ésta también lo era. Es precisamente eso lo que más me sorprende, la movilidad de estos campesinos), «a la *villa* de Ozan» (gracias a gran cantidad de documentos contemporáneos de éste, estoy convencido de que en los umbrales del siglo XII la palabra *villa* designaba lo que ahora llamamos pueblo, así como el conjunto de tierras que explotaban los habitantes de dicho pueblo. Ozan, situado en la otra orilla del Saona, no formaba parte de los dominios cluniacenses, sino que dependía de la catedral de San Vicente de Macón). Este hombre se «estableció» (el verbo latino *manere* se relaciona con la idea de residencia estable; el que llegó de improviso se quedó en este lugar, puso fin a su errar). Considerado «libre» (aquí la palabra *vox* capta mi atención. El hombre en cuestión ha dicho al llegar: «Aquí estoy; me quedo entre vosotros; aceptadme; pero yo soy libre». Lo ha dicho muy alto. Le han creído bajo palabra. ¿Era libre en verdad? Si había venido de muy lejos, ¿quién podía comprobarlo? Además, ¿quién se iba a tomar la molestia de hacerlo? A los que gobernaban Ozan les convenía no encontrarle un señor, pues quizá hubieran tenido que devolver-

lo. En aquellos tiempos la tierra era abundantísima, la mano de obra seguía siendo escasa y por lo tanto bienvenida en todas partes). Sin embargo, el inmigrante no pudo seguir siendo independiente mucho tiempo; tuvo que «encomendarse», es decir, confiarse, ponerse bajo la protección de un amo (me percato de que el autor de este texto emplea, latinizado, el verbo *commendare*, del que se servían igualmente para indicar que un caballero se convertía en vasallo de un señor. Se trate de campesinos o de guerreros, la dependencia personal, el vínculo que unía a unos con otros en pequeños grupos en el seno de la sustancia granulosa que era la sociedad de aquel tiempo, iba a caer en un molde idéntico. Además, con el término *séniores*, que pertenece al vocabulario del vasallaje, es con el que se designa a los amos a los que un hombre, hasta entonces sin protector, rinde vasallaje). Esos «señores del lugar» —traduzco sin titubear— que eran dueños de la *villa*, esto es, el territorio en su poder que estaba especialmente bajo su jurisdicción, eran —la continuación del documento así lo revela— los canónigos de Macón, más concretamente aquéllos de entre ellos a los que se había atribuido, en prebenda, para su manutención, esa parte de la fortuna del cabildo.

Más abajo el texto nos hace saber que más tarde vino de fuera una mujer, protestando a su vez por su «libertad» (esto es de lo más inesperado: las corrientes migratorias no arrastran más que hombres. De todos modos nada indica que esta mujer se haya desplazado sola, por propia voluntad. Podemos imaginar que era la hija de un inmigrante que se la dio púber a otro inmigrante). El único hecho evidente es que este último tomó a esta «aubaine» (forastera; el término pertenece al vocabulario de aquella época. Es el más conveniente, viene del verbo *advenire*, «venir a», «inmigrar») por esposa legítima *(uxor)*. Murió tras haber engendrado hijos, los cuales permanecieron en Ozan en calidad de «villanos», sujetos. Todos salvo una muchacha, de nombre Marchilde (la abuela del más joven de los miembros del linaje que aquí se

nombra; y su nombre, el nombre de esta mujer, ha quedado en el recuerdo) «que vino a Blanot» (de nuevo he aquí una muchacha de la que se dice que ha abandonado su casa, su familia. Sin duda no fue muy lejos: a pie se puede ir de Ozan a Blanot en tres o cuatro horas; pero hay que cruzar el Saona, que en aquella época era una verdadera frontera; al llegar a la otra orilla se cambiaba de patria, puede ser que de dialecto, y en todo caso, de manera de vivir, dejando una comunidad de pescadores por otra de viñadores, leñadores y porqueros). En su nueva residencia, esta mujer «recibió un marido» (en esta sociedad una mujer no podía permanecer sola. Si no habitaba con su familia, debía, bajo pena de levantar sospechas o despertar la codicia, entrar en otra por casamiento. Podemos pensar, pues, que el matrimonio se había decidido en la casa de su padre, que éste se la había dado a un hombre, el cual la había ido a buscar a su lugar de origen para llevarla en cortejo a su casa. La migración dejaría así de ser tan sorprendente. Sea lo que fuere, el documento da testimonio de la exogamia en el medio rural; y de la isogamia: el esposo y la esposa tienen el mismo estatus). Al marido efectivamente se le denomina de Blanot (los artículos también cuentan. Y su empleo significa que este hombre era dependiente. De un señor diferente, pues Blanot dependía de Cluny, y Ozan dependía de San Vicente de Macón, pero de igual condición que el padre de su mujer). La pareja tuvo tres hijos, uno de los cuales fue una hija, madre de Engeumier. Este hombre, descendiente doblemente por línea femenina de inmigrantes desconocidos que se habían ligado por matrimonio un siglo antes a Ozan, fue seguramente el que vino a referir su genealogía, a explicar gracias a ella por qué la «parentela se había repartido entre esas dos *postestates*» (he visto irse precisando poco a poco en el transcurso de mi investigación el sentido de este nombre común que significa únicamente «poder»: en esta región, hacia 1100, los escribas lo empleaban para designar el poder de justicia y de paz que pesaba sobre los hom-

bres y las mujeres instalados en un determinado territorio y sobre aquéllos que lo atravesaran, es decir, uno de los marcos fundamentales en los que se ordenaba entonces la sociedad, la señoría).

El prontuario evoca a continuación otro caso de reparto, de resultas igualmente de un matrimonio. En este caso el esposo, el antepasado, habitaba en Cluny. Este Aleaume es denominado *servus* ¿Esclavo? Destaco este término. Aún hoy dudo sobre su significado. Pero retengo que en el contexto viene dado por oposición al término *líber*. De ello deduzco que entre los habitantes de esta aldea y de los pueblos de la región, todos sujetos a un «señor del lugar», se distinguían entonces al menos dos tipos de condición personal. El campesino de Blanot del que habla la primera parte de la anotación, el marido de Marchilde, dependía también del monasterio, pero su dependencia era de naturaleza diferente, la cual no justificaba que lo clasificáramos entre los *serví*, lo que el monje autor del texto no habría dejado de hacer. Aleaume, el soltero, estaba más sujeto —sin duda por nacimiento, pues la palabra *servus* comporta la idea de una sujeción hereditaria— a pesar de vivir en un burgo, una de las aglomeraciones de población que por su estructura pre-urbana se distinguía entonces claramente de los pueblos y aldeas en la mentalidad de la gente. Decir burgo era decir burgués, lo cual en la mente esta vez de los historiadores evoca inmediatamente franqueza, es decir, independencia. Pero una sociedad no es, Marc Bloch lo ha dicho, una figura geométrica. Este texto nos lo recuerda, emplea el vocabulario de la servidumbre a propósito del habitante de un burgo y no a propósito de los habitantes de los pueblos de Blanot y Ozan. El *servus* había ido a tomar mujer a Ozan. ¿Volvía a aparecer esta localidad por casualidad? ¿O bien como efecto de corrientes de intercambios, de relaciones de parentesco de las que nada sabemos, que, en un medio como éste, naturalmente exógamo, podían haber orientado las transacciones matrimonia-

les? La esposa que recibió estaba sometida al señor del lugar desde su nacimiento, esto es a San Vicente, patrón de la catedral, personaje invisible pero muy apreciable, el verdadero detentador del poder. Para ser tomada ha de ser desligada, adquirida. San Vicente no la da, la vende, porque con este matrimonio pierde a esta mujer: alejada de la *potestas*, del territorio donde se ejerce su poder, quizá no deje de pertenecerle, pero no le servirá más de manera concreta. Por esa razón el derecho autoriza a los señores, a los amos, a percibir una indemnización cuando la hija de uno de sus vasallos, otorgada por su padre a un esposo lejano, abandona el espacio señorial. Aleaume paga el impuesto. Por esta ozana paga, dice el texto, dos *mancipia*. Con este término, tropiezo. No con su significado: sin duda designa esclavos. ¿Pero debo suponer que una campesina sujeta a la tierra valía tan cara? ¿Que Aleaume, él mismo *servus*, poseía esclavos, o bien, que su señor se los dio para que la unión se llevara a término? Me cuesta aceptarlo. Se abre una falla en este testimonio, y no sé cómo llenarla. ¿No será un error de transcripción? Lo que leo, impreso en *Recueil*, es de hecho una copia realizada entre 1770 y 1790 por Lambert de Barive. Impulsada por Berrín, ministro de Luis XVI, se encargó a la comisión Moreau de recopilar las fuentes del derecho francés antiguo por todas las bibliotecas del reino. La de la abadía de Cluny le fue confiada a Lambert, abogado de Autun, quien hizo un trabajo excelente. Pero pudo encontrarse con un agujero en el pergamino, o tropezar con una grafía defectuosa, o enredarse con una abreviación. La verificación resulta imposible, pues el documento que él tuvo ante sus ojos desapareció cuando los archivos cluniacenses se dispersaron y fueron desechados. La laguna seguirá siempre abierta.

A continuación se mencionan los derechos sobre la tierra de los súbditos de la señoría. Aleaume y su esposa han comprado juntos un «alodio», un bien raíz libre de toda sujeción. Al final de su vida, sin duda viuda, esta mujer vendió este fondo a «sus pa-

res», gentes de su misma condición que residían en tierras de Aine, posesión de Cluny. Su heredad, lo que recibiera de sus padres en Ozan, posesión de san Vicente, la vendió también. Esta mujer dispuso, por lo tanto, libremente de sus bienes, y yo dudo una vez más sobre aquello que creía saber. Efectivamente, su marido Aleaume pertenecía a Cluny —su persona y sus bienes—, si tomamos el término *servus*, que sirve para caracterizar su estatus, en su sentido más riguroso. O bien nada puede hacer pensar que Cluny haya ejercido su derecho sobre el bien que él había adquirido junto con su mujer. Ni sobre la persona de ésta. Ella no había pasado a estar bajo el dominio de los monjes por su matrimonio. Ese punto está perfectamente claro: cuando el «servicio», es decir, el conjunto de prestaciones y de gestos rituales por los que se expresaba el sometimiento, que derivaban no sólo de la servidumbre, sino también del vínculo de dependencia establecido por la encomendación, fue exigido a su hija por los administradores de Cluny, donde esta mujer posiblemente había nacido de padre «esclavo», donde posiblemente residía aún, esta mujer dijo «públicamente» (el término es fuerte: revela que no había desaparecido la distinción entre lo público y lo privado, que aún se consideraban públicas las instancias judiciales ante las que comparecía la gente considerada «libre», por oposición a los otros, los vasallos) que «debido a la condición de su madre» escapaba al poder de san Pedro, patrón de la abadía y señor de Cluny, y que se ponía bajo el de san Vicente, señor de Ozan, más alejado, y cuya potestad era menos penosa. Esto, dice el texto, se pudo probar conforme a la «ley».

El párrafo siguiente, truncado, desgraciadamente no aporta nada más. Con todo, he recolectado una gruesa gavilla de informaciones sobre el poder señorial y el estatus de los súbditos, los «manants», como dice el texto: dos genealogías campesinas cortas, incompletas, ni siquiera preciosas, por lo raras; las pruebas de una movilidad que yo no podía sospechar en el medio rural,

considerado inerte, hundido en la rutina, «sujeto a la gleba», pero que de hecho vemos aquí, en el siglo XI, mezclado por las migraciones, los matrimonios a distancia, así como por las compras, las ventas; otra sorpresa en fin, el derecho del que gozaban entonces las mujeres, junto a una sorprendente libertad de acción. Al leer este único documento se suscitan numerosas cuestiones. Relativas a la manera, por ejemplo, en la que el estatus, la herencia, las obligaciones con respecto de un señor se transmitían de generación en generación en los señoríos. Relativas a los constantes desequilibrios entre señores y vasallos por la fluidez de la que hablaba hace un momento. Relativas a los procedimientos de la justicia, al respecto, igualmente sorprendente, de las normas consuetudinarias, con tanta fuerza como las leyes, ante las que se inclinaban los más poderosos. Seguía habiendo espesas capas de oscuridad: ¿cómo descubrir en qué se basaban en aquella época para atribuir a tal o cual hombre a modo de calificativo un término latino muy antiguo, qué palabra del lenguaje corriente traducía que evocaba la esclavitud y cubría de vergüenza a quien lo llevaba, para distinguirlo de otro, su vecino, cuya «libertad» era reconocida por todos? Me sentía forzado a llegar más lejos, a requerir «pruebas» ulteriores, a cotejar con otras fichas las que acababa de garabatear en el transcurso de esta lectura atenta.

Mis útiles de trabajo no se diferenciaban en nada de los que habían empleado en el siglo XVII los benedictinos: una pluma, una lupa y fichas. Durante dos o tres años, no sé, acumulé decenas de miles de pequeños rectángulos de papel que almacenaba en cajas. De vez en cuando sacaba unas cuantas y las colocaba encima de la mesa como para un extravagante solitario con la esperanza de que surgiese alguna revelación del haberlas juntado. La búsqueda del sentido es un juego cautivador cuyos encantos se asemejan a los de la exploración, los de la pesquisa, incluso de la adivinación, y comprendo que uno se deje atrapar. Para mí esa fue la parte fastidiosa de la empresa que me ocupaba. Sin embar-

go, a veces venía a consolar mis penas un bufido de satisfacción: veía cómo una veintena de fragmentos dispersos se embutían unos dentro de otros, y de golpe todo un lienzo del puzzle se recomponía. Pero cuántas dudas, y también cuántos errores. Han aparecido después de que el grupo de trabajo de Münster en Westfalia tratase con el *ordenador* lo que fue mi vivero principal, el *Recueil des chartes de Cluny* y, al leer a los historiadores que han utilizado todos esos datos nuevos, tales como Caroline Bouchard o Barbara Rosenwein, me pongo colorado por mis equivocaciones.

Desde hace diez o doce años —afortunadamente—, con los fulgurantes progresos de la técnica, se ha extendido entre los medievalistas franceses el uso del ordenador; me dicen que más de las tres cuartas partes han comprado el material, parece ya imposible pasarse sin él hoy en día. Yo no he seguido este movimiento, frenado por mi horror a los teclados desde que tuve que mecanografiar con dos dedos las mil quinientas páginas de la tesis de la que les estoy hablando. De modo que, obstinado, me cuento entre los últimos historiadores europeos de la era preinformática. Lo cual no significa que ponga en duda las inmensas ventajas que proporcionan estos instrumentos. Son ficheros admirables, bancos de memoria infalibles, selectivos, siempre dispuestos a responder. Pero no son más que ficheros. El peligro estaría en esperar demasiado de ellos y en dejarse atrapar por la aparente cientificidad que parecen proporcionar. Clasifican, reparten, cuentan. Alfred Sauvy nos pone en guardia: «Cuanto más contamos, peor contamos, pues no contamos todo». Cómo podríamos contar nosotros, medievalistas, que no tenemos nada que contar salvo palabras, palabras que encontramos en jirones de textos. El uso del ordenador habría cambiado, evidentemente, mi ritmo de trabajo. Habría avanzado más de prisa y con más seguridad en las tareas preliminares. Pero una vez desmenuzado minuciosamente el material, me habría tenido que plantear las

mismas preguntas, y para contestarlas me habría visto obligado a volver al texto, a apartarme de los trozos desmigajados que entrega la máquina para leer de nuevo el texto, leerlo y releerlo con la coherencia de su propósito y su sentido. Porque es en el curso de dichas lecturas cuando entran en juego mecanismos infinitamente más sutiles que el más estupendo de los ordenadores. Los de la imaginación, maga indispensable, inevitable.

VI

Construcción

De ese modo se habían ido refinando los materiales, día a día, trozo a trozo. Yo había decapado, pulido, tallado y vuelto a tallar, preparando el ensamblaje cuidadosamente. Y pude —fue en 1948, me parece— empezar a construir. Lo ha dicho Michelet: «Para recuperar la vida histórica, habría que seguirla pacientemente por todas sus vías, todas sus formas, todos sus elementos». Yo me había esforzado en hacerlo. Tenía un fichero para feudo, otro para roturación, otro para justicia, etc… «Pero —añade Michelet—, además, con mayor pasión aún, habría que reconstruir, restablecer las reglas del juego de todo ello, la acción recíproca de diversas fuerzas, con un movimiento poderoso que se convertiría así en la propia vida». Yo tenía que intentar acometer esa operación de síntesis, y entonces tomé conciencia de lo que era en realidad el oficio de historiador. Vi operarse esa extraña transmutación, esa especie de alquimia que hizo, que se esbozara, luego se precisara, se coloreara poco a poco, tomase cada vez más cuerpo por el acercamiento, la mezcla, el ajuste de innumerables fragmentos de conocimiento extraídos de todos los volúmenes, todos los legajos que había examinado, el convincente rostro de un organismo complejo, en desarrollo, vivo, el rostro de una sociedad. Lo reconozco: esta segunda fase de mi trabajo no la veía tan clara. Es cierto que la primera exigía más que nada lucidez, y ésta más bien «pasión», como dice Michelet. Sin embargo recuer-

do, al pasar de un registro a otro, haberme sentido mucho más a gusto a partir del momento en el que se trataba tan sólo de darle forma. En las clases de retórica y dialéctica, la universidad, ya lo he dicho antes, te formaba mejor que en las técnicas de la erudición. Mis maestros: Léon Homo, Déniau y Henri-Irénée Marrou, sobre todo, me habían enseñado durante el año en que yo preparaba las oposiciones todas las recetas que ayudan a construir una exposición clara y, antes que nada, a elaborar un plan. En cuanto a la disposición de las palabras, me ayudó el trato asiduo que tenía desde mi adolescencia con Stendhal, Voltaire, Saint-Simon y Chateaubriand. Leo mucho y me gusta saborear un texto no sólo por lo que dice, sino por cómo lo dice.

Así que me puse a escribir. Cuando escribo, divido el trabajo en dos fases. Empiezo por edificar cuidadosamente la armazón. Al principio no es más que un andamiaje ligero, pero que reviste en su conjunto las formas del futuro edificio, porque tengo la necesidad de imaginarme éste de entrada en su totalidad, de colocar los cimientos, de la misma manera que la mayor parte de los pintores sienten necesidad de cubrir todo el lienzo antes de emprender una obra. Una vez hecho esto, refuerzo con pequeños golpes el entramado inicial, desmultiplico cada uno de los tramos, llego hasta los mínimos detalles para finalizar redactando un entramado apretado donde cada argumento, cada idea se colocará en su sitio correspondiente en el desarrollo lógico de la escritura. Me consagro a ésta en cuanto el edificio parece lo bastante sólido como para sostener de manera conveniente el ornato. Entonces comienzo a disponer los elementos como si fueran piezas de marquetería, o más bien como esos paneles de vidrio sujetos a viguetas de metal de las construcciones a lo Mies van der Roe. Esta tarea del remate es la más delicada. Soy muy exigente. Cuanto más fogoso me siento durante la fase intermedia, más sufro en la última fase. Mi trabajo acaba como empezó, en medio de la incertidumbre y el tormento.

En su diario, Delacroix anotó el 5 de abril de 1850: «La labor del historiador me parece la más difícil; necesita mantener la atención sobre mil objetos a la vez, y mediante citas, enumeraciones precisas, hechos que no tienen sino un lugar relativo, tiene que conservar el calor que anima el relato». Pienso lo mismo que él: los hechos son relativos; esencial es, al contrario, «la animación», por consiguiente el «calor» que el historiador, a decir verdad, no «conserva» (se ha disipado por entero de las huellas que examina), sino que extrae de su inspiración y debe avivar sin cesar. Ésa es su labor. En todo caso, la nueva historia, la historia de Lucien Febvre, de Marc Bloch, la historia de Déniau, la que yo, por mi parte, quería escribir, se la asignaban. Tomar partido por ello relativiza así no sólo los hechos, sino también la sacrosanta objetividad del positivismo. Evidentemente, como el etnólogo que interroga a un informante, el historiador al escrutar sus fuentes se ve obligado a desaparecer en la medida de lo posible, a no ser más que una mirada neutra. Nunca lo consigue totalmente, esto se ve, pienso, leyendo lo que dije más arriba sobre mi forma de leer un texto. Cuando abordé los documentos de Cluny tenía la cabeza llena de ideas preconcebidas. Conocedor del trabajo de mis antecesores y compañeros de ruta, tenía ya trazado mi programa y redactada una lista de interrogantes, que determinaba en gran parte aquello que encontraba en los documentos: pues uno encuentra primero lo que ha ido a buscar. Por eso, además, la historia se renueva constantemente. A menos que uno se vaya con los arqueólogos a excavar el suelo o que encuentre por casualidad un yacimiento de vestigios insospechados, el medievalista tiene poquísimas oportunidades de descubrir en los archivos y las bibliotecas de Francia, cuyos estantes se han rastreado desde hace mucho tiempo, documentos que ningún otro investigador haya estudiado de cerca antes que él. A pesar de ello, la investigación continúa, siempre fecunda. Porque los historiadores no son detectores inertes, porque leen con ojos

nuevos los mismos documentos basándose en cuestionarios que se ^reajustan constantemente. La mayoría de los hallazgos proceden de su temperamento, del germen de fantasía que lleva al historiador a alejarse de los senderos trillados. Es decir, de esa personalidad que la estricta moral positivista pretende neutralizar.

Sobre todo, que no se me imagine repudiando dicha moral: ella es la que confiere a nuestro oficio su dignidad. Yo aplicaba escrupulosamente sus preceptos en el tratamiento del material. Me desvelaba por verificar, por adarar los testimonios, por no desnaturalizarlos. Me había cuidado de tenerlos en cuenta todos, y en su integridad, de no desviar nada, de mantener cada uno en su sitio, prohibiéndome imperiosamente la menor supresión, la menor ayuda, esas pequeñas libertades que uno está fuertemente tentado de tomarse a fin de que las dispersas migajas de información lleguen a concordarse más estrechamente de lo que pensábamos que lo harían. Pero apenas comencé a reunir los fragmentos, surgieron las insuficiencias del material: era incompleto, desmenuzare, dispar. No podía eximirme de rectificar aquí y allá algunas aristas, debía unir las piezas unas con otras, y sobre todo llenar los huecos que las separaban. Desde ese momento me parecía tener derecho a la independencia de un maestro de obras. Si esa moral nuestra me imponía dominar mis estados de ánimo, no podía legítimamente prohibirme sacar partido de mi cultura. Ni de mi imaginación, a condición de que mi razón la gobernase firmemente.

Si me hubiese limitado a los acontecimientos, si me hubiera contentado con reconstruir intrigas, con encadenar los «cuatro hechos reales», habría podido participar del optimismo de los historiadores positivistas de hace cien años, que se creían capaces de alcanzar la verdad científicamente. Así, puedo asegurar con las pruebas en la mano que el 27 de julio de 1214, y no el 26, ni el 28, se enfrentaron dos ejércitos en la llanura de Bouvines, e in-

cluso que ese día hacía calor, que no había terminado la cosecha, y que a Renaud de Dammartin se lo llevaron cautivo en una carreta. Todo eso es verdad, indiscutiblemente. Pero si como historiador de la sociedad feudal no pretendo limitar mi curiosidad a esos detalles, si intento comprender lo que eran una batalla, la paz, la guerra, el honor, para los combatientes que la libraban, no me basta emitir una opinión sobre los «hechos». Debo esforzarme por ver las cosas con los ojos de aquellos guerreros, debo identificarme con ellos, que no son más que sombras, y ese esfuerzo de incorporación imaginaria, esa revitalización exige de mí que «ponga de mi parte», como popularmente se dice. La subjetividad. La historia de hoy en día renuncia a esa búsqueda ilusoria de la objetividad total, no como consecuencia del flujo de irracionalidad que invade nuestra cultura desde hace algún tiempo, sino por dos razones principalmente. Cuando se interesa por los acontecimientos lo hace de modo diferente. Centra su atención en el fondo del que parece surgir y al que conmociona, es decir, en conjuntos borrosos que no tienen límites precisos. Tiende así a querer hablar de todo, a extender su campo indefinidamente, y Michel Serres nos advierte que por esa razón ha dejado de ser una ciencia exacta. Por otra parte, al examinar el movimiento de las estructuras en el seno de un sistema, la nueva historia ya no está en condiciones de distinguir relaciones de causalidad simple como las que se establecen entre los acontecimientos. Las extensas y suaves corrientes que originan oscuramente, en profundidad, dichos desplazamientos proceden de las «acciones recíprocas» de las que habla Michelet, de correlaciones inextricables, intermitentes entre fenómenos circunscritos imperfectamente y que se diluyen en el seno de cronologías indecisas. La noción de verdad en historia se ha modificado porque el objeto de la historia se ha desplazado, porque hoy la historia se interesa menos por los hechos que por las relaciones. Una frase me sorprendió, por el juego de palabras, al leer en *Le Monde*, el

25 de mayo de 1989 (trataba de un *affaire*, el caso Pechiney —¿quién lo recuerda ya?—, uno de esos acontecimientos accidentales cuya insignificancia medimos justamente porque desaparecen de nuestra memoria a las pocas semanas): «Los policías, buscando hechos, encontraron relaciones». Estaban desorientados: los métodos que les resultaban familiares ya no estaban de moda, tuvieron que fiarse de su olfato para no perderse por completo en lo inasible.

Mientras construía el edificio de mi discurso no tardé mucho en darme cuenta de que teniendo que basarme en impresiones más que en certezas, necesitaba elegir entre varias interpretaciones. Recuerdo perfectamente haberme encontrado un día ante dos caminos. Eso fue en la época en la que estaba reflexionando sobre la servidumbre, la dependencia campesina, en la que intentaba relacionar la evolución de esos vínculos con los cambios que afectaron en el transcurso del siglo XI al conjunto de la sociedad. En mis fichas encontraba tantas razones, e igual de persuasivas, para tomar un camino como para tomar el otro. Los dos itinerarios se diferenciaban apenas, pero algo se diferenciaban. Dudé durante mucho tiempo a la busca de una nueva carga de argumentos, y aunque fue muy ligera, hizo inclinarse a un lado el fiel de la balanza. Elegí a fin de cuentas. ¿Al azar quizá? Mi decisión fue tomada reposadamente, y sin duda era justificada, pues el camino que emprendí resultó no perturbar en nada las directrices del circuito general, mientras que el otro, como pude comprobar más tarde, me hubiera llevado a un callejón sin salida. Pero si hubiese elegido mal, habría bastado ese desvío, al principio casi nulo, para torcer todo el sistema. Pues, en efecto, lo construía superponiendo hipótesis. Sobre el modelo inicial encajaba otro, luego otro. ¿Cómo localizar más tarde, una vez que estuviera colocado el revestimiento sobre la armazón, la desviación, cómo enderezarla?

En cuanto me dispuse a «restablecer el juego» de los diversos «elementos» que había estudiado por separado, en cuanto empecé a elaborar el plan de mi obra, empecé a creer que el historiador está obligado a hacer uso de su libertad, que conlleva riesgos, pero que está obligado a tomar partido, y por consiguiente, su discurso no es sino una aproximación en la que se expresa la reacción libre de una persona ante los vestigios desperdigados del pasado. Ahora bien, todavía no hacía sino organizar, y en ese ejercicio la razón, los mecanismos lógicos arrastran el sentido del equilibrio y de los valores, el espíritu de la geometría, si se prefiere. ¿Qué sería de todo aquello cuando llegase a la fase de redacción? ¿No sería aún mayor la amenaza de desviarme peligrosamente de la verdad, dado que en el acto de escribir es la sensibilidad la que lleva el paso? En todo caso, la mía. Porque mi intención no era únicamente la de hacer un inventario de lo que había encontrado al beber de la documentación, redactar un simple proceso verbal, dar cuenta de mi exploración. Me proponía además hacer partícipes a los lectores de una emoción, la que yo mismo había experimentado cuando, buscando entre las huellas muertas, había creído sentir cómo se despertaban voces extintas.

Henri Gouhier asemeja el oficio de historiador al del director de cine o teatro. Una vez construido el escenario, instalado el decorado y escrito el guión, se trata de montar el espectáculo, transmitir el texto, darle vida, y eso es lo esencial: uno se da cuenta cuando, tras haber leído una tragedia, la oímos, la vemos representada. Al historiador le corresponde esa misma función de mediador: comunicar por medio de la escritura el fuego, el «calor», restituir «la vida misma». Ahora bien, si no me equivoco, esa vida que debe insinuar, es la suya. Cuanto más sensible es, mejor lo consigue. Debe controlar sus pasiones pero sin sofocarlas entre tanto, y cumple mejor su función cuando se deja llevar un poco por ellas. Lejos de alejarle de la verdad, le ofrecen la ocasión de acercarle más aún a ella. Frente a la historia seca, fría,

impasible, prefiero la historia apasionada. No estoy lejos de pensar que es más verdadera.

Desde hace algún tiempo empleo cada vez más la palabra «yo» en mis libros. Es mi modo de avisar a mis lectores. No pretendo transmitirles la verdad, sino sugerirles lo probable, colocar ante ellos la imagen que yo me hago honestamente, de verdad. En esa imagen entra en gran parte lo que imagino. He velado, sin embargo, para que las sutilezas de lo imaginario queden sólidamente ancladas a engarces que, en nombre de una moral, la del investigador, no he manipulado. No he olvidado ninguno. Los he comprobado todos minuciosamente con el fin de verificar su firmeza: hablo de documentos. Mis «pruebas».

VII

La tesis

Leer una tesis doctoral de Letras consiste en presentarse ceremoniosamente ante cinco o seis mandarines subidos a un estrado, colocar en la mesita en la que uno está sentado dos, tres, hasta cuatro gruesos volúmenes, y resumir brevemente su contenido, ansioso, temiendo la pregunta que pueda desarmarte, dándole vueltas en la cabeza febrilmente a las eventuales respuestas, que desearíamos fuesen elegantes y sagaces; luego, escuchar por turno a cada uno de estos jueces que saborean la revancha que se toman ese día sobre la juventud perdida, disponiéndose a brillar ante los asistentes a expensas del candidato, buscando los fallos de un texto que generalmente no han leído, hay que decirlo, atentamente, y cuando no los encuentran, dirigen sus críticas hacia la «forma» o hacia las lagunas bibliográficas. Por fin, al término de una tarde interminable se llegará, en medio de una nube de cansancio, a ser doctor, y se deberá invitar a los amigos a una copa. Se trata de un rito iniciático bastante cruel, al término del cual el «aprendiz», tras haber presentado su «obra maestra», es recibido entre los «maestros». Empleo precisamente el vocabulario de las corporaciones medievales porque sus costumbres se han conservado en nuestros días, mejor que en ninguna otra parte, en ese medio eminentemente conservador y rutinario que es la universidad.

Mi tesis doctoral fue atacada duramente en 1968, no sin poderosos motivos. Prepararla obliga a enclaustrarse en solitario durante años, inclinado sobre un trabajo del que el investigador, si no se ha perdido en el camino, corre el riesgo de salir exhausto. Es cierto que se necesita concentración, y tiempo, mucho tiempo: yo pude salir adelante en tan sólo siete años, pero porque tenía un puesto de ayudante, y mi director, bondadoso, no me exigía nada. Por otro lado, el título que consigues al final, muy útil en mi juventud, había dejado de serlo en 1968, y esa fue una de las razones determinantes de la crisis universitaria: ya no permitía subir de grado en el escalafón. ¿Para qué sirve hoy ser doctor? Admiro a los que no se desaniman. Dicho esto, las virtudes de la tesis tradicional son evidentes. El esfuerzo de voluntad y perseverancia que requiere está, en un plano superior, pagado. Por lo que a mí respecta, del libro que conseguí redactar en 1951 y que defendí en la Sorbona al año siguiente, un libro relativamente corto, pero de todos cuantos he escrito el que elaboré con mayor paciencia, el más cuidado y riguroso, salió, soy consciente de ello, todo lo que he producido después.

A mis jueces les propuse un modelo bastante simple. Desde mi primera toma de contacto con los documentos de Cluny me pareció que la naturaleza de las actas se modificaba radicalmente entre los años 980 y 1030. El rechazo a las antiguas fórmulas, los titubeos de los escribas, sus esfuerzos por construir un nuevo marco, ¿no procedían, con cierto retraso, sin duda, de una profunda transformación de las relaciones sociales? Partiendo de esta hipótesis, me dispuse a descubrir en qué consistía ese cambio y cómo explicarlo. Naturalmente, como todos los historiadores de la época, creí poder explicarlo gracias a la economía. Ahora bien, en torno a la fecha en la que yo situaba la transformación de los formularios, no encontraba nada que hubiese sufrido sensibles modificaciones en este campo. A decir verdad, en las fuentes eran raros los indicios relativos a fenómenos económicos, pero

en medio de tantas innovaciones esa rareza no significaba atonía. Nada sobre la moneda o el comercio, casi nada sobre la gestión de explotaciones agrícolas. En todo caso, nada que permitiese relacionar los profundos cambios de la configuración social que la forma de los documentos atestigua con rupturas en las modalidades de la producción y los intercambios. Yo distinguía bien desde el año mil la existencia de un burgo a la puerta de la abadía de Cluny, pero los primeros signos evidentes de crecimiento, tales como la diversificación de los instrumentos monetarios, la aparición de herreros en el medio rural o la extensión de barrios nuevos en la ciudad de Macón, al pie del promontorio donde se elevaba el castillo del conde a lo largo del río, en las inmediaciones de la catedral, del claustro de los canónigos y de la judería, no aparecieron hasta fines del siglo XI, cien años más tarde de que los que redactaran los documentos se hicieran cargo de los cambios que afectaron a las relaciones de aquella sociedad. Decepcionado con la economía, acudí a las instituciones, es decir —dado que me había nutrido de la lectura de Marc Bloch—, al feudo y al vasallaje. En relación con el feudo, y con anterioridad a los tiempos de Felipe Augusto, no descubrí más que ínfimos vestigios. En cuanto a los términos utilizados para distinguir a los vasallos de los demás, las modificaciones que observaba en el uso de dichos términos no coincidían tampoco con aquellas que testimoniaban un abandono de las prácticas tradicionales de la cancillería alrededor del año mil. Esos términos desaparecían de los textos hacia 1105 para reaparecer a comienzos del siglo XIII, y esta constatación contradecía además lo que entonces repetían todos los medievalistas, a los que tardé mucho tiempo en convencer. Al menos, fue ella la que me orientó hacia un terreno más fecundo. Quise llegar a comprender cómo se ejercía el poder de los ricos sobre los campesinos.

Cuatro años, creo, después del inicio de mi investigación, y una vez bosquejada una visión de conjunto a partir de mis fichas

hice, para ejercitarme, pero también para proporcionarme una prueba que me valiese para inscribirme en la lista de aptitud para profesor de facultad (la lista era muy breve, por consiguiente la inscripción en aquellos tiempos anunciaba una casi inmediata introducción en el serrallo), el borrador de lo que yo creía que iba a ser uno de los capítulos de mi futuro libro. Quería describir cómo se había administrado la justicia en aquellos parajes en los siglos XI y XII. Entonces, mientras realizaba ese ejercicio, todo se aclaró de golpe. Primero se confirmó que la mutación social había tenido lugar efectivamente, tal y como me lo había hecho suponer el aspecto externo de los documentos, entre los años 980 y 1030. Con anterioridad, ante los jueces, los hombres se dividían en dos categorías bien diferenciadas: los «esclavos», abandonados al poder privado de sus señores, los cuales corregían sus faltas a su manera, y los libres, los «francos», que eran competencia de los tribunales públicos. Pero, desde las primeras décadas del siglo XI, no aparecía más que la justicia privada. Se seguía distinguiendo claramente una línea de separación igual de estricta entre los justiciables. Pero se había desplazado. En lo sucesivo pasaría entre aquellos que los documentos llaman los guerreros, los caballeros, los cuales comparecían ante el señor del que reconocían ser hombres, quien se esforzaba por reconciliarlos amistosamente, y la masa de «campesinos», juzgados por el delegado de un señor, sobre los que llovían las sanciones económicas y los castigos corporales. Entre estos «pobres», estos «trabajadores», se mantenía aún la primitiva distinción entre libres y esclavos, aunque iba desapareciendo lentamente. Asimismo, observé que este sistema judicial bipartito se organizaba en torno al castillo, y que los castillos, menos numerosos de lo que yo esperaba, constituían el pivote de la nueva organización social (por entonces, en Poitiers, un historiador del Derecho llegaba a la misma conclusión), y observé también que de cada castillo irradiaba sobre los territorios vecinos una forma de dominación, el señorío, que se había

asentado y endurecido entre 980 y 1030. Me parecía que la diferencia de nivel entre los caballeros, camaradas del señor de la fortaleza, y los campesinos, sus súbditos, estaba íntimamente ligada a la institución del señorío y que, por consiguiente, era mejor llamar «señorial» que «feudal» al sistema instaurado por el cambio del siglo XI, último episodio de la progresiva fragmentación de la autoridad real y de la decadencia gradual del Estado. Estado al que veía reconstruirse paso a paso en la segunda mitad del siglo XII, y con gran rapidez a comienzos del XIII, apoyándose, especialmente, en el feudo.

Así tomó forma en 1948 el modelo sobre el que vinieron a cristalizarse los resultados dispersos de mi investigación general. Lo caracteriza un rasgo que yo no subrayaba entonces lo suficiente, sin duda por no haberme fijado lo bastante, estoy hablando de la primacía de lo político en la explicación del cambio social, que yo ya había señalado y llamaría más tarde «revolución feudal». Dicho modelo situaba entre el «año mil» y «el domingo de Bouvines» los límites de la franja cronológica en la que se atrincheraría en lo sucesivo lo esencial de mis investigaciones. Cuando me he desviado de ella no lo he hecho sin inquietud. Por ejemplo, cuando mucho más tarde para una *Historia de Francia* me encargaron el volumen dedicado a la Edad Media, con total libertad de escribir un libro de humor, puse el énfasis en ese período. Puedo argüir en mi descargo que es el período principal. En él se instalaron todas las estructuras sobre las que se construyó lo que llamamos el Antiguo Régimen.

Cuando abro la edición original de *Société au XI et au XII siècles dans la región mâconnaise*, la de 1953, no me siento muy orgulloso. En primer lugar del objeto mismo. Es un libro mísero: papel de segunda, impresión defectuosa, innumerables erratas a pesar de los dos juegos de galeradas corregidos. Lucien Febvre había conseguido que Armand Colín le publicara en la *Bibliothèque générale de l'École pratique des Hautes Études*, pero la edición corría a cargo

del autor. Yo era pobre. Había tenido que regatear con el más barato de los impresores marselleses, que era un chapucero. Pero las imperfecciones del contenido también me molestan. Debutaba. Aún no me había sustraído a la influencia de mis maestros ni de los cuestionarios que habían sido redactados por mis predecesores inmediatos. Tímido, aún sentía la necesidad de cubrirme las espaldas, de resguardarme al abrigo de mis mayores. Entre las cajas en las que, según se tratase de un problema u otro, guardaba mis fichas, unas se iban llenando, otras permanecían vacías, y debería haberlas cerrado, pero no me atrevía. Me creía obligado a llenarlas, mal que bien, metiendo algunas apostillas. Obligado, por ejemplo, a hablar del comercio. Los documentos no me enseñaban prácticamente nada sobre el comercio. Había que hablar de él, sencillamente, había que poner ese vacío, para explicarlo, en relación con el resto, antes que obstinarse en llenarlo de banalidades. En contrapartida, yo no había explotado más que una parte de la información contenida en los archivos del país, pues había restringido notablemente el campo de mi investigación. Debería haber seguido, para comprender y describir convenientemente aquella formación social, caminos por los que, negligentemente, no me había internado. Ahora veo principalmente cuatro.

La decisión de limitarme a los laicos, de no tener en cuenta a monjes y clérigos, no tiene justificación alguna. Los dos sectores de la sociedad, laico y eclesiástico, se compenetraban profundamente y, por la función fundamental que desempeñaban, por la riqueza de sus posesiones y su cultura, la gente de iglesia tenía tal peso que su presencia tenía una profunda repercusión, hasta en los detalles más insignificantes, en el conjunto de las relaciones sociales. Interesarme por este aspecto me habría llevado además a medir mejor la influencia de las creencias y prácticas religiosas en los comportamientos, en particular, a centrar mi interés más que nunca en los muertos, miembros tan presentes en la comuni-

dad social, y me habría orientado hacia el estudio de las actitudes mentales. En tercer lugar, saqué poco partido de ese material tan rico que me había permitido reconstruir en parte las estructuras de parentela, situar los individuos que analizaba en una red de filiación y de alianzas, examinar más de cerca la función del matrimonio. Finalmente, de la economía habría podido decir mucho más. Si bien los textos no hablan casi nada de la moneda ni los negocios, son bastante prolijos a propósito de la tierra que se extendía allí, ante mis ojos. Cómo se distribuía, cómo se medía, cómo fijaban en ella los hombres su residencia, muchas son las cuestiones a las que habría dado alguna respuesta de habérmelas planteado.

Soy indulgente con respecto a esas deficiencias. Tengo excusa. No había llegado el momento. A finales de los años cuarenta no teníamos —digo teníamos porque trabajaba en el seno de una comunidad de investigadores— medios para ampliar tanto nuestro campo de investigación. Nos faltaban equipamiento conceptual y herramientas para la investigación. Al menos, tomé conciencia rápidamente de las insuficiencias. Durante los cuarenta años sucesivos, y aún hoy, he trabajado partiendo de esa base, dedicándome a las áreas inexploradas una tras otra.

VIII

La materia y el espíritu

En cuanto obtuve el grado de doctor me arrellané casi inmediatamente en una cátedra de universidad, como un señor, tanto más confortablemente cuanto que el feudo se hallaba en los confines, lejos de París y sus intrigas. Podía haberme limitado a quedarme allí, en Aix-en-Provence, ciudad encantadora en la que soñaba con establecerme desde hacía mucho tiempo, y repartir mi tiempo entre la caza y los baños de mar, viviendo como un caballero; no faltaban ejemplos a mi alrededor. O, si no, podía simplemente cumplir con mi función: enseñar. Amo hacerlo. Una buena biblioteca, estudiantes agradables, algunos especialistas eminentes en las disciplinas vecinas, cercanos y dispuestos a un debate de ideas, uno, luego dos, luego tres, y hasta diez ayudantes a mi alrededor, antiguos alumnos míos, y por último, esa fuerza que durante dos décadas gloriosas fue en Francia la base de la expansión de las facultades de Letras antes de que el desequilibrio interno y la masificación las hicieran hundirse en el marasmo. Sin embargo, seguí con mi investigación. Por inclinación natural, porque disfruto al escribir historia; porque tenía treinta y tres años, y mi tesis, lejos de agotarme, había renovado mi ardor; pero también porque así me lo pidieron. Aquí ha lugar el elogio a los editores. Los hay de todo tipo. Algunos, bien asesorados, me han estimulado, me han empujado a seguir adelante,

me han marcado metas. Me han sacudido constantemente sacándome de mi indolencia.

Los encargos empezarían a llegar rápidamente, en 1951, antes de que terminase la tesis. Quizá el primero, en todo caso el más importante, me lo pasó Paúl Lemerle, el gran historiador de Bizancio que, como Perrin, aunaba a la erudición más exigente una gran amplitud de miras. Nuestra amistad, inaugurada por el ofrecimiento que me hizo, me daría ánimos a lo largo de toda mi carrera. Él acababa de asumir la dirección de una colección de manuales de enseñanza superior, como las que se creaban entonces periódicamente, que ofrecía a los estudiantes y a sus profesores sólidas herramientas de trabajo, útiles. En cada volumen, acompañados de un repertorio bibliográfico y una selección de documentos comentados, había un texto de síntesis que presentaba claramente, sin excesivo recargamiento, el estado de las principales cuestiones. Me invitaron a trabajar de ese modo sobre la economía rural en el Occidente medieval. El proyecto era excitante. No había precedente alguno. No tenía más apoyo que mi propia experiencia, lo que había aprendido explorando una zona rural muy restringida en un breve período. Necesitaba salir de esa estrechez, expansionarme —la brusca amplitud que me vino impuesta fue para mí en aquella etapa de mi andadura altamente beneficiosa—, abarcar con la mirada un campo inmenso, estudiar en Europa entera, desde el siglo VIII hasta el siglo XV, el mundo rural, es decir, en aquella época, casi todo. Tuve que leer mucho, muchísimo. En la obra cité ciento sesenta y seis publicaciones en las cinco lenguas a las que tenía acceso. Un crítico, un profesor de Oxford al que sin duda había irritado por haber alabado con calor los méritos de los historiadores de la economía de Cambridge, afirmó que seguramente no lo había leído todo. Se equivocó. De hecho fue un trabajo de chinos. Tras colocar las fichas en cajas nuevas, continué con él seis años más, entre 1955 y 1961, sin esfuerzo, e incluso, lo recuerdo muy bien, con un cier-

to júbilo. El libro que tenía que escribir para este encargo era un libro de profesor, producto directo del oficio que desempeñaba felizmente en la facultad de Aix, y también en la Escuela de Magisterio de la calle Ulm, donde había llegado a ocupar, a medias con Jacques Le Goff, la plaza que Perrin dejara libre.

Esta vez no salía a la aventura yo solo. No tenía, como en mi tesis, que extraer el material en bruto y darle forma para construir las distintas piezas de un modelo. Tenía que reunir los resultados del largo trabajo ordenado de manera dispersa por mis predecesores y por mis compañeros de ruta, comparar todas las contribuciones fragmentarias, ordenarlas convenientemente, trazar las perspectivas de trabajo, componer un panorama, etc…, y por supuesto, ofrecer mi propia aportación personal, el fruto de mis reflexiones, las hipótesis que me sugiriesen esas lecturas, en una palabra, informaciones complementarias sacadas directamente de las fuentes, a las que decidí ir a beber personalmente. La verdad es que durante esos años sólo tuve que conjugar estrechamente esa tarea con la enseñanza, como hiciera cuando estaba preparando mi «obra maestra» y como siempre haría en adelante. Me bastó coger el objeto de mi libro como tema para dos ejercicios a los que me entregaba todas las semanas ante mis alumnos: la lección magistral, clase en la que abordaba una cuestión partiendo de cualquiera de sus aspectos esforzándome por dar una respuesta simple y rigurosa, y el comentario de textos, donde mostraba cómo hacerse preguntas ante un documento, una fotografía aérea, una hoja de la *carie d'état-major*[*], una página de un tratado de agronomía o el inventario de un dominio carolingio.

Cumplí el encargo como convenía, pero con total libertad. Solicité, y me fue concedido, indicar en el título de la obra que no me limitaría a la economía, sino que presentaría además cómo había sido la «vida del campo»; así declaraba mi intención: partir de la economía como base necesaria para llegar a lo que la economía determina en parte, pero sólo en parte, las relaciones

sociales. Asimismo tenía la intención de no poner conclusiones. Lemerle se resistía a ello. Yo me mantuve en mis trece porque veía esa negativa como un manifiesto, la señal de que la investigación seguía abierta y de que, como yo decía en el prólogo, proponiendo una síntesis imperfecta, lagunosa, por tanto provisional, yo esperaba que rebatiesen poco a poco el libro aquéllos que lo utilizasen, fuesen más lejos, redujesen sus insuficiencias y enmendasen sus errores. Lo que, de hecho, sucedió, pues no faltaban puntos débiles. Falto de conocimientos suficientes de agronomía, mis suposiciones en torno a la evolución del rendimiento, el papel de las herramientas o la función de los barbechos, pronto resultaron estar mal fundamentadas, y no me perdono haber sugerido la idea de que en el siglo XII había tenido lugar en Europa una «revolución agrícola».

Me atrevo a decir que esta tentativa pionera tuvo al menos el mérito de satisfacer la curiosidad y de suscitar curiosidades nuevas. Lemerle tenía razón, era el momento de estudiar la ruralidad. En la continuación de las investigaciones que se habían comenzado tiempo atrás sobre la economía de la Edad Media se planteaba ahora el problema de la relación entre el campo y las ciudades. De manera más general, veíamos en Francia, en torno a 1960, un gusto cada vez más acentuado por las cosas de la tierra. En esos años, en efecto, se aceleró la demolición de lo que quedaba de la civilización tradicional, y se acentuó la nostalgia por el mundo que estábamos perdiendo, así como el deseo de preservar su memoria antes de que fuera demasiado tarde. A la vez que se ponían en marcha los primeros conservatorios de «arte y tradiciones populares» comenzaba modestamente a tomar cuerpo una arqueología completamente nueva, que no se preocupaba tan sólo de lo monumental, sino, sobre todo, de la «cultura material», y nos fuimos a Polonia a iniciarnos en sus métodos. En Francia se empezó estudiando el medio rural, el emplazamiento de pueblos abandonados, con la esperanza de descubrir

los vestigios de un sistema de explotación y un modo de vida cotidiana entre los escombros, los fragmentos de cerámica, las llaves oxidadas y los restos de antiguas cocinas. Ahora bien, la gran oleada de abandonos databa de la Edad Media; esta arqueología triunfante era sobre todo medieval. Además, para poder atraer la atención de los investigadores de humanidades hacia este campo, se añadió la preocupación por comprender mejor las primeras etapas, en terreno campesino, del crecimiento económico europeo, para ayudar al Tercer Mundo, especialmente a los países del África negra, a salir de su subdesarrollo. Entraron en juego finalmente, para estimular nuestra curiosidad a ese respecto, los remordimientos suscitados por la descolonización, el amargo papel que teníamos entonces en el drama de Argelia y que nos llevaba, como para vengar el honor mancillado por las torturas y las mentiras, a recoger los despojos de culturas aplastadas, a preguntarnos si en la Europa medieval las culturas campesinas no habrían sido también barridas por el orgullo y la crueldad de los ricos, de los sabios y de los poderosos. Muchos historiadores franceses seguirían este gran movimiento. A mí me arrastró con los demás. Mi libro vino a pedir de boca. Haberlo escrito, incluso antes de que se publicara, el solo hecho de haberlo preparado, me valió y me valdría mucho tiempo ser considerado entre los buenos conocedores de las sociedades campesinas.

En 1960 Fernand Braudel decidió crear una revista nueva, *Études rurales*. La implantó en el laboratorio de antropología social dirigido por Claude Lévi-Strauss en el Collège de France y encargó a Isaac Chiva coordinar la redacción. A mí me pidió llevar la dirección junto con Daniel Faucher. Faucher era uno de los últimos representantes de la gran escuela geográfica francesa, cuya fertilidad procedía de la íntima compenetración entre geografía humana y geografía física, alianza que estaba desapareciendo en aquel mismo momento. Allí estábamos nosotros para intentar salvar lo que se pudiera; en las páginas de nuestra revista

queríamos unir a geógrafos e historiadores, pero también a antropólogos, economistas, sociólogos y agrónomos, convencidos de que para estudiar aquel terreno inmenso, los campos y el campesinado del mundo, debíamos aplicar esa parte del programa de los *Annales*, la más fecunda con mucho, que invitaba a todas las disciplinas de humanidades a trabajar en cooperación. Les invitamos a unirse a nosotros para trabajar en grupo, como se estaba haciendo ya en el estudio de una pequeña región francesa, el Aubrac, en el seno de una investigación ejemplar que encabezaba Georges-Henri Riviére.

Recibí otros encargos de Estados Unidos y de Inglaterra. Me invitaban a desarrollar el tema de los campesinos en la Edad Media en colecciones de historia económica general. Lo hice de manera breve en la serie que dirigió Cario Cipolla y de manera más extensa en la *Historia económica mundial*, vasta empresa cuya responsabilidad asumió Charles Wilson. Para entonces yo había cogido soltura. La síntesis que acababa de escribir a instancias de Lemerle me sirvió de trampolín. Me lancé. Describí más libremente y con más fuerza, apoyándome siempre en el fondo en lo que había descubierto cuando preparara mi tesis doctoral, el poderoso impulso de crecimiento que hizo que Europa se poblase y que sus paisajes se edificasen. Entonces decidí tener en cuenta plenamente la economía de intercambios. El estudio de su desarrollo fue el hilo conductor de la obra, lo cual me obligaba a partir de más atrás, del siglo VII, momento en el que se percibían las primeras sacudidas de expansión, y a pararme con resolución a finales del siglo XII, punto de la cronología en el que, como ya había observado en Macón, se sitúa la mayor inflexión, el verdadero punto de partida. Me dediqué a delimitar el papel de la moneda, del comercio, de las ciudades en el seno de la economía rural, un papel subsidiario durante mucho tiempo, restringido, pero cuya ampliación se percibía claramente pasado el año mil, como consecuencia de una corriente de vitalidad exuberante, cuya

fuente era el trabajo de los campesinos, cada vez más numerosos y mejor equipados. Veía cómo se movilizaba el flujo de riqueza que la fiscalidad señorial canalizaba hacia las moradas de los ricos, lo veía crecer, atizar en casa de los poderosos el gusto por el fasto y el derroche, preparando de este modo la puesta en marcha del gran cambio con el que se inauguró en toda Europa, en el momento en el que en Francia se decidía volver a construir las catedrales y reforzar el estado monárquico, la era de los hombres de negocios, mientras se afianzaba el poder del dinero y la generosidad retrocedía ante el ánimo de lucro. La versión francesa de este ensayo se publicó en 1973, antes que la edición inglesa, bajo el título *Guerreros y campesinos*. Un poco más tarde cambié de campo: esta vez estuve al frente de la obra, me correspondió a mí dar las órdenes. Cuando Edgar Faure, a la sazón ministro de Agricultura, quiso que viera la luz una *Histoire de la France rurale*, ayudé a uno de sus colaboradores, Armand Wallon, a preparar su confección. Y como el interés por los asuntos relacionados con el campo se mantenía vivo, los volúmenes que encargamos a historiadores, geógrafos y sociólogos, conocieron un cierto éxito de público.

Durante esta segunda etapa de mi itinerario científico me ocupé principalmente de la historia económica, y fue entonces cuando la influencia del pensamiento marxista repercutió con mayor fuerza en mi manera de reflexionar sobre el pasado. De hecho, estaba dispuesto a adoptarlo.

Basta recorrer cualquiera de las obras que he publicado para darse cuenta de qué lado se inclina, como aquel que dice, mi sensibilidad. Al no haber sido nunca estalinista, no sentí la necesidad de redimirme vituperando a los comunistas. No son sólo afinidades de carácter las que me unen a Rodney Hilton y a los historiadores de *Paxt and Present*. Cuando empecé mis estudios universitarios la historia no se había despojado en absoluto de la función mesiánica que había empezado a asumir en Europa muy

temprano, desde el siglo XII, cuando aún estaba al servicio de la teología, cuando, sorprendidos por el continuo retroceso de los baldíos, la extensión de las aglomeraciones urbanas, el rápido enriquecimiento de los negociantes y la audacia de los constructores de iglesias, los intelectuales que meditaban sobre el curso de los acontecimientos en sus recintos monásticos se iban persuadiendo poco a poco de que el mundo creado no era tan malo, que gracias al esfuerzo de los hombres cada día se volvía más radiante, y que el género humano no iba para atrás, empujado a los sudores y angustias, las glorias y los tormentos de lo sobrenatural, sino que iba hacia adelante con paso seguro por los caminos de la tierra. Ahí estaba el germen de una fe en un progreso material que se ha de encauzar para que lleve a la alegría. Ese germen, depositado durante la primera fase del crecimiento económico de Europa, maduró, y cuando comenzó la segunda fase, en el siglo de las Luces, esa creencia se extendió, se impuso. Permanecía viva en los años treinta. Nosotros la compartimos y éramos muchos los que buscábamos en la historia razones para anunciar, preparar, adelantar, tras las turbulencias de una mutación violenta, el advenimiento de una sociedad donde ya no existieran clases ni discordia, cuyos miembros vivieran en adelante —muy pronto— felices y prósperos, en la igualdad perfecta que prometían a los desheredados desde hacía siglos las antiguas utopías paradisíacas.

No se puede decir que las propuestas de Karl Marx hayan tenido verdaderamente en esta época gran predicamento en los métodos de los profesores universitarios. Sin embargo, todos los programas de investigación histórica se construían a partir de la noción de progreso. Sin duda, los hombres de mi generación, marcados profundamente por lo que les habían contado de la Gran Guerra, asqueados por la nueva guerra, igual de absurda, cuyo estallido preveían, y que en efecto estalló y los aplastó, no estaban tan firmemente convencidos de que la historia tuviese

sentido. La «crisis del progreso» se había abierto hacía mucho y nosotros habíamos ido tomando conciencia poco a poco. Yo había leído a Friedmann y a Spengler por consejo de Henri-Irénée Marrou. Mientras tanto, las victorias del Ejército Rojo, el eco que nos llegaba de los combates de la Resistencia y las esperanzas que surgirían tras la Liberación habían reavivado la llama que se encendiera en nuestros corazones adolescentes en tiempos del Frente Popular y de la guerra de España. Las corrientes que se declaraban marxistas aumentaban. Como no sabían nada del Gulag, los profesores y los estudiantes de historia más generosos se sintieron casi todos atraídos hacia la extrema izquierda. ¿Cuántos son en Francia, contémoslos, los historiadores de altura, cinco o diez años menores que yo, salvados del desencanto de entreguerras, que no se afiliaron en aquellos años al partido comunista?

Yo, por mi parte, no llegué a considerar el marxismo como ciencia, como hicieron muchos de mis amigos, por ejemplo Althusser. Pero, en los años sesenta leí a Althusser con asiduidad y me sorprendió lo justo de sus análisis, su fuerza para decapar. Desprendían el pensamiento marxista de la ganga en la que lo había encerrado la práctica política. Yo seguía siendo reticente al abuso del determinismo y no aceptaba ver las corrientes de la historia encerradas en una nueva carcasa, atenazadas en la rigidez de las «estructuras». Sin embargo, Althusser me apasionaba porque consideraba la ideología como una ilusión ineludible en el seno de toda formación social.

Desconfío de las teorías. Aconsejo encarecidamente a mis colegas que desconfíen. En Italia, país en el que los historiadores deben alinearse por fuerza a derecha o a izquierda, se me reprochó eso duramente, cuando aparecieron los *Dialogues* con Guy Lardreau, bajo un título bastante provocador: *Il sogno de la storia*. De hecho, defiendo que, para no desvirtuar el contenido de los documentos que analiza, el historiador debería abordarlos libre

de toda idea preconcebida. Tal libertad ya he dicho que es inaccesible. Y sé muy bien que mis investigaciones, desde el instante en que las emprendí, se han llevado a cabo en un marco conceptual. Dicho marco estaba construido a partir de mis experiencias de geógrafo y de la lectura de los *Annales*, es decir, de la idea de que la sociedad es un sistema cuyos elementos son solidarios y están articulados. Lo que el marxismo me aportaba no perturbaba sustancialmente la base real de la sociedad. Antes bien, la perfilaba bastante. La arquitectura de *Guerreros y campesinos* reposa casi enteramente sobre los conceptos de clase y relaciones de producción. Allí uso, por ejemplo, un modelo, el de la lucha de clases, que Marx había forjado observando la sociedad de su tiempo. Pasando por alto la diferencia de siglo, osé proyectarlo sobre un sistema social totalmente diferente al del siglo XIX. Y esa proyección arbitraria fue muy eficaz, justamente porque su transferencia revelaba las discordancias y la inadecuación del modelo, y eso me ayudó a percibir con mayor claridad las características y los mecanismos propios del señorío. Así es como me sirvo de las teorías, con total libertad, como una herramienta más.

Con frecuencia he oído susurrar a los jóvenes que me escuchaban, en Teherán, Caracas, China, en todas partes: ¿es marxista? Mi deuda con el marxismo es inmensa. Me gusta tenerla en cuenta por lealtad, no sólo por malicia, como llegué a hacer en un congreso en Venecia al que me invitó Raymond Aron para expresar mi opinión sobre los métodos de una historia de sistemas de valores, y en el que me divertí citando exclusivamente a Gramsci, Labriola, incluso a Lenin. Sin embargo, afirmo con la misma claridad que no creo en la objetividad del historiador, ni en que se pueda distinguir «en última instancia» el factor determinante del que procede la evolución de las sociedades humanas. Proclamo también que no soy materialista. Así que puedo repetir muy alto lo saludable que me resultó entre 1955 y 1965 usar

ese prodigioso instrumento de análisis que es el marxismo para examinar de cerca cómo se producía y distribuía la riqueza en el seno de una formación social, y todo lo que entronca a ésta con la materia. Una vez hecho esto, estaba preparado; podía con toda seguridad, con los pies sobre la tierra, trasladar mi atención a lo que el movimiento de la historia deja traslucir de no material, lo «ideal», como dice Maurice Godelier, marxista, pero antropólogo.

Mi formación de geógrafo me inclinaba naturalmente a la antropología. Esa disciplina tomó entonces el relevo de la desfalleciente geografía. La descolonización obligó a replegarse hacia la metrópoli a parte de la etnografía, lo cual favoreció el desarrollo de una «etnología francesa» que asumió la función de acarreo que había cumplido en mi juventud la geografía humana. Con el mismo placer y provecho que los exegetas de Marx y Engels, leí en aquellos años a los antropólogos, sobre todo la obra de Claude Lévi-Strauss. Lanzaba un desafío a los historiadores. En primer lugar, al estar basada en la observación de sociedades exóticas «primitivas», aparentemente «frías», sin historia, petrificadas en una duración redonda, cíclica, festiva, y en la atemporalidad de sus mitos, la antropología social tendía a relegar al margen de sus preocupaciones lo que tienen las relaciones entre los hombres de cambiante con el paso del tiempo, y subrayaba la importancia de las estructuras. Como lo hacía la lingüística, su íntima aliada, como parte más vigorosa y juvenil de las disciplinas humanísticas, cuando la moda de la época obligaba a hablar de eso en París, como Foucault hacía, como hacía Lacan, como lo hacía Althusser basándose en Bachelard. Nosotros, los historiadores, corríamos el riesgo de vernos relegados a una posición subalterna. De hecho, el estructuralismo nos estimuló, nos obligó a renovar los cuestionarios de arriba abajo. Aquél fue un impulso decisivo y me parece que es el responsable directo del fuerte viraje, esencial a mi modo de ver, que hacia 1960 desencadenó un nuevo rejuve-

necimiento de la escuela histórica francesa, comparable al que treinta años antes provocase el combate llevado a cabo por Lucien Febvre y Marc Bloch en los *Annales*. Efectivamente, el conjunto de las disciplinas de humanidades constituye un sistema. Cuando una de ellas se mueve, el movimiento no tarda en arrastrar a las demás.

Al leer a los etnólogos, en concreto a los africanistas como Meillassoux, Augé, o Althabe, fui menos sensible una vez más a las propuestas teóricas que a la descripción de los hechos, al análisis de los casos especiales que evidencian relaciones inadvertidas. Saqué de sus trabajos gran cantidad de datos concretos, los cuales me mostraron el interés de usar conceptos a los que no estaba acostumbrado, tales como los conceptos de reciprocidad o redistribución, y me obligaron a considerar la sociedad feudal con ojos totalmente nuevos, a reconocer especialmente que la economía no ocupaba el lugar ni tenía la función que, en la línea de Pirenne, incluso de Marc Bloch, yo le atribuía. Lo más nuevo que escribí en *Guerreros y campesinos*, quitando la referencia a la historia del clima de la que entonces era impulsor en Francia Emmanuel Le Roy Ladurie, proviene de esas lecturas. Mauss, Polanyi y Veblen me enseñaron a concederle un lugar importante en los circuitos de intercambio a la gratuidad. Así, identifiqué la función primordial que había asumido en los siglos XI y XII, en el seno de comunidades cuyo comportamiento yo creía conocer bien, la generosidad, es decir la obligación y el placer de dar a manos llenas; generosidad que había llenado el juego, la fiesta, el deber de destruir, de sacrificar solemnemente de vez en cuando las riquezas. Me veía obligado a contar entre los consumidores y los distribuidores a personajes que había omitido tomar en cuenta, invisibles pero numerosos, exigentes, a veces generosos, vengativos: los santos protectores y los muertos. Tuve que rendirme a la evidencia: para los hombres que cultivaban la tierra en Europa en la época de las cruzadas, igual que para los agricultores

malgaches o de Malí, el rendimiento de las semillas dependía más de la paz y de los favores del cielo que de la calidad del grano o del trabajo de las bestias de labranza. Así que se preocupaban por adquirir esa paz, esos favores. Por eso, sin rechistar tanto como yo me inclinaba entonces a pensar, llevaban una parte importante del fruto de su trabajo al monasterio, fuente de gracia, o al castillo, garante del orden público y de la justicia. Por lo tanto, no debía considerar las cuantías de los tributos como un «alquiler de la tierra», un elemento de la «renta de bienes raíces». Nacían de un intercambio. Constituían efectivamente para los campesinos que las entregaban y para el señor que las recibía, «regalos», como las designa el latín de los inventarios. Regalos simbólicos, los gestos que las hacían pasar de una mano a otra contaban mucho más que su valor real. Descubrir esto me obligó evidentemente a rectificar juicios que creía bien asentados sobre los efectos que supusieron para las relaciones sociales fenómenos tales como, por ejemplo, la depreciación del efectivo a lo largo del siglo XII. Igualmente, hube de caer en la cuenta de que a los señores, garantes de la fertilidad de los campos y de la abundancia de las cosechas, les importaba un comino lo que se podía comprar con el denario de plata que recaudaban por cada siervo que desfilaba ante ellos la fecha prescrita, pero no podían eximirse de abrir sus graneros a todos los necesitados sin arriesgarse a perder su poder, y no lo hacían. Reconocer que los impuestos de las recaudaciones señoriales eran en realidad el resultado del equilibrio entre la avidez de los señores y el temor, el agradecimiento, la resistencia pasiva de sus protegidos, me reveló la verdadera naturaleza de la «economía feudal». Me parecía ver ahora mejor el señorío tal y como habían podido imaginárselo los que soportaban su peso y los que se repartían sus beneficios: un órgano que repartía necesariamente, tanto bien como mal, de manera equitativa, los frutos de la tierra entre los que habían cooperado a la supervivencia de la colectividad, cada uno a su modo: atrayendo

con la oración la benevolencia del Todopoderoso, reprimiendo los desórdenes con las armas, o trabajando con sus manos.

Cuanto recibí de la antropología social me animaba a informarme sobre sistemas de imágenes construidos y propagados con la intención de justificar y perpetuar una cierta organización de la producción y de la distribución de las riquezas, por lo tanto, a emprender el estudio de los ritos y los mitos, a proseguir el de las relaciones de parentesco. Me invitaba asimismo a deslizarme en el interior de las *maisonnées* feudales (conjunto de gentes de casa), esas pequeñas sociedades complejas de las que no había visto en Macón más que su apariencia externa. A propósito de aquellos seres que hasta entonces me había contentado con clasificar, con situar en relación con las formas externas del poder, me obligaba sobre todo a hacerme preguntas sobre lo que pensaban, lo que, sin que tuvieran plena conciencia de ello, les impulsaba a comportarse entre sí de una determinada manera. Claude Lévi-Strauss nos espoleaba: «El historiador sabe bien —escribía en aquella época— y de manera creciente que debe pedir auxilio a todo el sistema de elaboración inconsciente». ¿Lo sabíamos de verdad? Así es como me arriesgué temerariamente, como un francotirador, a querer hacer la historia de las mentalidades.

IX

Mentalidades

A decir verdad, me había lanzado mucho antes, en 1955. Además, no me aventuré solo. Robert Mandrou me acompañaba, y Lucien Febvre nos había abierto el camino.

Creo deberle a Lucien Febvre tanto como a Marc Bloch. Los había leído a ambos con idéntica pasión. Febvre, a quien André Allix me había presentado durante el invierno de 1944, me guió personalmente. Yo buscaba libertad, persuadido de que me sería útil no quedarme encerrado en los círculos medievalistas. La acogida que recibí, simple y robusta, a la campesina, me conquistó. Y me dio seguridad, y eso es lo primero que los principiantes esperan de un director. Lucien Febvre me empujaba sin cesar a ser más audaz, a no enredarme en una erudición puntillosa, a volar por mí mismo. Le doy las gracias, y lo hago en voz alta, sobre todo porque, en el momento de escribir esto, este inimitable historiador no tiene buena prensa. Gente que no sabe lo que es aguantar bajo la bota alemana para no rendirse le reprochan su encarnizada lucha por mantener los *Annales* con vida durante la ocupación. Lo oponemos a Marc Bloch, cuyo papel exageramos al tiempo que minimizamos el suyo. Ahora bien, si ha existido una «escuela de los Annales», fue gracias a Lucien Febvre.

Era necesario un marco, todo un aparato. Por su carácter, Bloch no estaba dispuesto a construirlo. Lucien Febvre lo construyó jugando con su generosidad arrolladora, con esa facultad de apertura calurosa que le servía para recoger las adhesiones y los apoyos gracias a los cuales fundó sólidamente una institución. Él hizo que la revista naciera, y más tarde renaciera. Tras la Liberación consiguió que la Fundación Rockefeller le diera lo necesario para crear, ayudado por Clemens Heller, la sección VI de la École Pratique des Hautes Études. Evidentemente los que pagaban, y generosamente, daban su opinión a la hora de decidir en el seno de este organismo los programas de investigación. Exigieron que las investigaciones se realizasen en un marco determinado, el de los «temas culturales». Hoy en día reconocemos que no eligieron el mejor. Pero el fastidio derivado de una elección impuesta no era nada comparado con el inmenso beneficio que constituyó la creación de esta escuela. Afirmo que fue el origen de la corriente vivificadora que significó el éxito de la escuela histórica francesa. Matriz a un tiempo de la actual Maison des sciences de l'homme y de la actual École des Hautes Études en Sciences Sociales, la lección VI, que reunía por primera vez en torno a la historia a todas las disciplinas aplicadas al estudio de las sociedades humanas, difundió por Francia, por Europa, por todo el mundo durante treinta años el fluir de sus provocaciones, de sus preguntas desconcertantes, estimulantes, que poco a poco pusieron fin a la esclerosis. Su poder de conquista se basaba en los recursos que Luden Febvre había sabido captar. Dichos recursos servirían en particular, hecho que me parece esencial, para detectar los jóvenes valores en cuanto se manifestaban, para ponerlos en condición de desarrollarse, para atraerlos hacia un único centro con el fin de que trabajasen juntos en la buena marcha de investigaciones juiciosamente coordinadas. La «Escuela» no habría demostrado tanto vigor sin ese rejuvenecimiento constante de los equipos tan fecundo y necesario. Lamento que en Fran-

cia no haya cesado de reducirse tras el fin de esa época feliz en la que no faltaban ni el dinero, ni la voluntad atenta de no dejarse embotar por el insidioso desarrollo del espíritu de camarilla.

Lucien Febvre estaba más convencido aún que Marc Bloch de que la economía no explica por sí sola las estructuras de la evolución de un grupo social. Esta convicción le llevó a dar un nuevo título a la revista: *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*. La economía seguía en cabeza, pero lo social se instalaba en el corazón del proyecto en posición dominante, y el lugar que le asignaran sus fundadores en 1929, complementario, que no accesorio, al contrario, abierto al futuro de la investigación, le correspondía ahora a las «civilizaciones», es decir, a lo que llamaríamos hoy la cultura. Así pues, a diferencia de Braudel, cuya manera de escribir la historia deriva de una conjunción entre los procedimientos del geógrafo y los del economista, y que confesaba sin reticencia no decidirse a aventurarse en el terreno de lo cultural, particularmente de lo religioso, Lucien Febvre sacaba información de las obras literarias más que de los mapas y mucho más que de las estadísticas, y se sentía más a gusto en ese terreno que en el otro.

En ese aspecto, Mandrou podría considerarse su heredero directo, y si se enemistó con Braudel, fue sin duda alguna por haber anunciado demasiado abiertamente esa filiación. Mandrou trabajaba en la sección VI a la sombra de su patrón. Cuando Febvre hizo que me propusieran escribir una breve historia de la civilización francesa (de este libro no diré nada más, aunque me inspira cierta ternura: es el primer trabajo de síntesis que hice), pedí ayuda y me ofrecieron a Mandrou. Trabajamos juntos. Esa labor común nos unió estrechamente —lo que reforzó mis lazos con la «Escuela»— y nos pusimos a explotar lo que nos legara Lucien Febvre. Marc Bloch, desde *Les Rois thaumaturges* hasta *La sociedad feudal*, invitaba a tener en cuenta la «atmósfera mental». Con más insistencia, Febvre invitaba a escribir la historia de las

«sensibilidades», la de los olores, los temores, el sistema de valores. Su *Rabelais* mostraba magníficamente que cada época elabora su propia visión del mundo, que las maneras de sentir y pensar varían con el tiempo, y que, por consiguiente, el historiador está obligado a defenderse en lo posible de las suyas bajo pena de no entender nada. Febvre nos proponía un nuevo objeto de estudio, las «mentalidades». Ése era el término que empleaba. Nosotros lo retomamos.

No figura en el *Littré*[*], aunque hacia mediados del siglo XIX encontramos este vocablo, que deriva de la palabra «mental», para designar de manera vaga aquello que pasa en el espíritu. A partir de 1880 comienza a usarse: «Mentalidad me gusta —dice Proust—. Hay palabras nuevas como ésta que lanzamos». Por mentalidad se entendía, siempre con igual vaguedad, ciertas disposiciones psicológicas y morales a la hora de juzgar las cosas. Hacia 1920 los sociólogos la adoptarían. El título que eligió Levy-Bruhl para aquella de sus obras que seguramente hizo más ruido, *La mentalité primitive*, le consagraría. De golpe, en el lenguaje universitario, en el que se introdujo rápidamente, su significado se precisó. He aquí la definición que dio Gastón Bouthoul en 1952: «Tras las diferencias y los matices individuales subsiste una especie de residuo psicológico estable, hecho de juicios, de conceptos y creencias a los que se adhieren en el fondo todos los individuos de una misma sociedad». Así lo entendimos nosotros. Sin embargo nos situamos a una cierta distancia, y partimos convencidos de que en el seno de «una misma sociedad» no existe un solo «residuo». Al menos ese residuo no presenta la misma consistencia en los distintos medios o estratos de los que se compone una formación social. Sobre todo nos negamos a aceptar como «estable» ese, o mejor esos (preferimos el plural) residuos. Se modifican con el curso de los siglos. Proponemos justamente seguir con atención esas modificaciones.

Ya no empleo la palabra mentalidad. No era satisfactoria y no tardaríamos en darnos cuenta de ello. Pero entonces, a finales de los años cincuenta, nos venía muy bien, por sus debilidades, por su propia imprecisión, para designar la *térra incógnita* que invitábamos a los historiadores a explorar con nosotros, cuyos límites y topografía aún no conocíamos. ¿De qué se trataba en realidad? De franquear el umbral con el que tropieza el estudio de las sociedades del pasado cuando se limita a considerar los factores materiales: la producción, las técnicas, la población, los intercambios. Sentíamos la necesidad urgente de ir más allá, del lado de esas fuerzas cuya sede no está en las cosas sino en la idea que uno se hace y que en realidad gobierna imperiosamente la organización y el destino de los grupos humanos. Los mismos marxistas, por otra parte, nos enseñaban el camino, pues reconocen que una clase no existe de manera eficaz hasta que los que la forman no toman conciencia de que forman parte de ella. Nosotros íbamos más allá, aunque ni qué decir tiene que ese sistema de representaciones mentales más o menos claras a las que la gente se remite de modo más o menos consciente para conducirse en la vida fue determinado en última instancia por las condiciones materiales. Enunciamos sin embargo dos principios fundamentales a nuestro modo de ver.

En primer lugar afirmamos que el estudio a largo plazo de este sistema no debe aislarse a ningún precio del de la materialidad. Y para sostener esa proposición fundamental nos aferramos a ese término, «mentalidad». Otros vocablos derivados de la palabra «espíritu» o de la palabra «idea» habrían subrayado, creemos que demasiado, lo inmaterial, a riesgo de hacer olvidar que los fenómenos cuyo estudio sugerimos están inevitablemente anclados en lo corporal, y a riesgo de favorecer así la deriva hacia una *Geistesgeschischte* sin amarras cuyas insuficiencias denunciáramos. Lo que queríamos saber sucede en la cabeza, que no es separable del cuerpo; en el *animas* y no en el *anima*, nos habría dicho segu-

ramente Hugues de Saint-Victor si hubiéramos podido pedirle su opinión. Y aunque las huellas dejadas por los «juicios», «conceptos», las «creencias» que compartían nuestros antepasados del siglo XII, seguramente menos palpaples que las de una operación de desciframiento o de una expedición militar —y además dependientes de algunos de dichos juicios, conceptos y creencias— no son menos «reales», ponemos en guardia a los historiadores contra el peligro de interpretarlas sin tener en cuenta al mismo tiempo lo que de otras huellas aprenden los procesos educativos por los que se transmiten de generación en generación esas representaciones mentales, las conductas que éstas pretenden justificar, los temores de los que ayudan a librarse, las percepciones de las que se alimentan deformándolas, resumiendo, todo lo concreto de la existencia en cuyo seno hundían sus raíces dichas representaciones y sobre las que no cesaban de resonar. Las mentalidades, de las que pretendíamos hacer un nuevo objeto de estudio de la historia, no tienen interés —lo repetimos incansablemente contra los defensores de una historia autónoma del «pensamiento» o de la «vida espiritual»—, y de hecho, no tienen existencia sino encarnadas, en el sentido primero y más fuerte del término. Cuando más tarde, buscando el significado de los edificios cistercienses e informándome con ese fin sobre los preceptos en los que se inspiraban los hombres que los construyeron, es decir, la moral que predicó Bernardo de Claraval, tuve la satisfacción de constatar que aquel hombre exigente, por haber meditado largamente sobre el misterio cristiano de la encarnación, proclamaba también que los hombres no son ángeles, y por lo tanto no consiguen elevar su alma hasta las efervescencias del misticismo sino sublimando las pulsiones surgidas de lo más profundo de su ser carnal. Y él insistía, como nosotros, pioneros de la historia de las mentalidades, sobre la necesidad de preservar la unidad de la carne y el espíritu si queremos comprender el menor de los actos de un ser humano.

Sin embargo —y ése era el segundo de nuestros principios— no estábamos interesados en el individuo. Obligados, por supuesto, a menudo, a comprender qué queríamos conseguir con una determinada personalidad, nos esforzábamos por extraer de sus pensamientos lo singular. Dado que no aceptábamos separarla de su cuerpo, tampoco consentíamos que se aislase a ese individuo del cuerpo social al que pertenecía. Por mentalidades entendíamos el conjunto borroso de imágenes y de certezas no razonadas al cual se refieren todos los miembros de un mismo grupo. Pedíamos que la observación se concentrara sobre ese fondo común, ese núcleo por debajo de lo que cada uno podía imaginar y decidir. Sin embargo, nos pusimos en guardia, a pesar del uso que de él hacía el gran historiador de lo sagrado que fue Alphonse Dupront, contra el concepto de inconsciente colectivo, falaz a nuestro parecer. En efecto, no hay inconsciente sino en relación con una conciencia, es decir, una persona. Ahora bien, nosotros no intentábamos reconocer lo que cada persona accidentalmente tiene reprimido fuera de lo consciente, sino ese magma confuso de presunciones heredadas a las que hace referencia en todo momento sin darse cuenta, sin desecharlo de su mente.

En 1961 tuve ocasión de explicarme un poco nuestro proyecto, vacilante aún —estábamos esbozando un cuestionario— en un ensayo de treinta páginas. Curiosamente fue el feroz guardián de la tradición erudita, emboscado en ciudadelas aún inviololadas tales como el Instituto, la Escuela de Archiveros y Paleógrafos y los Archivos de Francia, uno de los adversarios más encarnizados de los *Annales*, Charles Samaran, quien me pidió que lo hiciera. Este respetable erudito creyó conveniente —lo cual me sorprendió— insertar en un volumen de la *Encyclopédie de la Pléiade*, consagrado a la historia y sus métodos, un capítulo dedicado a la historia de las mentalidades. Lo escribí yo. En una carta agridulce Samaran me dio las gracias, me felicitó por haberme inclinado con tanto fervor ante Lucien Febvre, al que detestaba.

No obstante, publicó aquella especie de manifiesto. Habíamos ganado la partida. Pero aquella pequeña victoria puntual era signo de un acontecimiento de otras dimensiones. Ponía de manifiesto que todo, hasta la más obstinada de las resistencias, estaba siendo arrastrado por la poderosa corriente que durante una década, la de mis treinta y cinco a mis cuarenta y cinco años, desvió en Francia el curso de la investigación en historia, por la acción combinada de los restos de la antropología estructural y el deshielo del pensamiento marxista.

X

Del arte

En aquellos años fue cuando Albert Skira me sugirió trabajar para él. Yo admiraba por su rigor, por su brillantez, por su elegancia, los libros que él publicaba. El hombre era seductor. Trataba a sus autores en la intimidad principescamente, como trataba a Max Ernst o a Giacometti, con la misma generosidad y consideración. Entonces estaba preparando una colección nueva todavía sin título, en la que la creación artística estuviera situada en los movimientos históricos. Había decidido consagrar dos volúmenes a la Edad Media y deseaba confiarme uno de ellos. Nunca he sabido quién —Gaétan Picón, puede ser— le había incitado a dirigirse a mí. La propuesta me entusiasmó. Venía a responder a un antiguo deseo, el de satisfacer una violenta pasión que desde siempre me arrastraba hacia las obras de arte. Ya cuando visité por primera vez a Charles-Edmond Perrin para que me ayudase a elegir tema para la tesis llegué a él con un proyecto concreto: estudiar la condición del artista en la sociedad medieval. No podía medir la dificultad de esa investigación, evidentemente fuera del alcance de un principiante. ¿Me habría dejado Lucien Febvre aventurarme? En cualquier caso, Perrin, me devolvió sabiamente al camino recto. Pero el deseo seguía ahí. Así que acepté el encargo. La experiencia adquirida me autorizaba ahora a confrontar lo que había aprendido de la sociedad y de la cultura de aquella época con lo que ya sabía del arte, y con lo

que los especialistas de la historia de las formas me contarían además. Disfrutaba al ver reducirse las distancias entre mi labor de historiador y aquellas notas que escribía de vez en cuando en la libertad de mis soleados días provenzales para el *Arc* de Stéphane Cordier o los *Cahiers du Sud* de Jean Balard. Conseguí que no hubiera dos volúmenes, sino tres, y me puse a prepararlos.

Trabajaba con gran felicidad. Había cambiado de estudio y me parecía haber cambiado de piel. Me permitieron colaborar directamente en la maquetación, en la concepción de aquellas verdaderas obras de arte, los libros de la serie más suntuosa y mejor ordenada que haya lanzado Albert Skira. Yo tenía que elaborar un texto que se ajustase a las imágenes, en eso consistía la novedad de la empresa. Elegíamos las imágenes en primer lugar por su belleza, y las colocábamos en las páginas basándonos sobre todo en su poder de sugestión, pues el propósito de estos libros era sobre todo el de suscitar, alimentar una emoción estética. Las palabras, las frases que tenía que escribir no eran sino una apoyatura para mantener esa emoción, para prolongarla quizá; una explicación. No de la emoción que experimentaba el lector ante las obras, que yo mismo experimentaba, sino del papel que aquellas piezas de orfebrería, aquellas esculturas, aquellas ordenaciones de pilares y de bóvedas habían desempeñado para los que les habían dado forma y para los que habían ordenado que existieran. Esos hombres me eran familiares. Adivinaba cómo se imaginaban el mundo algunos de ellos. Podía intentar ponerme en su lugar, sentir como ellos y comunicar lo que ellos habían sentido, distinto de lo que sentíamos nosotros. Esa era la tarea que yo me asignaba. Explicar por ejemplo la función reservada a las vidrieras de una catedral, revelar el significado profundo de esas «cascadas de azul» cuya emocionante oleada me decía Jean Genet que sentía físicamente, en su cuerpo, cuando entraba en Notre-Dame de Chartres.

Había decidido realizar aquel trabajo en el mismo ámbito que había elegido para presentar no hacía mucho la *Economía rural*: el conjunto de la cristiandad latina y el período comprendido entre el momento en el que las tradiciones estéticas carolingias se revigorizaron tras las últimas invasiones normandas, y el momento en el que se inauguraron, en el Flandes de Van Eyck y la Toscana de Masaccio, nuevas maneras de pintar. Me sentía a gusto. Tenía las espaldas cubiertas. Sin embargo, tan peligroso ejercicio exigía una auténtica conversión por mi parte. Y antes que nada, adaptar los métodos que solía emplear para tratar la información. Ya no me hallaba ante palabras o discursos, sino ante objetos, y de una categoría muy particular: lo que no había perecido de la creación artística, es decir, casi siempre lo mejor, la parte considerada más perfecta, la que el respeto de los entendidos había conseguido salvar de las ciegas destrucciones y las injurias del tiempo. Por lo tanto, la parte más «genial». Ahí es donde surgía la primera dificultad. Necesitaba suprimir esos objetos excepcionales, aunque se tratase del manto del emperador Enrique II, conservado en el tesoro de la catedral de Bamberg, o la estatua de Adán que en otro tiempo se alzaba sobre la galería que separa el coro del trascoro en Notre-Dame de París, lo que parece proceder del «genio», de la sensibilidad personal del artista, de sus invenciones imprevisibles, de su libre inspiración, es decir, lo que en la obra se manifiesta como irreductible a toda explicación, y separarlo de lo que no lo es, de todo el resto, de ese fondo general del que bebían por igual los grandes creadores y los pequeños maestros, y que sólo mantiene algunas relaciones con el entorno social y cultural.

Otro obstáculo: hago mal al hablar de obras. Entre el año mil y los comienzos del siglo XV la obra de arte, en el sentido propio del término, la obra aislada, es rara; mucho más rara de lo que podríamos creer al visitar los museos, donde lo que consideramos una obra de arte es casi siempre un fragmento desgajado por

azar de un todo, al que esa sustracción priva además de buena parte de su significado. Tal tabla pintada pertenecía a un retablo, tal figura esculpida al pórtico de una iglesia. Ahora bien, el retablo o la iglesia, el conjunto, a menudo se habían constituido muy lentamente. Las obras de las catedrales quedarían casi todas sin concluir durante decenios y entre tanto se iban modificando los planos primitivos del proyecto. La datación de estos conjuntos es por lo tanto más aventurada aún que la de los documentos de Cluny. En cuanto a los elementos que se desgajaron de ellos para convertirse en una obra de arte, es todavía más difícil datarlos con precisión. En nuestros días, los diligentes historiadores del arte proponen una cronología de la evolución de las formas cada vez más rigurosa. Cuando yo escribía aquellos libros era todavía bastante incierta. ¿Cómo situar pues en aquellas condiciones sin demasiada arbitrariedad los movimientos de la creación artística en el seno de una historia global? Ponerlos en relación con una historia de la producción y los intercambios cuyas etapas conseguí distinguir claramente era ya dificultoso. La empresa se volvía francamente arriesgada frente a esa historia de gustos, deseos e inquietudes, mucho más incierta y de la que entonces no sabía yo aún detectar las huellas.

En fin, me enfrentaba de lleno con las preguntas que Jauss y sus discípulos tendrían que hacerse más tarde a propósito de la «recepción». ¿En qué fuentes, sobre qué criterios basarse para enunciar algo más que impresiones con respecto a las relaciones que en la sociedad medieval pudieron establecerse entre la obra de arte y el público? Yo diría que hace falta otra palabra. ¿Cómo imaginarse el diálogo entre el que sufragaba la obra y el que estaba encargado de realizarla? ¿Cómo identificar la innovación, cómo no darle un papel demasiado bello, cómo no concederle demasiada importancia en relación con el gran poso de tradiciones, redundancias y rutinas? ¿Dónde surgió y por qué? ¿En el taller en el que el maestro formaba a sus discípulos? ¿Entre el público,

que la esperaba y provocaba su aparición? Yo intentaba descubrir los lazos existentes entre la creación artística y el poder, o más bien los poderes: el del dinero, y también el poder aplastante de las creencias. Así que empecé a documentarme seriamente sobre la historia del cristianismo. Estudié bastante la historia de la institución eclesiástica, pero más aún la historia profunda, esencial, de la práctica religiosa, de la sensibilidad, de las representaciones, con objeto de seguir el movimiento que hizo que en la obra de arte se sustituyera poco a poco el reflejo del Apocalipsis, que al principio se proyectaba violentamente, por los reflejos contrastados del *román courtois* y la *Imitación de Jesucristo*. A lo largo de toda mi investigación surgía este problema lancinante: ¿para los contemporáneos de Hugo Capeto o para los contemporáneos de Dante, cuál era la función de lo que nosotros llamamos arte, que para nosotros no tiene función?

Escribir aquellos libros fue, en todos los sentidos del término, un «intento» liberador: me transformó. Me aparté de la universidad. Por primera vez no me dirigía a mis colegas, profesores, estudiantes, profesionales (de hecho, durante mucho tiempo se juzgaron demasiado libres mis propósitos y se pusieron en la lista negra de los institutos franceses de historia del arte: era peligroso para los estudiantes referirse a ellos). Deliberadamente puse al servicio de toda la gente culta mi experiencia como historiador de las sociedades. Les proponía acercarles un poco más de lo que solían hacer al tímpano de Moissac o a los tapices de Angers. Dirigirme a ese público nuevo me impuso un nuevo tono de expresión. Además, para tratar un material mucho más fino, casi inasible, debía afinar la escritura. Me preocupaba por ser claro, pero también deseaba que mis lectores me siguieran a la zona de sombras que inevitablemente atraviesa el historiador cuando persigue esas realidades evanescentes que son los sueños del artista o las nostalgias de un amante del arte. Intentaba hacer que compartiesen todo lo posible tanto mis dudas como mi propio

goce. Con todo, en cuanto a este último punto era discreto. La obra de arte está hecha para ser contemplada en silencio, no para servir de pretexto para discursos, los cuales, a menudo, lejos de aclararla, la ofuscan. Pienso como Julien Green que «la belleza escapa siempre a las palabras que quieren delimitarla». El pudor también impedía hablar de mi propia emoción ante la pintura. No dije nada de ella sino situando la obra como historiador, en medio de un sistema de correspondencias, como he hecho para Albert Skira y en textos breves dedicados a obras de amigos míos, con la intención de ayudar quizá a dejarse impregnar mejor por su encanto. Silenciosamente.

Tres de mis libros se situarán en la prolongación directa de esta tentativa en la que se esbozaba una especie de sociología del arte medieval. No hago sino citar el último publicado: en unas cuantas páginas que introducen cada uno de los capítulos enuncio algunas reflexiones generales sobre la escultura de la Edad Media. Publicado también con Skira, es sobre todo un homenaje a la memoria de Albert. Contaré algo más de *L'An mil* y de *San Bernardo* y *el arte cisterciense*.

En *L'An mil* se entreabre la puerta del laboratorio. Los documentos no figuran aquí como un simple apéndice, como lo hacían en la *Economía rural*. Constituyen el cuerpo del pequeño volumen. No obstante, esos documentos son de un género particular. Casi todos ellos son también obras de arte. Obras literarias, textos cuidadosamente pulidos por los virtuosos de la retórica. Acababa de hacer uso de la mayoría de ellos para preparar uno de los tres tomos que le había entregado a Skira. Me habían aclarado el sentido de las iluminaciones de *l'Apocalypse de Saint-Sever* y del relicario de Sainte-Foy de Conques. Los volví a utilizar para Pierre Nora, que me había hecho el encargo para la colección *Archives* que él había fundado justamente con la intención de mostrar al gran público con qué se escribe la historia. Esta vez los estudié por sí mismos, y ahí es donde veo acentuarse aún más

el giro que empezaba a tomar mi manera de trabajar. Cambiaba de material, un poco como el escultor que abandona la madera por el mármol. Me alejaba de las actas, inventarios y testimonios breves sacados de aquellas fuentes toscas, ásperas, sin pretensiones, en las que se había basado toda mi tesis doctoral. De ahora en adelante iba a leer sobre todo relatos y poemas en latín u otras lenguas, escritos que reflejaran de manera menos directa, menos ingenua, la vida en sociedad. Escritos que están deformados, complicados por el deseo de gustar, por el afán de difundir una determinada doctrina, pero a la vez, menos secos, más locuaces, en todo caso, de interpretación más ardua. Para deducir su sentido aproveché la experiencia recientemente adquirida cuando estudiaba la obra de arte para situarla en su contexto. Me planteé análogas cuestiones: ¿dónde, para quién, con qué intención se habían redactado aquellos textos? ¿Cómo relacionarlos con los sistemas de valores, los modelos de comportamiento, todo el cuerpo de confusas representaciones que llamamos mentalidades?

En este libro se descubre también el esbozo de una historia de las ideologías, que desarrollaría en un capítulo de *Paire de l'histoire*, y más tarde en *Los tres órdenes*. Me doy cuenta de que fue al componerlo cuando se invirtió mi postura frente al documento, frente a la fuente escrita. Hasta entonces le había exigido a un documento que me mostrase la verdad de los hechos, cuya memoria debía conservar. Pronto me di cuenta de que esa verdad es inaccesible y el historiador no tiene oportunidad de acercarse a ella más que como intermediario, como testigo, al hacerse preguntas no sobre los hechos que relata, sino sobre la manera en que los relaciona. Por eso es por lo que ahora le presto más atención a las narraciones, por muy fantasmagóricas que sean, que a las referencias «objetivas», descarnadas, que se pueden encontrar en los archivos. Esos relatos me enseñan más, en primer lugar sobre el autor, por sus rodeos: lo que le cuesta decir, lo que

no dice, lo que olvida, lo que oculta. Ahora bien, es a él a quién me aferro. Retengo en primer lugar de entre sus palabras aquellas que dejan traslucir su cultura, sus esperanzas, sus temores, su concepción del mundo, su manera de concebirse a sí mismo. La imagen que tiene de sí mismo, eso es lo que yo quería reconstruir. Ahora estoy convencido de palpar así la única «realidad» que puedo aprehender. Estoy convencido de que, por ejemplo, de las mujeres del siglo XII no podría captar jamás nada más verdadero que esa imagen que flota en el espíritu de los escasos hombres cuyos escritos se han conservado. A menudo me cuesta que admitan esta evidencia.

Prueba de ello son las duras discusiones que en mi seminario me enfrentaban constantemente a Karl Ferdinand Werner, buen historiador de las instituciones. No podía convencerlo. Se atenía obstinadamente a la letra del texto sin preocuparse por la ideología de la que era prisionero el autor del texto, de la que conviene, según mi opinión, informarse previamente a fin de ver con mayor claridad la verdad que el texto enmascara y desvirtúa. En cuanto a mí respecta, desde que reuní y analicé para *L'An mil* algunas de las fuentes que llamamos narrativas, cosecho abundantemente entre las alambicadas frases de un Raúl el Lampiño, un Guibert de Nogent, o un Lamben d'Ardres, escritores magníficos, y charlatanes a los que tanto despreciaban los positivistas porque a veces mentían y a menudo se equivocaban de fecha o de lugar.

Había conocido a Yves Riviére en Ginebra en casa de Skira. En 1070 concibió, pensando en Chapour, en Federico II, una colección de hermosos libros que evocasen a los grandes constructores. Pensaba también en san Bernardo, y me sugirió continuar las reflexiones sobre el arte cisterciense que comenzara en *La Europa de las catedrales*. Este nuevo intento no fue sólo el desarrollo de una fase preparatoria. Ciertamente seguía los mismos pasos, y arrastrando al lector a seguirme, nos acercábamos cru-

zando la espesura, la vegetación de Thoronet, Fontenay y Rievaulx, a esos claustros, a esas iglesias hoy vacíos, que lo sagrado llenaba entonces hasta arriba. En ellos lo sagrado se manifiesta con mayor fuerza ya que dichos lugares se han abandonado a su sublime desnudez. Me dediqué a hacer al visitante más sensible a la belleza de los edificios que le mostraba, los cuales habían constituido para los que los construyeran a un tiempo ofrendas, actos de alabanza y trofeos que celebraban cotidianamente las victorias obtenidas sobre sí mismos y sobre el desorden del mundo, instrumentos en fin de un perfeccionamiento progresivo, pues representaban rutas ascendentes, ayudaban con su rigor, por ejemplo, a elevarse grado a grado hasta la percepción de verdades inefables. Pero yo presté mayor atención a definir las relaciones entre una obra de arte, monumento que se reflejaba, se multiplicaba por toda Europa mientras que proseguía a lo largo del siglo XII la expansión fulgurante de la orden del Císter que el abad Bernardo de Claraval llevó a lo más alto de sus exigencias. Eso me obligó a penetrar en el pensamiento de este hombre del que me alejaban su excesiva violencia y ese encarnizamiento feroz que ponía en conseguir la salvación de los demás a pesar suyo. Le había leído con pasión, embrujado por su admirable prosa y conducido por él hacia las provincias de la alta espiritualidad, que no se pueden dejar de tocar si se quiere escribir debidamente la historia de las sociedades de la Edad Media.

Seguramente no me habría puesto en comunicación tan íntima con esa arquitectura de la que había decidido presentar una especie de exégesis sin mis estancias en la abadía de Sénanque, en la que Emmanuel Muheim y yo habíamos fundado el centro de estudios medievales que no sobrevivió al regreso de los religiosos. Allí me incorporé realmente a esos edificios. Creí comprender un poco las intenciones de los monjes que calcularon los perfectos equilibrios para luego vivir largos momentos de soledad y silencio en uno de aquellos «desiertos» en los que las comunida-

des cistercienses elegían establecerse, por haber pasado el tiempo a todas horas del día y de la noche entre muros cuyas piedras, por lo rudo de su grano y lo raro de su ajuste, habían elevado el alma de aquellos reclusos voluntarios a la *simplicitas* propicia a las iluminaciones de la gracia. Debo agradecer aquí a los lugares en los que me instalé para escribir cada vez que conseguía sacar un texto de mis fichas. Si quise señalar que tal libro mío se hizo en la meseta de Valensole, y tal otro en Beaurecueil, fue un poco por coquetería, pero sobre todo por agradecimiento: la serenidad de esos retiros me amparó en el momento, para mí difícil, de la redacción. La proximidad de la naturaleza en lo que ésta tiene de austera y de libre, me era necesaria. Por esa razón también, consciente de que hubiese perdido dejándome arrastrar demasiado pronto al tumulto parisino, me resistía a la llamada de Paúl Lemerle que, desde 1960, me urgía a ir a reunirme con él en la Sorbona.

XI

El Collège

Diez años más tarde dejé la Universidad de Aix. Fernand Braudel había sido la razón de mi resistencia.

Admiraba a Braudel. Consideraba *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo* como uno de los grandes libros de historia que se han escrito en este siglo. Estaba sobrevolando el mar en un avión que me llevaba a Estambul cuando empecé a leerlo, hace treinta y cinco años; y recientemente, esta vez cruzando el mar frente a Lepanto, saboreé una vez más una tras otra, con un júbilo igual al que sentí la primera vez, esas frases por las que se penetra de golpe en el corazón del tumulto y en los torbellinos sollozantes de la inmensa victoria. Soy consciente de haberme referido incesantemente a esta obra espléndida, modelo de lo que me esfuerzo hoy en escribir. En ella se cumplía lo que soñaban los fundadores de los *Annales*, sin que a pesar de ello se descuide la política, en comparación con la economía o lo social, más de lo que se relegan, en comparación con las oscilaciones coyunturales y los cambios visibles, lo improbable, lo fugaz, las fluctuaciones del acontecimiento, ni incluso lo que se puede distinguir, en sus repercusiones sobre la marcha de los negocios, del temperamento personal de los señores de la guerra o de las finanzas. Este libro me atrapa sobre todo por su grandeza, una monumentalidad a la que no han llegado ni Lucien Febvre ni Marc Bloch. Tengo la sensación de que se puede seguir recorriéndolo inagotablemente,

como esos palacios de la costa amalfitana donde se puede errar indefinidamente por galerías y pórticos entre las terrazas fuertemente escalonadas frente al horizonte del mar.

Lo que me unía a Braudel, más que la admiración era la gratitud. Había recibido y recibía abundantemente los favores que este hombre, deseoso de ser amado, repartía por todas partes. No hablo de medios, yo no los pedía. Hablo de aliento, del que tenía una gran necesidad. Él me lo prodigaba. Insistía en que saliera de mi madriguera y me ofreció un puesto en la sección VI de la École Pratique des Hautes Études. Yo hice oídos sordos. Luego, durante dos o tres años, cada vez que quedaba libre una cátedra en el Collège de France, me urgía a presentarme como candidato. Yo rehuía hacerlo. Conocía a algunos catedráticos del Collège: Dion, Gourou, Lévi-Strauss, que me había invitado a hablar en su seminario. Me intimidaban. Y además, tengo orgullo: tenía miedo al fracaso. Esperé hasta que no tuve que enfrentarme a competidor alguno, y llegó la ocasión. En 1970 me presentó Paúl Lemerle y fui elegido. Al mismo tiempo que Raymond Aron y Michel Foucault entré y me sometí a lo que creía que debía ser la última prueba, el último rito de iniciación, temible, la lección inaugural. En el fondo mi larga resistencia venía de la idea que tenía del Collège. Me parecía inaccesible. En cuanto vi que era posible que me aceptaran cedí, puesto que además no estaba obligado a alejarme demasiado de Provenza. La carga de la enseñanza, muy pesada, puede concentrarse allí cada año en pocas semanas. Por consiguiente, me estaba permitido alternar los largos períodos de paz, que me son indispensables para preparar las clases o un libro, con esos momentos de agitación febril, fecunda, en París, en los que mientras recogía información de la que me serviría más tarde en mi retiro, me abría a las diversiones rodeado de muy preciosas nuevas amistades.

A pesar de ello, tuve que sacrificar uno de mis placeres, ese tan vivo de enseñar a jóvenes estudiantes, frescos, receptivos, confia-

dos. En el Collège de France nuestra misión principal es continuar nuestras investigaciones. Debemos divulgar sus resultados, y es una obligación saludable. Nos ahorra el agotamiento, riesgo que corre el investigador aislado. En cambio no tenemos alumnos, no tenemos más que público. Todos los jueves me presentaba ante una audiencia abstracta. No había contacto posible con los que venían a escucharme. Apenas entreveía sus rostros, no conocía su edad, ni profesión, ni su nivel cultural, ni lo que les empujaba a aquella sala (pues las puertas están abiertas a todos los que lleguen, ya que, como le he oído decir con énfasis a François Perroux, «nos dirigimos a Francia»). Sin embargo he reconocido entre ese público evanescente sorprendentes presencias asiduas. Algunos me han seguido desde mi elección hasta mi jubilación. ¿Pero cuántos, venidos por curiosidad, estaban allí de paso? Ahora bien, entre los visitantes, podría encontrarse por casualidad un especialista en el tema del que me ocupaba, que lo conociera mucho mejor. ¿Quién de entre nosotros no ha sentido ansiedad en el momento de hacer su entrada, magistral y crispada, en la sala 8 precedido del bedel? En todo caso, eso nos obligaba a superarnos siempre, y con una tensión que hacía de ese deber pedagógico un peso abrumador. Al menos el ejercicio es particularmente fértil.

No obstante, saqué mucho más del seminario. Me entregué a él por completo durante veintiún años, sostenido por el pequeño grupo que se me unía en un espacio estrecho en el que habíamos decidido reunirnos con la esperanza de que su incomodidad desanimara a los aficionados. Teníamos que defendernos de ellos transgrediendo la regla de libre acceso mediante todo tipo de estratagemas. Estábamos allí entre iniciados, entre cómplices, medievalistas, por supuesto, pero también antropólogos, historiadores de la literatura, historiadores del arte, del derecho. El seminario fue el banco de pruebas al que yo venía a probar mis hipótesis, a someter mis primeros borradores a mis colegas de la Sorbona o de universidades extranjeras. Juntos escuchábamos lo

que los historiadores más jóvenes tenían a bien proponernos como reflexión, propuestas de las que he sacado muchas ideas nuevas e iniciativas para modificar mis propias investigaciones. En este taller se desbastó el material de todas mis obras. Después de haberlo pulido, lo utilizaba en mis cursos, para a continuación proceder con calma en Provenza a darle los últimos toques. Así funcionaba el engranaje mediante el cual a lo largo de toda mi carrera he conjugado mi oficio de investigador y mi oficio de escritor.

Me fui a París en un buen momento, dos años después del 68. La crisis no me afectó personalmente, pero la facultad de Aix, que había visto desarrollarse durante dos décadas y en la que había sido tan feliz, no se recuperó jamás. Era hora de irme. Por el contrario, el Collège de France salió fortalecido. Lo había conocido casi vacío. La primera vez que fui para escuchar a Lucien Febvre, llegué muy pronto porque temía no encontrar sitio. Estuve en la sala solo, completamente solo durante mucho tiempo. Otros dos aficionados llegaron poco antes que el maestro, quien regaló una brillantísima lección sobre Calvino a un auditorio compuesto por tres personas, ni una más. Después de 1968, el estallido de la Sorbona y su sometimiento desviaron a muchos jóvenes hacia el Collège. Les veíamos invadir las clases, precipitarse en torno a Michel Foucault, Roland Barthes, a los que he visto temblar en el momento de enfrentarse a aquella multitud. Sin embargo, lo más importante no era eso, sino el hecho de que los historiadores profesionales establecidos en París se convirtieran a principios de los años setenta en autores de éxito.

¿Cuáles fueron las razones? ¿Fue consecuencia del agotamiento del género novelesco, puesto a prueba tras el espacio fundamental que había ocupado en el siglo XVIII en la producción literaria francesa? Fueran las que fueran, una parte del gran público espontáneamente comenzó a preferir la historia a la ficción, y no solamente la historia de los acontecimientos, sino también la de

los modos de vida. ¿Procedía ese desplazamiento del gusto del desencanto solapado que provoca el gris uniforme de la civilización de las grandes ciudades, los grandes conjuntos, las grandes superficies, las grandes velocidades, el cual nos lleva a buscar en otra parte sabores auténticos? ¿No explica acaso el sorprendente favor del que goza la historia, especialmente la historia medieval, la necesidad de irse mar adentro, hacia otras riberas, en busca de un medio ambiente menos aséptico, menos monótono? La Edad Media no es un mundo imaginario, pero es casi desconocido. Lo descubrimos. Penetrar en él desorienta sin inquietar demasiado. Uno se siente en casa, como en esas viviendas familiares que recuperamos en vacaciones. Nos cruzamos con hombres y mujeres vestidos de manera extraña, cuyo comportamiento nos desconcierta. No siempre entendemos lo que dicen. Sin embargo, son nuestros antepasados, son nuestra herencia. Sus palabras, sus gestos, las pasiones que los mueven las hacemos nuestras poco a poco, y sus pensamientos no nos parecen en el fondo tan extraños. Partir a su encuentro es un poco como volver al hogar.

El mercado del libro de historia se amplió, aunque ya estaba bastante extendido. Pues, no nos engañemos, la primera función del discurso histórico siempre ha sido la de distraer. La mayoría de la gente lee historia para entretenerse y soñar. Lo que cambió fue que los editores adoptarían una política diferente. Para satisfacer a sus clientes dejarían en aquellos años de llamar sólo a historiadores aficionados. La moda parisina y sus fluctuaciones tienen extrañas consecuencias. *Las palabras y las cosas* o *Lo crudo* y *lo cocido* acababan de reportar grandes éxitos de venta en librerías, sorprendentes, pues no son libros de fácil lectura. Los editores cayeron en la cuenta de que podrían explotar con el mismo provecho las obras de Dumézil y Braudel. Prepararon el lanzamiento. Estos dos eruditos de primer orden, que por añadidura saben escribir, eran totalmente desconocidos para el gran público. De repente sus libros se colocaron en los escaparates, sus rostros apa-

recieron en las pantallas, en todas partes. Al mismo tiempo, *Montaillou*, que el editor había vacilado en publicar por temor al fracaso, fue lo que se llama un boom. Un siglo después de haber desaparecido, de haberse retirado en la opacidad de la erudición, la historia seria hacía su reaparición en el campo de las producciones literarias de gran consumo.

Se trata de una inflexión considerable en el curso de la historia cultural francesa. Nosotros no somos responsables de nada. No nos precipitamos por delante del éxito editorial. Simplemente respondimos a peticiones. ¿Por qué íbamos a escondernos? ¿No era nuestro deber difundir lo que sabíamos en lo posible? Nos ofrecían los medios para ampliar esa difusión mucho más allá del exiguo círculo de los conciliábulos universitarios. Los tomamos y no nos hemos arrepentido. Sin duda tal apertura no tuvo lugar sin repercutir en la práctica de nuestro oficio. Lo más urgente fue defendernos de toda complacencia para con los nuevos lectores. Pero también teníamos que conseguirlos y retenerlos. Tuvimos que adaptar nuestra manera de escribir, hacer nuestro discurso menos engorroso, reducir, es decir, suprimir totalmente las notas que habitualmente acumulamos a pie de página en nuestros artículos. Tuvimos que suavizar el estilo, ser, si podíamos, graciosos. Sin embargo, no creo que eso desviara el curso de nuestras investigaciones. La vuelta a la política, al acontecimiento, a la biografía, y por lo tanto al relato, fue, diría yo, por otros motivos, si bien se vio favorecida por la espera del público. A fin de cuentas el interés del que fueron objeto nuestros trabajos nos estimuló fuertemente. Fue beneficioso salir de nuestras guaridas. Para nosotros mismos, pero también para el progreso del saber histórico.

Antes de entrar en el Collège de France, Skira me había abierto ya esos nuevos públicos. A decir verdad, las obras que había escrito por encargo suyo no habían tenido mucho éxito, víctimas sin duda de la audacia, de la novedad del proyecto. Eran,

además, de esos libros bonitos que compramos precisamente por su belleza, por la calidad de las imágenes, sin preocuparnos por el texto. ¿Quién los lee? Para que el mío tuviese numerosos lectores se necesitó que Pierre Nora lo cogiese algo más tarde, lo retocase aquí y allá, y lo publicase solo, casi sin ilustraciones. Entonces yo estaba realizando un nuevo encargo. Para la colección que dirigía en Gallimard, Gérard Walter me había propuesto presentar uno de los «treinta días que han hecho Francia», el domingo de Bouvines, y yo había aceptado con gran sorpresa, indignación tal vez, de mis amigos. Se sorprendían de verme tratar un suceso, una batalla. Les parecía que volvía al tipo de historia de la que nos burlábamos en los *Annales*. De hecho, yo había aceptado por dos razones. Una de ellas pueril: me encantaba aparecer bajo la cubierta blanca de la NRF, la de la revista, la de todas las novelas que me habían fascinado durante mi adolescencia. Otra razón me determinó a hacerlo: sabía que podía realizar aquella empresa con total libertad. Iba a reunirme en aquella colección con Edgar Faure, François Mitterrand (espero que escriba un día ese *Dos de diciembre* del que hablamos durante toda una tarde hace quince años en Beaurecueil), o Jean Giono, cuyo *Desastre de Pavía* me confirmaba que podía permitírmelo todo en cuestión de escritura. Eso es lo que me hizo decidirme, la libertad. Al fin me habían dado la oportunidad de emanciparme, de liberarme totalmente.

Sin embargo, la verdadera liberación se expresaría en el giro que imprimí al programa que me habían propuesto. No se trataba de contar el hecho. Ya se había hecho convenientemente a principios de siglo en uno de los volúmenes de la *Historia de Francia* de Lavisse, a la que remitía deliberadamente. Pretendía servirme del acontecimiento como de un revelador, utilizando todas las palabras que su erupción había hecho brotar. En ese sentido es en el que el accidente acontecido puede interesarnos a los historiadores de las estructuras. El acontecimiento estalla. Su

choque repercute en lo más profundo, y podemos esperar ver cómo remontan, emergiendo de la penumbra donde se sumergen normalmente, gran cantidad de fenómenos de los cuales, en el transcurso habitual de nuestra vida, no hablamos en voz alta. Ahora bien, cuando se habla del acontecimiento, en el ruido que hace, en ese guirigay, esa insólita inflación de discurso, se hace alusión aquí y allá a cosas tan simples y banales que nadie se preocupa de apuntar y que por eso se nos escapan a los historiadores. Además, cuando es un acontecimiento de importancia, hablamos de él, y lo que decimos se va transformando poco a poco por el complejo juego de la memoria y del olvido. Esas modificaciones revelan aún las fuerzas oscuras que actúan sobre el recuerdo a lo largo de generaciones.

Me hice con todas las reseñas que se conservan de la batalla de Bouvines. Partí de la primera, el breve relato escrito en caliente por Guillaume el Bretón, capellán del rey de Francia Felipe Augusto, quien, pegado a su señor, se encontraba en el campo de batalla en primera línea el 27 de julio de 1214. Él fue el verdadero creador del acontecimiento, pues el acontecimiento no existe sino por el relato que de él hacemos. Recogí aquellas palabras como recoge el etnógrafo las del informador indígena al que intenta hacer hablar. Las he escuchado atentamente para comprender mejor cómo se concebían en la Francia de comienzos del siglo XIII las acciones militares (abordando por ahí los testimonios profundizaba en la exploración de la sociedad feudal, que está toda entera dominada por los gestos y la cultura de los guerreros). Sin embargo, todavía comenzaba estudiando en aquellos textos palabras, las palabras más importantes. Me eran familiares. Pero aquí las encontraba salpicando un entramado diferente, cargadas de un sentido que no tenían en las actas ni en los inventarios. Me dediqué a esclarecer ese nuevo sentido. Intentaba comprender mejor qué significaban entonces para los hombres de cu-

yas bocas habían salido la paz, la guerra y, sobre todo, el combate, ese recurso solemne, excepcional, litúrgico, al juicio de Dios.

También intenté delimitar el comportamiento de los hombres y muchachos, a veces ya tullidos, que muertos de sed, vociferantes, cegados por el polvo de las espigas pisoteadas, se habían batido aquel día como locos furiosos dentro de sus armaduras. ¿De qué equipo disponían? ¿Qué gestos hacían al manejar las armas, al guiar sus monturas? Intenté incluso penetrar en sus cabezas. ¿A qué jugaban? ¿En qué momento había caído en la exasperación de la violencia ese gozo que, en los comienzos del compromiso, había hecho del combate una fiesta, cuándo se había transformado en el placer furioso, ciego, de destruir y recoger los despojos del que caía en el estrépito de la desbandada? ¿Sentían miedo los caballeros? ¿De qué? ¿De qué héroe mítico se esforzaban en imitar la arrogancia? ¿Qué entendían de verdad por proeza o lealtad? ¿Dónde se situaba para ellos? Resumiendo, les observaba como Margaret Mead había observado a los manus. Tan desarmado como ella.

A este intento de hacer una antropología de la guerra feudal habría que sumarle mi tentativa de empezar una historia del recuerdo, pues el recuerdo del acontecimiento se había manipulado muy pronto: el mismo Guillaume el Bretón había sacado de su crónica, diez años después de la batalla, una epopeya de casi diez mil versos. Yo quería mostrar cómo y con qué propósito se había explotado el recuerdo de Bouvines con fines políticos en las distintas épocas hasta nuestros días. En ellos se ha evaporado completamente, sin embargo es un recuerdo susceptible de despertarse, ¿quién sabe?, al servicio de una u otra causa. Me vuelvo a ver en cada etapa de aquel trabajo siempre contento. Creo que disfruté escribiendo este libro más que ningún otro, y creo que eso se nota.

Los tres órdenes lo escribí con la misma alegría, en todo caso más de lo que la gente cree cuando leen un libro tan severo. Una

vez terminado el manuscrito, lo ofrecí. Tenía las puertas de la edición abiertas. Me lo aceptaron. Fue la primera vez desde mi tesis que no había trabajado por encargo. Yo sólo había decidido audazmente dar a conocer el resultado de las austeras investigaciones que había realizado en el seminario durante mis tres primeros meses de enseñanza en el Collège de France. Nos habíamos fijado la tarea de localizar las emergencias y seguir la evolución de una idea: la sociedad perfecta, en la que los hombres se repartían en tres categorías, cada una de ellas encargada de una función: unos oraban, otros luchaban y por último los otros trabajaban para el conjunto de la sociedad. El orden y la paz descansaban en ese intercambio de servicios mutuos. Queríamos determinar qué lugar había ocupado en Francia esa figura ideal en las representaciones mentales entre el año mil y Bouvines (yo no me salía del marco espacio-temporal en el que había realizado mis primeras investigaciones), y delimitar cómo se había arraigado hasta convertirse en uno de los pilares sobre los que reposaba el Antiguo Régimen.

A esta obra le di un segundo título: *Lo imaginario del feudalismo*. No había elegido la palabra feudalismo sólo para que rabiaran mis amigos antimarxistas. Tenía que situar mis propósitos en el estrecho margen de una investigación de historia social, cuyos primeros cuestionarios se habían elaborado con el pensamiento marxista como referencia, y que al evolucionar no se habían vuelto contra él en lo más mínimo. Su desarrollo natural había llevado a la historia social más allá de Marx y Engels, pues en su época no se sabía mucho de las sociedades de la Edad Media. Al continuar profundizando en el estudio de las estructuras materiales, me acerqué deliberadamente a otras formas que sólo existen en el pensamiento. Persuadido de que no sólo de pan vive el hombre, quería medir qué peso tenía lo mental en el destino de las sociedades humanas. Ello significaba negarme a atenerme únicamente al materialismo, pero no romper, y menos aún rene-

gar de él, como hicieron tantos otros ruidosamente, como locura de juventud. Esto se entendió muy bien en una sesión del centro de estudios marxistas del bulevar Blanqui que Ernest Labrousse me hizo el honor de presidir, en la cual debatimos toda una tarde sobre mi libro con gran ardor y provecho.

En cuanto al otro término, «imaginario», lo adopté en su sentido más amplio, para designar aquello que no existe más que en la imaginación, la facultad de forjar imágenes que el espíritu posee. Con toda la razón, me parece, pues mi intención consistía en escribir la historia de un objeto muy real a pesar de ser inmaterial, la cambiante representación mental que la sociedad llamada feudal tenía de sí misma. Quería llegar hasta una de esas formas de representación, construida sobre un modelo ternario del que Georges Dumézil había descubierto huellas en lo más profundo de la cultura «indoeuropea». Estudié las apariciones de ese modelo, las transformaciones que experimentó a lo largo de dos siglos en sus relaciones con la parte concreta de las relaciones sociales. En eso difería mi investigación de la de Dumézil, en mi preocupación por insertar ese modelo estructural en la duración y en lo vivido. Pretendía ver cómo se construye una imagen de ese tipo, cómo se difunde, cómo se usa, cómo desaparece bruscamente ante otra, o cómo se va ajustando poco a poco para no ceder su puesto, hasta darse la vuelta completarpente. ¿Por qué, persiguiendo qué ideal, al servicio de qué intereses? Me lancé a hacer una historia bastante nueva, cuyas dificultades he señalado en una nota de método, la historia de esas utopías justificantes, tranquilizadoras, que son las ideologías^ imágenes, o mejor, conjuntos de imágenes encajadas unas en otras. No son reflejo del cuerpo social, sino que proyectadas sobre él desearían corregir sus imperfecciones, orientar su marcha en una dirección determinada. Por eso están a la vez próximas y distantes de la realidad sensible.

No me esperaba que un libro tan erudito, y que no estaba escrito con la intención de seducir, se vendiese tan bien. Y les tengo estima a los que ven en él el mejor de mis libros. Marca efectivamente un hito importante en mi itinerario. Ya en *Bouvines* me había aventurado a identificarme con los caballeros, me esforzaba por entender cómo veían el mundo cuando se lanzaban al galope unos contra otros evitando maltratarse demasiado. Es una manera de plantear un problema mayor, y también de acercarse a él: la relación que hay entre la evolución de un sistema de valores y la de una formación social. Yo había abordado ese problema cuando, reflexionando sobre el arte cisterciense, presentía la necesidad de tomar en cuenta, al estudiar las reglas y el funcionamiento de las sociedades humanas, lo que las ata a lo sagrado. En *Los tres órdenes* me ocupé directamente de ese problema. Después de pasar revista a todas las fórmulas empleadas, todos los escalafones que usaron los hombres de cultura de los siglos XI y XII para reconocerse en la complejidad de condiciones y de posiciones sociales, vi surgir, esta vez totalmente iluminados, los ejes de una organización que yo intuía ya, y digo bien intuía, cuando, poco hábil aún, examinaba para mi tesis doctoral los cartularios de Cluny. Ahora descubría que la fractura era más abrupta de lo que me había dejado ver el juego entre dos instituciones judiciales bien diferenciadas, entre los que soportaban los impuestos señoriales y los que consumían su producto, entre los trabajadores y los ociosos, entre el pueblo fustigado, oprimido, explotado, y los protectores legales de sus cuerpos y almas. Ahora oía a los señores proclamar que era un corte providencial, conforme a la voluntad divina, sacralizado y presentado como la expresión misma de la justicia. Pero distinguía a su vez un grupo intermedio asomando, fortaleciéndose, encastrándose como una cuña entre las dos clases enfrentadas, separándolas poco a poco entre sí. Un grupo formado por los servidores y los parásitos del poder, que, ayudándole a administrar sus derechos y a preparar sus

fiestas, se enriquecían a sus expensas. Una categoría nueva que nadie sabía en principio cómo denominar, cuya extensión y ascenso rápidos hacían que las clasificaciones sociales demasiado simples resultaran inadecuadas, obligando a los teóricos a remodelarlas para hacerle sitio a un tercer estado, ese estado triunfante que, apenas consciente de su fuerza, empezaba a construir su propio sistema de valores. Para finalizar, comencé a percibir en el seno de la clase dominante la rivalidad entre dos formaciones culturales, la caballeresca y la eclesiástica, sin sentir la necesidad de plantearme otras cuestiones, como qué papel había jugado la Iglesia en el advenimiento y transformación del «feudalismo».

XII

Viajes

Tengo que decir dos palabras de mis viajes, pues casi todos se inscriben en el ejercicio mismo de mi profesión. En 1955 salí por primera vez de nuestras fronteras por motivos profesionales para ir a Roma, donde cada cinco años tenía lugar un congreso que reunía a historiadores de todo el mundo, feria atestada, tumultuosa y sin interés, a no ser por las grandes personalidades que desfilan y porque sirve para conocer gente. Efectivamente, ahí es donde conocí a Alexander Gieysztor, polaco, a Josuah Prawer, israelí, y a Giles Constable, americano. Cinco años antes, en la sesión de París, había conocido a Léopold Genicot, de Lovaina, Rodney Hilton, de Birmingham, y Cinzio Violante, de Pisa. Así se aglutinó el núcleo originario de esa constelación de amistades fraternales que no cesa de extenderse por todo el mundo, que me proporciona placer, me reconforta y me incita a superarme.

Los jóvenes de hoy, cosmopolitas desde muy pronto, se asombrarán de verme con más de treinta años arriesgándome a salir fuera de Francia. Ir lejos era entonces algo bastante nuevo para un historiador. A excepción de los antiguos miembros de la Escuela de Roma o de la Escuela de Atenas, ¿quién de entre nuestros maestros lo había hecho? Lucien Febvre y Marc Bloch, sí. ¿Pero, y Perrin? Estoy seguro de que Déniau no. El hecho de que mi generación asistiera al final de ese enclaustramiento en el hexágono, en el que se hallaban, por gusto o por fuerza, la ma-

yoría de los eruditos franceses repercutió en nuestra manera de escribir la historia. Estoy convencido de que el historiador sale ganando cuando sale de su encierro. Debe correr mundo, debe moverse entre la actual diversidad de modos de vida y maneras de pensar. Al «gozar de todo, adueñarse de la creación como de algo que le pertenece», eso dijo del viajero Alejandro Dumas, lejos de perder el tiempo, se enriquece. Seguramente no habría avanzado tanto en la interpretación de las actas, las crónicas y los sermones si me hubiera quedado en mi habitación.

Mis viajes pertenecen a dos categorías. En la primera se inscriben los que me han alejado de verdad, aquellos en los que he tomado contacto con culturas distintas, en los que he penetrado en sociedades cuya evolución había seguido pautas diferentes, y que no se habían visto afectadas, sino superficialmente, por la modernidad. Esos viajes fueron para mí lecciones sobre las cosas. Creo que los viajes de esta naturaleza son muy útiles para los historiadores de la antigüedad, pues pueden confrontar la realidad de los comportamientos que descubren con sus propios ojos con la de los comportamientos que intentan imaginar a partir de fuentes incompletas y ambiguas, los hechos y los gestos de los romanos de la República o de los contemporáneos de Urbano II. Sólo tienen que sumergirse en la corriente de una forma de vida poco habitual. Esa inmersión les ayuda en primer lugar a deshacerse de aquello que piensan mecánicamente, a aligerar sus espíritus de ese fardo de juicios, conceptos y creencias —las mentalidades— que les impiden aprehender en toda su crudeza lo poco que se desprende de las fuentes. Entre tanto, los viajes lejanos pueden aportarles más cosas. La experiencia que adquieren de relaciones sociales con una disposición diferente, de sistemas de valores distintos, les prepara para distinguir mejor lo invariable de aquello que cambia de unos lugares a otros y que se modifica con el paso del tiempo.

Mis propias correrías allende los mares me abrieron los ojos. Comenzaron poco después de leer la tesis, en el Magreb, unido por estrechos lazos a la Universidad de Aix; allí daban clases muchos de mis antiguos alumnos, a los que visitaría regularmente durante veinte años, internándome en mis sucesivos viajes hasta sus rincones más recónditos. Luego vino, en recorridos más breves, el Oriente Próximo, por el que guardo una intensa nostalgia. Más tarde, Irán, América Central, y por fin el Asia Oriental. No sólo disfruté; creo que habría comprendido peor cuando preparaba *Guerreros y campesinos* lo que en el siglo XI designaban en los *Annales royales* o en las ordenanzas reales, la palabra *portus* o la palabra *mercatus*, si no hubiese visto cómo se venden los corderos en Ghardaia, o lo que las indias colocan en el suelo ante ellas en los pequeños mercados de los alrededores de Oaxaca. Pasar en Benarés, a lo largo de las callejas que llevan hasta el río, entre dos filas paralelas de gente en cuclillas, a un lado los miserables con la mano extendida, al otro los cambistas proponiéndote un sinfín de pequeñas monedas por un billete, te hace reflexionar sobre la función de la moneda en las sociedades europeas del siglo XI. He visitado varias veces un pueblo carolingio en los parajes de Xi-Han o en las llanuras del Ganges. Un día paré el coche cerca de Alighar. Había visto en funcionamiento un arado muy parecido a los que vemos representados en el friso inferior del tapiz de Bayeux. Luego salimos cruzando los campos hacia las casas que veíamos a lo lejos, aisladas de todo camino transitable. Cuando entramos, allí estaba Orly o Villeneuve-Saint-Georges, tal y como las habían descrito los encuestadores para los monjes de Saint-Germain-des-Prés hace mil doscientos años, en tiempos del emperador Luis el Piadoso. Por haberme acercado en Meched, en el fervor de la peregrinación, prudentemente escoltado por dos creyentes, a la tumba del imán, sepultada bajo un montón de billetes de banco, tengo la impresión de leer mejor la vida de santa Foy de Conques. Y estoy seguro de leer me-

jor la *Chanson de Roland* o *Lancelot* porque los hijos del sultán azul me ofrecieron té en su campamento, porque en Marrakech me convidaron a una fiesta en honor de Fehrat Abbas con bufones, poetas, coros de muchachas de las tribus y bailarinas, y porque veía a ras de suelo, bajo los pliegues de la tienda, los ojos, las manos de los pobres que acechaban, esperando el final de los festejos para precipitarse sobre la pila de manjares preciosos que nosotros, los señores, íbamos a abandonar tras haberlos tocado con indolencia. Otro día en uno de los áridos olivares que por la parte de Foum-Zguid se desgranan a lo largo de los *oued*[*] que descienden hacia el Draa, estreché la mano de un esclavo. Estaba cavando al sol. Sentado a la sombra, su amo le miraba. El *bakchich*[**] que le dimos por habernos ayudado a cambiar una rueda estropeada en aquella especie de camino, lo tocó tan solo. Fue su amo quien se lo embolsó. Estábamos en el año mil, yo hablaba con Aleaume, *servus* de Cluny, con Achard de Merzé, caballero, sin percatarme de otra sensación más que la connivencia cordial entre los dos hombres, situados en una relación jerárquica que para ellos era evidente.

Lo maravilloso de nuestra época, me decía el Padre Congar, es poder coger un avión y hablar con gente que piensa y actúa como se hacía en nuestro país hace siglos, hasta en el neolítico. Lo que creo haber ganado básicamente en mi conocimiento de la sociedad feudal deambulando por las calles de Fez o en la Bekaa, es la toma de contacto con modos de comportamiento que hoy están tan olvidados en nuestro país que nos cuesta trabajo incluso imaginar, con valores como la generosidad, el sentido de la hospitalidad, el respeto a los mayores, el inmenso poder otorgado a las mujeres, en resumen, con estructuras que podemos juzgar análogas a las que nos dejan entrever los documentos medievales y que hoy están totalmente destruidas en Europa. Cuando el historiador deambula lejos de casa experimenta los métodos del comparatismo. Sin embargo, dichos métodos tienen sus peligros.

Debe desconfiar de ellos y estar en guardia para no comparar más que lo comparable y refrenar los impulsos de su imaginación, que el embeleso ante los cambiantes visos de lo exótico tiende a espolear peligrosamente. Sin embargo, más vale salir, observar *in situ, in vivo*, que encerrarse a leer a los etnógrafos, porque éstos hacen a veces el camino inverso. Para describir la organización de las curiosas tribus que estudian, a menudo recurren sin la prudencia suficiente a las mismas palabras que los medievalistas. Hablan de feudo, vasallaje y homenaje, a propósito de gestos y relaciones que efectivamente se parecen a los ritos que se realizaban, a las relaciones que se establecían en la Europa del siglo XII, pero que no pueden superponerse a ellos, pues se inscriben en un sistema totalmente diferente. Al leer a algunos de ellos veremos por todas partes «feudalismo» al hablar del África negra. El vocabulario que emplean ha inducido a error a muchos de los mejores historiadores de la Edad Media. Sobre el terreno se impone la mayor prudencia, pero si uno está atento para no equivocarse, el beneficio es inestimable.

Los viajes realizados en el seno del área cultural en la que vivimos son igualmente provechosos. Lo son de otra manera. Nos enseñan cómo se hace la historia en otros sitios. Distinguiré y distribuiré en tres registros los resultados de mi propia experiencia. Dejo aparte los países del sur: Italia y España. En ellos me siento en casa, sólo que con un poco más de sol y de alegría, y esa bocanada de felicidad que me invade en cuanto cruzo la frontera. No conozco comunidad universitaria más felizmente alejada de la rigidez protocolaria, más libre, más calurosa y en la que me encuentre más a gusto que la española. La italiana también lo es, al menos en algunas provincias. Además, en esas áreas es donde mejor se ha recibido el tipo de historia que yo practico. Febvre y Braudel habían sentado muy pronto las bases para una profunda penetración del espíritu de los *Annales*. Todos los obstáculos, el peso del franquismo en España, esa inclinación de

Lombardía a poner los ojos en la ciencia alemana, han caído. Sus vías de investigación no difieren ya de las nuestras. Están tan cerca que advertimos en ellas una vitalidad, un ardor juvenil, una frescura de invención capaz de bajarnos los humos, y que nos obligan a preguntarnos, a los franceses, por cuánto tiempo aún podremos creer sin que resulte ridículo que estamos a la cabeza del pelotón de historiadores de todo el mundo.

Mis relaciones con los países del Este comenzaron mucho antes de que se sacudieran el yugo. Primero por Polonia, a comienzos de los años sesenta. Al otro lado del telón de acero, como en la España de Franco, tuve la sensación de llevar una ráfaga de libertad a mis colegas y a sus alumnos, aún más ávidos que ellos mismos. En realidad los encontré mejor de lo que pensaba, y más informados de lo que pasaba en Occidente. Los historiadores de la Edad Media, sin duda, estaban menos reprimidos. La investigación histórica no empezó a ser vigilada estrechamente hasta que nos acercamos al siglo XIX, en el que se acrecentó el peso del dogmatismo y del poder. En todo caso me sorprendió muchísimo lo que se cocía encubiertamente, y que, a costa de algunos rusos, se mostraba públicamente en pleno día. Los polacos ni siquiera se tomaban la molestia de protegerse deslizando en las notas de sus publicaciones una o dos referencias a Marx y Engels. En Belgrado era como si no existiera la política; en todo caso, mi amigo Bozic pretendía ignorar la existencia de comunistas. Los rumanos, muy subversivos, decían a voz en grito lo que pensaban en los cafés, y los húngaros, menos volubles, consiguieron mantenerse aún más lejos de las consignas oficiales ante los ojos de los *apparatchiks*[*]. Incluso en la Unión Soviética, donde con reputación de escritor burgués, no fui admitido hasta muy tarde, un Gurevitch o un Bessmertny realizaban desde hacía tiempo su investigación con total independencia de criterio.

En esas zonas estaba todo listo para que la historia de las sociedades desplegase sus audacias desde que desapareciera su capara-

zón, ya muy desvencijado, especialmente en los institutos de las academias de ciencias más que en las universidades. Desde hace dos años está hecho, y la nueva historia fuerza triunfalmente las últimas barreras que todavía le oponen resistencia. En Moscú, por ejemplo, se abalanzan hoy sobre los *Annales* ayer vilipendiados. Dado que en la mayoría de esos países cuyo desarrollo frenó el socialismo, las estructuras de la enseñanza y los órganos de formación para la investigación han seguido siendo más eficaces que en nuestro país, dado que los investigadores de allí demuestran un gran ardor en su trabajo (pues el aumento de trabajo les benefició y, por esa razón, las instituciones científicas contaban entre los escasos lugares en los que el ritmo de producción conservaba cierta vivacidad), se puede esperar en el Este la aparición de una oleada de innovaciones tan generosas como la que surgió después de la guerra en Italia, y en España cuando el franquismo empezó a desmoronarse. Desde los primeros contactos me chocó la audacia de los medievalistas. Cogíamos de ellos más de lo que les aportábamos, principalmente en dos campos.

En las zonas en las que los documentos escritos anteriores al siglo XIII son rarísimos, en las cuales el marxismo invitaba a hacer una historia de la «cultura material» y el sentimiento nacionalista urgía a restituir a los nativos eslavos el mérito de las innovaciones económicas y sociales de la alta Edad Media que la enseñanza tradicional atribuía a la colonización germánica, la arqueología de la vida cotidiana, del pueblo, de la navegación, del vestido, de la alimentación se había desarrollado temprano y con éxito, y yo enviaba a mis alumnos a formarse a Polonia. Por otra parte, allí aprendimos a preparar menos torpemente el acercamiento a un estudio de las culturas populares. En fin, yo por mi parte sentí suplementariamente en esa parte del mundo esas fuertes emociones que arrancan al historiador de sus maneras habituales de imaginar el pasado, sea en los solitarios bosques de Jastrebac, en las aldeas a orillas del Narev, donde aún se practica-

ba la rotación trienal, o en el monasterio de Olténie, sospechoso de albergar un emisor clandestino destinado a Occidente, en el cual ocupé una noche la habitación del metropolita[*], y cuya abadesa vino a servirme por la noche con sus propias manos una comida a base de mermeladas y lácteos.

De los otros países que comparten nuestra cultura, he recibido sobre todo advertencias fuertes y beneficiosas: de Bélgica, de los Países Bajos, de Suiza, donde, siendo tan cercanos, nuestros colegas están menos pagados de sí mismos, mucho más abiertos, sobre todo al exterior, gracias a la práctica de otras lenguas y porque profesan un saludable respeto hacia la buena erudición. Idéntica lección de modestia, seriedad y prudencia en los *collèges* de Inglaterra, en los que creo que se sitúa la máxima distinción intelectual. En las universidades americanas el estudio de la Edad Media, obviamente, ocupa un lugar marginal, un poco como aquí el indigenismo, lo que tiene sus ventajas. Se realiza con una notable agudeza. Principalmente la historia de la cultura en sus formas literaria, artística, religiosa, filosófica y jurídica, lo que relega a veces a un segundo plano a la historia en sentido estricto, en particular la historia de las sociedades. La tradición germánica conserva allí sólidas posiciones, por lo que se ve con sorpresa, y no sin cierta censura, la manera que tienen los historiadores de los *Annales* de hacerse preguntas. No tomemos a la ligera los reproches lanzados irónicamente contra el *french impressionism*. Consolémonos sin embargo: ¿no están sujetos allí nuestros colegas a un sistema de carrera más cruel que aquel del que salen mermados los jóvenes medievalistas europeos? ¿No se encierran las investigaciones con frecuencia en programas demasiado sucintos? ¿Estamos seguros de que los equipos tan efectivos que enviamos no resultarán ser más eficaces en Granada o en Praga? Por último, Alemania. Tras reconocer mi inmensa deuda con todo lo que me llegó del otro lado del Rin, de Münster, de Friburgo, de Gotinga, sin lo cual no podría haber llevado debidamente

el análisis de las estructuras de parentesco en la aristocracia feudal, el estudio de la historia medieval me parece en esa área un espacio cerrado, un bastión que hasta ayer no había desbloqueado los accesos. Serio, ciertamente, muy eficaz, demasiado serio en mi opinión. Por supuesto mis palabras nacen de impresiones subjetivas. Pero no puedo evitar rememorar el areópago mudo, cerrado, de las figuras más importantes de la universidad escuchando mis conferencias hace seis o siete años. No obstante, también recuerdo a sus alumnos esperándome a la salida. «Son así —me decían—, tranquilícese, estamos aquí, todo va a cambiar». Es verdad, todo cambia, y rápidamente. Cuando los estudiantes franceses se decidan a viajar, cuando vean en qué condiciones trabajan sus camaradas alemanes, creo que no seguirán soportando las condiciones en las que están y se rebelarán por su bien, por motivos justos.

Para eso sirve viajar a los países vecinos, para despertarnos, para curarnos de la convicción, cada vez menos fundamentada, de que somos superiores. Esos viajes corren el riesgo de volverse fácilmente, si no nos rehacemos, mucho más dolorosos de lo que ya lo son para nuestro amor propio.

XIII

Honores

Con la edad, empujado poco a poco por los más jóvenes —es ley de vida— entramos sin darnos cuenta en esos espacios fríos, solemnes, en los que se coloca a los ancianos ordenados, embalsamados con sus distinciones, en los que cargados de plumeros, espadas y condecoraciones, son los principales figurantes de las liturgias del poder intelectual. Su función primordial no es actuar. Lo que cortésmente llamamos sabiduría no es en realidad otra cosa que la decadencia de la actividad creadora. Lo único que se les permite es aconsejar a los que actúan.

Directores de tesis a su vez, mordiendo el freno del otro lado de la barrera durante las largas horas soporíferas de las lecturas de tesis, ocupando un puesto también en otros jurados en los que se distribuyen premios y recompensas, miembros y luego presidentes de consejos de todo tipo, benévolos, pero altamente satisfechos por la ilusión de ser poderosos, no ejecutan más que órdenes, ellos mismos pasan por colecciones de las que les ha puesto al frente un editor. Adoran ganar adeptos, colocan y apoyan a sus protegidos, más que como jefes, como padrinos. Pues, si como ha demostrado Marc Bloch, el feudalismo descansa sobre un entramado de relaciones personales, la pequeña comunidad huraña que forman en Francia los universitarios se puede llamar feudal con toda justicia. Es una red de clientelas. Tras ser durante mucho tiempo vasallos, obligados a reverenciar y a servir a un

señor, esos veteranos convertidos a su vez en señores defienden ávidamente a sus feudatarios. Mediante un contrato tácito, casi siempre respetado, los favores que han recibido obligan a éstos a no oponerse a los que les ayudaron. Este agradable juego consiste en una elección, y están obligados a hablar bien del candidato al que protege su protector y a hablar mal de los que no le gustan.

Ha llegado el momento de estar ojo avizor. Nos hemos vuelto muy vulnerables. No estoy hablando de la envidia, los rencores, la ingratitud. Hablo del temor de ser olvidados, que nos lleva a hablar demasiado y demasiado alto. Hablo del tiempo perdido en tonterías, de la tendencia a hacerse ilusiones, a creerse lo que no se es. No obstante, el peligro más grave, en mi opinión, se ha agudizado recientemente al cambiar el estatuto de los libros que escribimos, al convertirse en productos de gran consumo, en mercancías lanzadas con gran acompañamiento de publicidad. Para venderlos mejor convertimos a los autores en estrellas. Nuestra apertura a un público masivo ha sido peligrosa por la tentación de complacerlo. Dicho esto al final de una vida rica en experiencias, en la que no se ha hecho mucho caso de las vanidades, se tiene la sensación de acceder a la libertad total. En cuanto a los honores, obligan, ese es su precio, a mantenerse erguido, un poco rígido, pero firme, con la loca esperanza de poder seguir superándose.

XIV

La televisión

Como muchos de los intelectuales de mi generación, durante mucho tiempo le he hecho ascos a la televisión. La veía como una intrusa. Amenazaba con invadir mi intimidad, la parte que tenía reservada a la lectura, a la música, a las amistades. Creo que trabajé para ella antes de hacerle sitio en casa. La primera vez fue en 1972. Pierre Dumayet me lo pidió. Tenía el proyecto de consagrar un espacio al año mil, y juntos hicimos un viaje muy agradable por las iglesias románicas entre Rouergue y Poitou. En aquella ocasión yo figuraba como simple comparsa, la dirección de la obra le correspondía a Pierre. Un año más tarde me ofrecieron la oportunidad de utilizar la televisión para llegar a un público mucho más amplio, esta vez trabajando para Roger Stéphane. Acompañado por un realizador, Roland Darbois, había venido al Collège de France a decirme: «He leído *El tiempo de las catedrales*. Quiero ponerlo en imágenes, imágenes en movimiento». Encontró el dinero y la cadena, y puso en marcha una serie de nueve episodios.

Yo intervine directamente en las dos fases de preparación. Antes de la partida del equipo de rodaje construí un plan de conjunto, repartí la materia entre los episodios, elegí junto con Michel Albaric la música de fondo y, lo esencial, elegí las localizaciones del rodaje. Los *ruches*[*] que me presentaron a la vuelta eran espléndidos. Tenía la impresión de estar descubriendo todas aque-

llas obras de arte de las que creía no ignorar ningún detalle. La cámara las había captado desde un ángulo inesperado. Además había recogido a su paso cantidad de imágenes con las que no contaba. Las naves de las iglesias, vaciadas de todo su mobiliario, aparecían reflejadas con toda la pureza de sus líneas. Se habían instalado andamios lo suficientemente altos como para fotografiar de cerca los tímpanos o las vidrieras. De ese modo habían aparecido colores, formas que nunca había visto. Deslumbrado, sentado ante un «oso» labrado apresuradamente, tres veces más grande de su tamaño, decidía sobre la mesa de montaje quedarme con esto, eliminar aquello, desplazar tal secuencia. Al mismo tiempo, iba redactando un sobrio comentario que debería decir yo mismo. Quería trasmitir mi emoción, esa relación íntima, personal, emocionada, con las épocas antiguas y lo más admirable que nos han dejado. Frases construidas en caliente, frente a las imágenes, que constituirían el material de un libro nuevo muy distinto del que Roger Stéphane había querido traducir en imágenes audiovisuales. Ésa es la prueba de que la labor a la que le había consagrado todo ese tiempo, quince años después de haber escrito para Skira, no era una mera adaptación, sino una verdadera creación.

Además, él me había enseñado el uso que el historiador profesional debería hacer de la televisión. Como en el caso de los libros, no debe dejar en manos de aficionados una herramienta de comunicación tan prodigiosamente eficaz: gracias a ella el público de la historia de calidad puede aumentar indefinidamente. Así es, recibí cartas, muchas cartas, de todas partes, de lo más profundo de la sociedad. Me escribían campesinos, religiosos de clausura. La gente me paraba por la calle, me instaban a intervenir para que la serie no se pasara demasiado tarde: querían que la vieran sus hijos. Así pude determinar a qué nos exige renunciar la utilización de este medio: tenemos que concentrar el mensaje, esquematizarlo, hasta llegar a hacer de él una caricatura, si que-

remos que llegue a la gente, pues pasa muy rápidamente. Las producciones que se preparan tan minuciosamente, durante tanto tiempo y de manera tan costosa, son de consumo fugaz e incierto. Trabajamos para lo efímero, lo cual nos obliga a pegar fuerte. Todavía hoy me sorprende la repercusión que tuvo lo que mostramos en *El tiempo de las catedrales*, la cual no deja de prolongarse, a fuerza de reposiciones, y también porque ahora usamos los casetes un poco como los libros, hojeando, volviendo atrás. Lo que había podido escuchar y ver hace diez años en Polonia, en Bohemia, en Hungría sólo un público muy restringido, apiñado en un centro cultural, ahora llega a todas partes. Finalmente comprendí algo que requiere cierta abnegación por parte del historiador: que debe remitirse a los profesionales para el tratamiento de lo que quiere dar a conocer. Uno no se convierte en realizador de buenas a primeras. Montar una película, mezclarla, estructurar un guión de modo que capte la atención vacilante del espectador se aprende, y el aprendizaje de esos modos de expresión, muy diferentes de los del profesor universitario, el investigador y el escritor, es largo y delicado. El historiador tiene que mentalizarse para admitir que el resultado no responde jamás a las expectativas y que él no es un buen juez.

Tratar en la televisión temas contemporáneos, historia inmediata, acontecimientos recientes de los que hay testimonios filmados es relativamente fácil. Por el contrario, pasar a imágenes un pasado más remoto plantea serios problemas. Yo sé algo de eso. Se trataba de llevar *Domingo de Bouvines* a la pantalla, a la pantalla grande. Serge July hizo el guión. Nos divertimos mucho los dos, pero también topamos con problemas insolubles. No fue tanto la instalación del decorado lo que nos interrumpía, sino el porte, los gestos, la manera de hablar de los actores. ¿Cómo reencarnar en la persona de los actores, que están ahí, vivos, que hablan, sin incurrir en contrasentidos inadmisibles, a hombres cuyas acciones políticas o militares no nos son desconocidas,

cuyas creencias y dudas adivinamos; hombres de los que sabemos lo que comían, pero de los que no tenemos ningún retrato, hombres cuyo lenguaje no podemos reconstruir con seguridad, ni imaginar lo más cotidiano de su existencia? ¿Qué responderle a Depardieu cuando me preguntaba cómo se comportaba Felipe Augusto cuando bajaba del caballo, con qué gesto había mordido un mendrugo de pan la mañana de la batalla, cómo piropeaba a las doncellas? ¿Y Juana, la condesa de Flandes, a quien el público esperaba que le diéramos un sitio? ¿Quién conseguiría el empleo? ¿Nastasia Kinski? ¿A quién confiar ese papel sin caer en el anacronismo? También asesoré a Jean Dominique de La Rochefoucault, el escrupuloso cineasta de *El año mil*. Me escuchaba con profunda atención. Sin embargo, durante la proyección me ruboricé por la cantidad de inexactitudes menores que había pasado por alto. Las dificultades son tales, los resultados tan decepcionantes que se impone inventar formas de exposición simples, un lenguaje, artificios de puesta en escena que sean capaces de transmitir con sobriedad la imagen que conseguimos hacernos los historiadores de las culturas y sociedades de otro tiempo. Ni esas formas ni ese lenguaje existen todavía.

De nuevo, cuando algunos años más tarde trabajé con Maurizio Cascavilla en otra serie, más corta, *Le Génie de la terre*, decidimos dejar hablar a las imágenes prácticamente solas, las soberbias imágenes que Cascavilla había recogido un poco por todas partes. Nuestra intención consistía en presentar junto con la evolución de la agricultura desde sus orígenes, el fruto de una larga labor campesina: los paisajes, cuya belleza procede, como la de los edificios cistercienses, del equilibrio entre las formas y la función conseguido mediante una perfecta economía de medios. Queríamos mostrarlos en su estado actual, amenazados, pero en algunas regiones de Europa aún en armonía con lo que ha sobrevivido de la vida rural tradicional. Deseábamos que el telespectador descubriese sus encantos para que se convirtiera en defensor de lo que

todavía no está totalmente destruido. Para ello pensábamos que era importante eliminar todo lo superfluo, nosotros también, velar para que la atención, el placer, no se vieran enturbiados por la charla. Sólo algunas frases puntuando el discurso visual, simplemente para orientar la mirada, y explicar algo de vez en cuando.

Poner manos a la obra verdaderamente, verificar que una parte del público, mucho más amplia de lo que creemos y que la democratización de la enseñanza hace aumentar sin cesar, espera de la televisión algo más que una presentación en vivo de la actualidad y esas abúlicas distracciones, me prepararon para tomar parte, con entusiasmo, en la creación de una cadena francesa de televisión cultural. El presidente de la República decidió instituir en el invierno de 1985 una Société d'Édition de Programmes de Télévision, la SEPT. Lo anunció en el Collège de France cuando vino a darnos las gracias por haberle remitido, previa petición suya, algunas propuestas relativas a una futura remodelación de la enseñanza. Una de ellas subrayaba el valor pedagógico del elemento televisivo. Entré a formar parte de esa sociedad, y más tarde, para que sobreviviera, acepté asumir la presidencia. En una conferencia de prensa expuse mis ideas sobre el proyecto. El peso del mercado publicitario arrastraba irresistiblemente a la producción a sumirse en la mediocridad. Nosotros queríamos invertir esa tendencia. Pero éramos lúcidos, no pretendíamos ganarnos de golpe, en bloque, a la gran masa de consumidores pasivos. La SEPT quería llegar a los atentos, los que saben elegir, que forman públicos múltiples. Nosotros íbamos a intentar darle a cada uno de ellos lo que esperaban ver. Asimismo sentíamos la necesidad de reprimir ese movimiento de rechazo que la palabra cultura suscita en muchos. Ni elitismo, ni gueto, ni pesada pedagogía. Pero sí un lugar para los documentos de creación (los hemos salvado de una muerte cercana), y otro aún mayor para las diversiones, los espectáculos, la ficción. Exhumar de los archivos las obras maestras olvidadas, constituir una colección de «clási-

cos» de la televisión, ofreciendo a los creadores, sobre todo a los más jóvenes, a los cineastas, a los escritores, un medio de producir libremente. Empezamos convencidos de que la cultura es en primer lugar calidad, rigor, y luego exigencia de progreso; de que hacemos honor a las gentes sencillas, tímidas, que no se creen capaces, al ponerles ante los ojos objetos que les intrigan, lo suficientemente atractivos como para que sientan deseos de esforzarse hasta llegar a comprenderlos y saborearlos. Moliere, Mozart, Visconti, Rouch. Ahora bien, preparamos esos programas para una televisión decididamente europea. Nos lanzamos a hacer coproducciones por todas partes, con la intención de abrir a los franceses a lo que se estaba haciendo fuera de nuestras fronteras, y que ellos desdeñaban, así como para proyectar fuera lo más sabroso de la producción francesa. Ese era nuestro objetivo. Hemos luchado encarnizadamente por conseguirlo, Michel Guy y yo. Aún sigue siendo, esperamos, el de nuestros sucesores.

Miro con fiereza el dinero amasado por la SEPT, minúsculo equipo de profesionales de alto nivel, extenuados, fervientes, al que asesoraba un consejo de personalidades de la ciencia y la cultura. No es el lugar adecuado para seguir hablando de las actividades a las que voluntariamente he sacrificado buena parte de mi tiempo con cierto provecho para mi labor como historiador, por eso las evoco aquí. Este oficio exige apertura, no me canso de repetirlo. Ahora bien, me metí en un mundo muy distinto de aquel en el que evolucionamos, mucho más desorientado que el de los editores o críticos que, como nosotros, son gentes del libro, de lo escrito. Los productores y realizadores se mueven en lo inestable, lo temporal, y para ellos el dinero no es lo mismo que para nosotros. Son aventureros en el más amplio sentido del término. Se puede decir que codeándome con ellos me imaginaba estar más cerca de los caballeros de la Tabla Redonda. Hasta el punto de que me asombraban menos ciertas actitudes de un Lancelot o un Yvain, sus pasiones, sus correrías, sus excesos, lo que

tienen de pueril en Chrétien de Troyes. Presidir la SEPT una temporada me introdujo en otras esferas igual de lejanas para nosotros, las del poder. Por haberlo ejercido yo mismo, al menos parcialmente, he descubierto cómo se diluye el poder, cómo se pierde, se escapa entre los dedos. ¿Dónde está? ¿Dónde están los órganos de decisión? ¿Y el relevo? ¿Dónde yace, tras los cebos que exponen los organigramas, la realidad del poder? El medio universitario, ya lo he demostrado, tiene mucho de feudal. Los gabinetes ministeriales tienen mucho de merovingio por la manera que tiene el poder, duramente disputado, de hacerse

Extraño azar: mientras que sin quererlo rozaba la política, la nueva historia comenzaba a interesarse de nuevo por ella.

XV

El Mariscal

No fue la televisión, sino la radio, lo que me impulsó a contar la vida de Guillermo el Mariscal para un programa titulado «Los desconocidos de la historia». Tenía ganas desde hacía tiempo de hablar de aquel Guillermo. Guillermo nació en 1145 y murió en 1219, siendo regente de Inglaterra, por lo tanto fue un personaje muy importante. En Francia pasó lo más alegre, lo más luminoso de su vida. Sin embargo, los franceses no saben nada de él. Yo le conozco mejor que a ningún otro hombre de su época, pues por azar conservamos algo parecido a unas memorias. Tras su muerte, su hijo primogénito, el heredero, contrató a un poeta para conservar la memoria del difunto, un magnífico escritor que, interrogando finamente al escudero que durante treinta años siguiera al Mariscal como si fuera su sombra, compuso un poema de viente mil versos. Vemos a Guillermo actuando, luchando en el campo del torneo, bebiendo con sus amigos, llorando su infortunio, cortejando a las damas. Le oímos hablar. Está vivo. He ahí un caballero que era para mí más que un nombre o un transeúnte furtivo entrevisto en los recovecos de un documento. Evoqué ese personaje truculento, pretencioso, un poco limitado, malicioso. Cuando la serie de televisión se convirtió en una serie de libros, desarrollé contento lo que había desgranado ante el micrófono.

Como en el caso de *Bouvines*, se me podía acusar de traicionar el «espíritu de los *Annales*», pues era el primer epígono de Lucien Febvre y Marc Bloch que aceptaba escribir la biografía de un «gran hombre». De hecho no me desvié ni un milímetro de mi trayectoria, el único cambio importante, lo reconozco, afectó a la forma. Volví prácticamente al relato. Contaba una historia. Seguía el hilo de un destino personal. No obstante, me atenía a la historia problema, a la historia pregunta. Mi pregunta seguía siendo la misma: ¿qué es la sociedad feudal? Doce años antes había utilizado un acontecimiento de primer orden para descubrir sobre el terreno de la guerra lo banal, lo cotidiano. Esta vez observaba la carrera excepcional de un individuo excepcional, un campeón del mundo, un triunfador, veía vivo al Platini, al Tapie del siglo XII, porque él me interesaba, pero sobre todo, para, a través de las numerosas huellas que dejó de su paso turbulento por ese mundo, poder saber más, mucho más sobre un caballero cualquiera, sobre el común de la caballería.

Además, ¿no había escrito el mismo Lucien Febvre con idéntico perfil una biografía, la de Lutero? Mi labor era más fácil: en este caso la biografía estaba hecha, y el propio Sydney Painter, erudito americano, había rectificado ya todos los errores del poeta y llenado las lagunas. El libro se puede leer como una novela de capa y espada. Lo he escrito con vivo placer y para que plazca a los aficionados a la historia. Por eso, aunque parece ligero, en realidad está tan cargado de datos eruditos, es tan serio como *Los tres órdenes*, aunque menos austero, ciertamente. Algunos se han confundido. Como ese crítico alemán que avisa, perentorio, al final de una reseña amablamente: esta obra no está destinada a los especialistas. Antes bien, los especialistas son sus primeros destinatarios y, más lúcido, el orador de la Universidad de Cambridge se dio cuenta muy bien: en un discurso en latín en mi honor no citó de mis obras más que *Guillermo el Mariscal* y *Bouvines*.

Como en el caso del arte cisterciense, partía de un monumento, pues aquel interminable poema acompasado según el hablar de los caballeros, destinado a ser cantado por los descendientes del héroe para reconfortar sus corazones con el recuerdo de sus virtudes, era un verdadero monumento funerario. Un cenotafio, el memorial que complementaba la figura yaciente esculpida sobre la tumba de su antepasado en la iglesia del Temple en Londres. Yo quería comprender la función, el sentido de ese monumento. Como en la leyenda de Bouvines, estudié las deformaciones del recuerdo, el juego de memoria y olvido, y, como a propósito de Bouvines, no me interesaba lo particular más que como deformación de lo colectivo. El verdadero tema del libro no es Guillermo, es la caballería, su ideal, los valores que asegura respetar. Es además un sistema político, el «feudalismo», pues mediante este caso concreto se descubre el funcionamiento de sus engranajes más claramente que en los tratados y en las actas. Presento a los especialistas los que me han parecido rasgos específicos que caracterizaban un medio social en sus relaciones respecto al dinero, a la fama, a la salud. Les muestro, por ejemplo, y eso arroja nueva luz sobre el equilibrio de poderes y su verdadera distribución en el seno de la sociedad que llamamos feudal, cómo un barón del siglo XII, preso en la trampa de una maraña de obligaciones, a menudo contradictorias, que se derivaban de sus deberes de pariente, de señor, de vasallo y de súbdito, conseguía desembarazarse de ellas sin felonía, sin faltar al honor. Por último, el libro ayuda, según creo, a abordar con mejores armas dos problemas clave de la historia de las sociedades: ¿qué idea tenían de la muerte en aquella época los guerreros? ¿Qué lugar le conferían a las mujeres?

Esas dos cuestiones me preocupaban desde hacía mucho. No desde que empecé con la investigación: en mi tesis no las planteé, y me lo reprocho. Pero apenas publiqué la tesis se instalaron en el centro del programa que redacté, con la esperanza de conti-

nuar mis investigaciones personales en el tiempo libre que me dejaran el cumplimiento de los encargos y los compromisos de la vida. Puedo fechar con precisión el proyecto: 1955. Haciendo uso de la magnífica libertad de la que gozaba en mi cátedra de Aix, decidí, con gran sorpresa del Consejo de Facultad, dar como seminario una parte de mis clases. Era pura innovación en aquella época. Tuve aquella idea desde que viera a Henri Marrou tomar la misma iniciativa él solo en Lyon en mis tiempos de estudiante. A algunos jóvenes ayudantes a los que había formado les propuse que trabajásemos juntos sobre algunos textos que yo había elegido. ¿Cuál era su contenido? Vuelvo a abrir un viejo *dossier*: unos trataban de disposiciones testamentarias y sepulturas, otros de matrimonios.

La elección que realicé entonces pone de relieve un hecho que ya he mencionado. El campo de las ciencias humanas está recorrido por corrientes profundas, irresistibles, que pasan indavertidas, que desplazan en ciertos momentos los focos de atención. En efecto, Philippe Aries, cuya existencia yo ignoraba totalmente como él ignoraba la mía, se lanzó a la vez por el mismo camino. Pero es destacable el hecho de que todavía hoy siga trabajando sobre este proyecto que ideé hace cuarenta años. Eso da testimonio de la coherencia de la obra que he venido realizando durante medio siglo. Forma un todo. Su lento desarrollo estaba de hecho «programado», como dicen los biólogos de la proliferación celular, en el corazón del núcleo originario: el plan que sirvió de base para mi primer libro, mi tesis doctoral. A partir de ese núcleo tracé tres ejes. Uno me llevó a la tierra, los campesinos y el paisaje. Otro me llevó a la caballería, la nobleza, Bouvines, Guillermo el Mariscal. El tercero a ciertas reflexiones sobre el poder que he continuado recientemente, en especial en *Guillermo el Mariscal*, al mismo que tiempo que los historiadores volvían a la política. Queda abierta una laguna en este plan de trabajo. Tomé conciencia de esa carencia bien pronto, antes de po-

nerme a leer a los etnólogos, cuando me persuadí de que la historia de las sociedades debe tener en cuenta el estudio de las actitudes mentales. Me he ocupado de ir llenando poco a poco esa laguna. He reunido informaciones sobre la muerte, sobre el sexo. Se han ido acumulando año tras año. Así me he ido aproximando poco a poco, prudentemente, a dos grupos sociales de los que no me había preocupado, y cuya función, sin embargo, es de tal importancia que desatenderlos impide imaginarse cómo fue realmente la sociedad feudal. El itinerario que seguí me llevó forzosamente a preguntarme qué papel tenían los difuntos y las mujeres en la mitad norte de la Francia de los siglos XI y XII.

XVI

Parentescos

En 1973 terminamos en el seminario del Collège de France con los tres órdenes. Decidí volver a la obra que había empezado en Aix diez años antes, y desde entonces hemos trabajado sobre ese tema: «estructuras de parentesco y sexualidad en la cristiandad medieval».

No había definido el tema al azar, sino en función de las cuestiones que se planteaban entonces los especialistas de diversas ciencias humanas, en particular los etnólogos marxistas, que notaron que los lazos de sangre, las alianzas, las relaciones de comensalidad[*] constituían el marco de referencia de todas las «relaciones de producción» en las sociedades primitivas. Pero nuestra propia sociedad también veía desmoronarse los pilares tradicionales de la familia y «liberarse» bruscamente los hábitos sexuales; el tema se adecuaba a las preocupaciones del momento. Inevitablemente la agitación y las inquietudes del presente repercutían sobre el trabajo del historiador. Por muy indiferente que sea, por muy decidido que esté a encerrarse con sus papelotes en su torre de marfil, el presente le importuna y hace presa en él. Elaboré mi nuevo programa preocupándome por el presente, lo que hizo que el seminario se abriera más todavía. Paúl Veyne aceptó presentar en él sus puntos de vista. De vez en cuando divisaba a lo lejos, al fondo de la sala, a Foucault tomando notas discretamente.

Los dos primeros años los antropólogos se nos unían con regularidad. Los necesitábamos mucho. Sonriendo ante la imprecisión de nuestro vocabulario, nos instaban a modificarlo, a ajustarlo al suyo, así nuestros conceptos quedarían menos en el aire y ganaríamos mucho a la hora de colocar sobre los textos de los que extra irnos nuestros datos las redes clasificatorias que nos proponían utilizar. Las empleamos no obstante con mucho cuidado, pues queríamos restituir fielmente una imagen, mostrar cómo concebía un caballero contemporáneo de Suger sus relaciones con sus antepasados y con las mujeres, evitando marchitar en lo posible la frescura de los testimonios. Por eso preferimos usar a menudo sus mismos términos. En lugar de atribuirle a la palabra linaje el sentido que le da la antropología, conservamos el que tenía en la pluma de Chrétien de Troyes.

Forzosamente nos atuvimos al estudio de los niveles más altos del edificio social. El peso de nuestras investigaciones seguía descansando sobre los siglos XI y XII. Todos los escritos de esa época proceden de las altas jerarquías de la Iglesia o de las grandes cortes principescas. No nos dicen casi nada de las relaciones de parentesco de los humildes, ni de sus amores, y lo poco que encontramos está toscamente deformado por los prejuicios de clase. Así que, lo que pudimos descubrir servía sólo para la aristocracia. Por supuesto sabíamos que los grandes daban generalmente ejemplo, y que los modelos de comportamiento a los que se hace referencia en la «buena» sociedad los imita rápidamente el estrato inferior, y luego el movimiento se propaga grado a grado hasta la base. Sin embargo, nos abstuvimos de pensar que el pueblo se casaba o heredaba como los señores. Por lo tanto, se imponía continuar la investigación en las capas más oscuras, las inferiores, a partir de lo que hemos podido descubrir empezando, tal y como debíamos, por las de la cima, las únicas aclaradas convenientemente.

No me aventuré en ese nuevo terreno sin equipaje. Desde el comienzo de mi trabajo había recogido en los archivos y cartularios cantidad de indicios referentes a la forma de transmisión de los patrimonios, cuyos linajes se ramificaban, cuyos muertos se honraban. Los recursos de las actas que daban testimonio de una misa de aniversario en memoria del padre, o la constitución de una pensión de viudedad a favor de la esposa me proveían de datos con los que elaborar el marco jurídico en el que se inscribía el vivaz juego de filiaciones y alianzas. Sin embargo, no eran más que marcos, rígidos, abstractos, una fachada levantada delante de la realidad. ¿Qué pasaba detrás? Cuando un hombre recibía a una joven de manos de su padre, la costumbre le obligaba a pedir al sacerdote del pueblo que trazase palabras en latín en un recorte de pergamino. Mediante esas palabras declaraba amar a esa mujer y, por amor a ella, cederle un tercio o la mitad de sus posesiones. ¿Qué significaban para él esas fórmulas? ¿Qué significaban para el padre, para los hermanos de la esposa? ¿Qué ventajas estaba en condiciones de obtener personalmente? Creo en la fuerza de los principios jurídicos y en que no se puede hacer adecuadamente la historia de una sociedad sin conocer el derecho que la regía. Admiro a los historiadores del derecho, prudentes exegetas de tan arduos textos, y utilizo sus trabajos. Sobre todo desde que algunos de ellos, colgando la toga roja en la que se pavoneaban sus predecesores, se han puesto a trabajar a su vez con los antropólogos. Pero no podemos tener una visión clara de las reglas del derecho en aquella época, el derecho consuetudinario era sin duda menos riguroso a mediados del siglo XII de lo que nosotros creemos. Además, ¿hasta qué punto se imponía? En cuanto a los sermones, las exhortaciones a la penitencia, esas vidas de santos redactadas para servir de modelo, todos esos escritos normativos que hemos analizado con gran atención, no podemos medir su repercusión sobre las conductas. En toda sociedad es grande la distancia que se establece entre lo que los moralistas prescriben

hacer, lo que los códigos obligan a hacer, y lo que la gente hace, especialmente en el campo de las relaciones entre los sexos, por muy secreto, por poco penetrable que sea. Para intentar llegar bajo esos envoltorios de prescripciones formales hasta lo que encierran y enmascaran, volvimos los ojos a otras fuentes, igual de engañosas, si no más, pero que engañan de otro modo y en otro plano. Hablo de los relatos, las crónicas, los poemas que pretenden describir la realidad cotidiana.

En el norte de Francia y en el valle del Loira abundaron sin duda los príncipes grandes y pequeños, que, en la segunda mitad del siglo XII, para realzar su gloria, hicieron que un hombre de iglesia entendido en retórica latina registrase solemnemente el recuerdo que en su entorno se guardaba de los orígenes de su linaje y de las altas gestas de sus antepasados. De esa literatura doméstica, familiar, y que trata precisamente lo que yo buscaba, se ha perdido casi todo. Pero los raros vestigios que se han conservado por casualidad me han proporcionado informaciones preciosas. Ciertamente, esos panegíricos reflejaban la imagen que el patrocinador de la obra quería que le presentaran de sus parientes y de las costumbres ancestrales, pero dejan traslucir los rasgos de una moral de linaje. Descubrimos, frente a genealogías penosamente reconstruidas por la erudición, las que quedaron en la memoria de sus descendientes. Ésas son las que importan, pues muestran cómo se concebían entonces los lazos de familia. Más tarde me aventuré a penetrar en la exuberancia de canciones y novelas de caballerías: quería ver cómo se soñaban el amor y la muerte. Lo que percibimos en esos textos es, en efecto, el sueño. Pero para mí no tiene menos interés que la realidad. La realidad de los comportamientos amorosos es de todo punto inasequible. Al menos su reflejo se proyecta en la literatura de evasión —presentando personajes ejemplares para que los oyentes los imiten —, que, como la literatura hagiográfica, no cesaba de repercutir sobre los comportamientos. Para interpretar textos de este tipo,

susceptibles de ser leídos de diversas maneras, es indispensable la ayuda de los expertos. Los historiadores de la literatura en lengua vulgar acudían a mi seminario en gran número. Les debo mucho.

Por otra parte, de manera muy general, debo mucho a otros. No he parado de rebuscar a mi alrededor. Los trabajos de Karl Hauck, Gerd Tellenbach y sus discípulos me han ayudado a desvelar en los documentos provenientes de Francia la aparición de una mutación profunda de las estructuras de parentesco en el seno de la aristocracia en torno al año mil (hablo de aparición y no de revolución, porque el historiador no tiene derecho a afirmar jamás que los cambios que afectan a la forma de los escritos que utiliza son contemporáneos a los cambios de la vida que esos escritos dejan traslucir). Mi deuda con los investigadores a los que he dirigido en Aix o en París, es también considerable. Ese es el caso de Jacques Paúl, entre cuyas manos puse la *Historia* compuesta por el monje Orderic Vital. Él atrajo mi atención sobre el lugar que ocuparon en el siglo XII, en los sucesos de Normandía y en las relaciones sociales, hombres que en la relación del monje se distinguen de los otros gracias a un sustantivo, la palabra «joven», es decir, los caballeros adultos que se han quedado solteros. Examiné otros textos provenientes de diversas provincias de la Francia septentrional. Vemos a esos hombres por todas partes, errando a la aventura en pequeñas bandas tumultuosas sin establecerse en ninguna parte. Formaban el grueso del público de los novelistas y trovadores, si bien se puede considerar la literatura de caballerías como un espejo colocado ante estos hombres violentos e inestables en busca de botín y mujeres, para que contemplen su propio rostro idealizado. Fue entonces cuando descubrí a uno de aquellos «jóvenes», Guillermo el Mariscal, en el poema que le devuelve la vida.

Poco a poco llegué a sugerir, bebiendo de todas las fuentes, ver la clase dominante en las regiones francesas al norte del Loira

como un conjunto de linajes de hombres, una nobleza más o menos brillante según la memoria familiar se remontara más o menos atrás hasta el antepasado fundador del linaje. Como si se tratara de una yuxtaposición de casas de todos los tamaños, dispuestas según el modelo de la casa real elaborado en la época carolingia, cada linaje se situaba bajo la autoridad de un padre, heredero a su vez de su padre y que cedería el poder a su hijo primogénito. Me pareció que para evitar el desgajamiento de su patrimonio, para que el tronco del linaje no se extinguiera al ramificarse, la prudencia paterna velaba para casar a todas las hijas, sin darle por el contrario mujer legítima más que a uno de los varones. Me servía de esta restricción de la nupcialidad masculina para explicar en particular el gran número de «jóvenes» y su turbulencia. Así veía articularse una estructura cuya institución matrimonial constituía el pivote sobre el que se asentaban todos los valores, todos los mitos, todos los ritos de la caballería. Los documentos me mostraban que esta estructura tomó forma a finales del siglo X y comenzó a disgregarse dos siglos más tarde, cuando empezó a despegar la economía urbana y mercantil.

Ésa es la imagen que hoy me parece ajustarse mejor a la enseñanza de los documentos que he utilizado. Esos documentos tienen lagunas, son ambiguos, algunos de ellos autorizarían a proponer una imagen diferente, y he encontrado otros que son contradictorios: designan, por ejemplo, familias en las que varios hermanos se habían podido casar. A eso respondo que una sociedad no tiene la estructura precisa, aguda, invariable de un cristal, y que lo importante es distinguir con buen método las excepciones a la norma. Añado que no hablo de toda la cristiandad latina, en la que las prácticas sociales entonces eran extremadamente diversas, sino solamente de esas provincias y de una parte de la sociedad: la clase dominante. Reconozco que no es más que una hipótesis por mi parte para estimular a los investigadores. Y es-

pero que éstos la pongan en tela de juicio. Y puede ser que pronto la echen por tierra.

La he elaborado lentamente, poco a poco. Se me ha reprochado repetirme. Es verdad, me repito. Estaba forzado a hacerlo, pues en el Collège de France estábamos obligados a divulgar periódicamente el resultado de nuestros trabajos, y el desarrollo de los trabajos nos obligaba a retomar la materia de un artículo anterior para enriquecerla, rectificar este punto, desarrollar aquel otro, volver sobre nuestros pasos para corregir o aumentar. Así escribí dos versiones de un libro dedicado a la historia del matrimonio. La primera en inglés, en la que publicaba el texto de cuatro conferencias pronunciadas en la Universidad John Hopkins, de Baltimore. La segunda en francés, en la que el esquema inicial se ampliaba y profundizaba, pues durante dos años habíamos vuelto a los textos en el seminario, los habíamos triturado y habíamos avanzado bastante.

La obra pretende mostrar cómo se originó —siempre durante el mismo período: los siglos XI y XII— el marco en el que lo conyugal se inscribía en nuestra sociedad, hasta que éste se desmoronó. Describe la violenta oposición entre dos morales, aquélla a la que se remitían los guerreros y la que los sacerdotes querían imponer. Explica cómo y por qué esas dos morales acabaron por armonizarse, y la lentísima, vacilante sacralización de la institución matrimonial. El libro sorprendió, y me valió algunas críticas adversas. Trastornó a todos aquellos, muy numerosos, que no dudaban que el matrimonio se había instituido como sacramento desde los orígenes del cristianismo. Y sobre todo, planteaba implícitamente una grave cuestión en materia sexual: ¿cuál era la influencia de los administradores de lo sagrado en la evolución de una sociedad?

El caballero y el cura enfrentados. Entre ellos, la mujer. ¿Qué sabemos de la mujer? Con ese interrogante se cierra el libro.

XVII

Proyectos

En el mismo momento en el que estoy escribiendo estas reflexiones me dedico a responder a esa pregunta. Me tiene prisionero desde hace diez años. Todas mis investigaciones, toda mi enseñanza han girado en torno a ella. Ahí ha desembocado el largo camino que he seguido pasando de los campesinos a la nobleza, del estudio de las herramientas de la producción y del comercio al de los lazos de parentesco, y de los sistemas ideológicos a los sueños. Además, el movimiento que ante nuestros ojos conmocionó por primera vez de arriba abajo las relaciones establecidas entre lo masculino y lo femenino desde el comienzo de la historia hace más acuciante la pregunta: ¿la Edad Media era tan masculina como parece? ¿Cómo pretendía yo emitir una opinión global seria sobre una población cuyas costumbres y creencias me empeño desde hace cincuenta años en descubrir si me olvidaba de observar de cerca su mitad? Es extraño que haya tardado tanto en preocuparme por la historia de las mujeres. ¿Por qué?

¿Porque soy un hombre? En absoluto. Es que siempre he ido de lo más claro a lo más oscuro. Antes de abordar el «continente negro», debía desescombrar los accesos y bruñir las armas, pues de ese lado se espesaban las tinieblas. A propósito de las mujeres de aquella época, no hay testimonio que no esté torcido, deformado. Jamás oímos sus voces. Siempre son los hombres los que hablan de ellas, en su mayoría eclesiásticos, que, en principio,

deberían haberse mantenido alejados. Para nosotros no tienen rostro ni cuerpo. Todo lo que puede esperar el medievalista es acercarse a la idea que los curas y los monjes tenían de ellas. Debe guardarse de considerar dinero contante y sonante lo que la literatura edificante y la de entretenimiento difundían en la época, pues ambas eran igualmente falaces. Contribuyen a enturbiar la imagen un montón de ideas falsas que no se pueden erradicar y los excesos de la pasión. Vemos hasta dónde ha podido llevar a algunas feministas y, en el polo opuesto, los encaprichados con Juana de Arco o Leonor de Aquitania. Muchas son las trampas tendidas ante los historiadores. Yo por mi parte estoy a medio camino, basándome sobre todo en las notas que he amontonado y en lo que he aprendido al dirigir junto con Michelle Perrot una amplia, severa y erudita historia de las mujeres, toda ella puntuada de interrogantes. ¿Cubriré esta última etapa?

Al final del recorrido echo un vistazo a aquello en lo que se ha convertido mi oficio. ¿Qué decirle a los jóvenes que lo han elegido, que trabajarán después de mí y que temen lo que será de él en el futuro? No creo que hoy sea más dificultoso que en mis tiempos hacer carrera, pues no olvidemos que en 1942, cuando yo empezaba, no había plazas de ayudantes en las universidades, ni plazas en el CNRS[*] para los investigadores de letras, y que, si bien éramos mucho menos numerosos los que soñábamos con convertirnos en catedráticos de historia medieval en una facultad, no había más que diecinueve plazas en total en toda Francia, reservadas en buena parte a los archiveros paleógrafos. Lo que se ha ensombrecido y degradado es el entorno. ¿Qué queda del desahogo al que debo el haber trabajado feliz, puedo decirlo, en la universidad desde el comienzo de mis estudios al momento, buen momento, en que pude establecerme en ese refugio privilegiado, el Collège de France? Casi nada. Todo se ha estropeado, ajado por el abandono, la demagogia y la impotencia. De todos modos tengo que desconfiar. *Laudator temporis acti*, me inclino a

embellecer el recuerdo de aquellos tiempos lejanos de felices goces, de amores primaverales que se prolongaban a orillas de los arroyos en los bosques de Lyon. Pero la facultad de mis veinte años, la veo amplia, serena, clara, respetable y respetada. La República había hecho bien las cosas. Alojaba en palacios a las futuras élites de la nación.

Hablo de élite sin vergüenza. Sostengo en efecto que una sociedad nivelada no tiene dinamismo. Con mucha suerte puede gozar de una felicidad anodina, la de los nambicuaras cuando los visitó Lévi-Strauss, una felicidad somnolienta. Normalmente, la experiencia realizada durante cuarenta años en el este de Europa proporciona la prueba definitiva, se hunde en el marasmo y la desesperación. En todo caso, no tiene más historia. Por lo tanto, soy decididamente elitista, a condición, bien entendido, de que las élites no se conviertan en castas. La misión de la universidad es justamente contribuir a evitar eso formando a las élites. No puede hacerlo convenientemente si se abre a todo el que llegue. En los años sesenta se abrió mucho y fue una feliz idea. La nación debe elevar sin cesar el nivel de cultura general del conjunto de la población. Entonces debía prolongar en lo posible los estudios más allá del bachillerato. Pero hubo que velar para que el edificio universitario no se allanara, para mantener los niveles, es decir, para seleccionar. Conciliar la indispensable democratización y la indispensable selección. Proteger de la masificación un espacio más elevado, aéreo, necesario. Primero, la formación de profesores, pues no hay pedagogía sin jerarquía. Luego, el progreso de la ciencia.

Así que hubo que remodelar totalmente la institución universitaria. Creo que es incapaz de reformarse ella misma. Sólo se puede hacer desde el exterior, empleando la autoridad. Falta mucho para poner fin a la inercia y los egoísmos corporatistas. Precisamente en los años sesenta De Gaulle tenía el medio de romper esas resistencias, y no se preocupó de hacerlo. Después

nadie ha tenido su poder. A fuerza de escatimar, de contemporizar, el estropicio se ha agravado. Queda un remedio: la emulación, la competencia. ¿Quién se atreverá a darle a cada universidad plena autonomía, el derecho a gestionar con total libertad sus finanzas? ¿Quién se atreverá a confrontar a las universidades estatales para sacarlas de su letargo, con las universidades privadas dotadas de los mismos privilegios?

¿Quién se atreverá a realzar la dignidad de nuestro oficio? Pues en nuestra sociedad, en la que todo se compra, también es una cuestión de dinero. Nuestros profesores no nadan en la abundancia, pero no tienen nada que envidiar a sus amigos médicos o abogados, y su tendero no se ríe de ellos. Pienso en algunos de mis alumnos, doblemente doctores, de tercer ciclo y de Estado, ayudantes de cátedra[*] en una de las partes de la antigua Sorbona, a los que se invita al extranjero por el renombre de su saber. Su salario es apenas como el de una dactilógrafa de la SEPT. No es decoroso que se trate así a los sucesores de Alberto el Grande, Tomás de Aquino o Duns Scoto. Afirmo que es peligroso, y lo digo seriamente. La historia me enseña que una civilización comienza a venirse abajo cuando su sistema educativo, mal sustentado, poco amado, se descompone. ¿Es posible un sobresalto? ¿No está Europa —pues la degradación del sistema universitario no es exclusiva de Francia— más debilitada, más empobrecida de lo que suponemos?

¿Desde que no es tan abiertamente esclavista como en los tiempos de su esplendor colonial, desde que ha dejado el pillaje que con tanta voracidad realizó en el resto del mundo, es capaz aún de engullir, descansar cómodamente como lo hace, engalanarse con el oropel de prestigios ilusorios y regalarse además comiéndose un suplemento de verdaderos artistas y sabios?

En cuanto al futuro de nuestros estudios, ¿debemos juzgar el declive de la escuela histórica francesa tan marcado como algunos se complacen en proclamar? Indiscutiblemente se advierten

signos de letargo. Entre nosotros, el debate de ideas es mucho menos vivo que hace treinta, cuarenta años. La caída se explica en parte por el derrumbamiento de las ideologías. Pero también porque se ha amortiguado el impulso del que fue portadora la escuela de los *Annales*. Hace mucho que no se ha encontrado con obstáculo alguno. Todo está conquistado, el motor ronronea y el afán de saber se desperdiga. Existe también una «pequeña historia» de las estructuras, como existen en pintura los *pompiers* de la abstracción. Con todo, pervive la vivacidad. Lo que resulta engañoso es que no sigue instalada donde solía. Hoy en día los medievalistas franceses brillan todavía en los congresos internacionales, pero en materia de heráldica o *codicologie*, en esas disciplinas austeras, auxiliares de la erudición, revigorizadas por un contacto más directo con las otras ciencias humanas y porque el «espíritu de los *Annales*» ha penetrado en ellas.

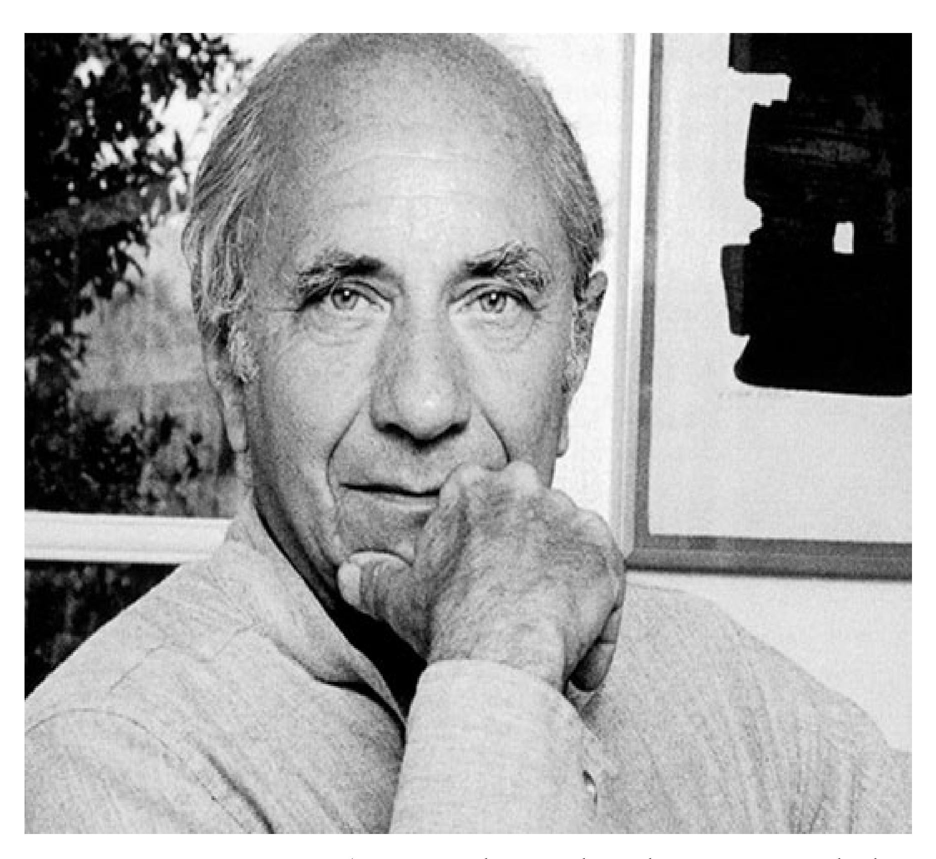
De ese modo, la historia medieval se conserva joven bajo el efecto de los estímulos provenientes de sus zonas limítrofes, especialmente de dos campos de investigación en los que burbujea la innovación. En primer lugar la arqueología, que, recuperándose de un gran retraso, cobró auge en Francia hace veinticinco años, en el mismo momento en el que la expansión de la semiología ayudó a interpretar adecuadamente las imágenes e invitó a sacar partido de todos los signos a los historiadores, que se dieron cuenta así de que los objetos dan información sobre la vida de la gente que los usó en otro tiempo: la misma, sino más y menos sospechosa, que los escritos. Apoyada por el favor del gran público y, por esa razón, por la ayuda sustancial del Estado, no deja de realizar conquistas. Los arqueólogos no se han apartado de los monumentos, pero ya no concentran en ellos toda su atención, como hacían antes. Recogen las huellas más humildes de la actividad humana en los viejos barrios urbanos reventados por las empresas de renovación, en el emplazamiento de aldeas desaparecidas y de cementerios muy antiguos, en las turberas en

las que durante siglos se ha ido depositando el polen de los campos y de los yermos, en las cenizas de los fogones. Sus hallazgos son infinitamente preciosos, a veces desconcertantes. Testimonios irrecusables, el producto de la excavación viene a desbaratar algunas hipótesis que habíamos construido a partir de los textos. ¿Cómo es posible por ejemplo que sea tan raro encontrar menciones a los castillos a principios del siglo XI, y sean tan numerosos los vestigios dispersos de montículos, de fortificaciones de tierra construidas en aquellos tiempos? La prueba de la íntima compenetración entre las actividades militares y las agrícolas está en el emplazamiento de esas grandes mansiones levantadas hacia el año mil a las orillas de un lago, en el Delfinado, mientras que, en los discursos y las listas de testigos redactadas al pie de los documentos, siempre se separa a guerreros y campesinos de manera abrupta, en virtud de una división que los intelectuales de la época proclamaban que había sido establecida por la providencia desde muy antiguo. Ahí está lo que nos provoca y hace que la investigación se reanude.

El otro ámbito cuya reciente expansión ha venido a alterar nuestras costumbres es el de la historiografía, una historia de la historia basada en el estudio atento de las articulaciones de la memoria y de la retórica. Si ahora nos preguntamos acerca de la conciencia que tenían los hombres de la Edad Media de su pasado, es porque hace unos veinticinco años nos empezó a vencer el escepticismo, o más bien la prudencia, al darnos cuenta de que nuestros predecesores habían demostrado demasiada seguridad en el progreso de la ciencia y nosotros habíamos abandonado la esperanza de conocer la verdad. Así que, renunciando a llegar a la verdad de los hechos, nos contentábamos, como dije hace poco a propósito de la historia de las mujeres, con captar su reflejo en la mente de los que escribieron sobre ellas. Hemos hecho del testimonio el objeto principal de nuestra investigación, y eso determina a un tiempo el fructífero desplazamiento del ángulo de

acercamiento y la necesidad de ajustar nuestros procedimientos de análisis y crítica.

Esas nuevas corrientes me arrastran también a mí. Imaginemos que llevo a cabo mi último proyecto, que consigo sacar a la luz y explicar lo que pensaban los hombres del siglo XII de esos seres extraños con los que se unían en la oscuridad de una alcoba, de los que obtenían placer, que les inquietaban y que, para defenderse de ellos, abrumaban con su desprecio. Imaginemos que consiguiera empinarme lo suficiente como para poder echar una ojeada al otro lado del muro que entonces separaba el mundo de los hombres del de las mujeres, para entrever algunas siluetas, algunos gestos, adivinar qué hacían las mujeres entre ellas; sin duda me detendría ahí, extenuado. Pero, imaginemos, soñemos. Aún quedaría una pregunta. La pregunta que cometí el error de obviar hace cincuenta años cuando, al delimitar el campo de mi primera investigación, dejé a un lado a los monjes y los curas. La pregunta que he rozado sin atacar de frente cuando estudiaba la historia del matrimonio: ¿cómo, desembarazándonos de nuestros hábitos mentales, de todos los lugares comunes, olvidando lo que repite machaconamente la historia del cristianismo, cómo situar en el lugar que le corresponde en la sociedad feudal, en el seno del «feudalismo», a la Iglesia, o lo que llamamos de manera más general lo religioso? Ha llegado el momento de dedicarse a solucionar ese problema. No soy el único en afirmarlo. Como siempre, estoy en medio de un grupo, avanzo rodeado de otros más jóvenes. Ya se están planteando ese interrogante. No soy yo, son ellos quienes tienen la oportunidad de darle respuesta. Yo me paro aquí. La historia continúa.



GEORGES DUBY (París, 7 de octubre de 1919-Le Tholonet, Provenza-Alpes-Costa Azul, 3 de diciembre de 1996) fue un historiador francés especializado en historia de las mentalidades de la Edad Media. Se encuentra entre los historiadores medievales más influyentes del siglo XX y fue uno de los más prominentes intelectuales franceses en la década de 1970 hasta su muerte. Es autor de *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, una obra fundamental en los estudios sobre el pensamiento medieval.

Nacido en una familia de artesanos provenzales que vivían en París, fue inicialmente educado en el campo de la geografía histórica antes de entrar a especializarse en historia. Obtuvo una licenciatura en Lyon en 1942 y completó su tesis de postgrado en la Sorbona ante Charles-Edmond Perrin en 1952. Enseñó primero en Besançon y luego en la Universidad de Aix-en-Provence

antes de ser nombrado presidente de la Sociedad de Historia Medieval en el Collège de France en 1970. Permaneció unido al Collège hasta su jubilación en 1991. Fue elegido miembro de la Académie française en 1987.

Notas

[*] Sujeción a prestaciones personales. *(N. de la T.)* <<

[*] En francés, *École des chartes*. <<

[*] Mapa de Francia a escala 1/50.000, trazado por los servicios del Estado Mayor del Ejército. *(N. de la T.)* <<

[*] Diccionario filosófico literario de mediados del siglo XIX, construido a base de citas. *(N. de la T.)* <<

[*] Corrientes de agua que aparecen temporalmente en el desierto. Del árabe *ouiden*. *(N. de la T.)* <<

[**] Del persa, propina. Usado en los países árabes. *(N. de la T.)* <<

[*] Del ruso. Miembro influyente del Partido Comunista. *(Nota de la Traductora.)* <<

[*] Nombre que reciben los arzobispos de la Iglesia ortodoxa. *(N. de la T.)* <<

[*] Del inglés, *rush*. En televisión, prueba de rodaje. *(N. de la T.)* <<

[*] Del francés *commensalité*. Relación que unía a los clérigos con sus obispos, o bien a los domésticos y oficiales de la Corona al servicio de la real familia, por la cual estaban exentos de las cargas de tutela y alojamiento. *(N. de la T.)* <<

[*] Centro Nacional de Investigaciones Científicas. *(N. de la T.)* <<

[*] En el original, *maitre de conférence*: profesor de categoría inferior al catedrático y superior al *maitre asustan!* en la universidad

francesa. *(N. de la T.)* <<

ÍNDICE